

ROGER ROSENBLATT

Desayuno *en familia*

Un libro que es una auténtica joya, un testimonio
valiente y luminoso. —*Los Angeles Times*



MAEVA

DESAYUNO EN FAMILIA

El autor de esta formidable memoria describe cómo a través de la rutina consiguió superar la muerte repentina de su hija a los 38 años. Él y su mujer decidieron recuperar su rol de padres e irse a vivir con sus tres nietos –

Jessica, de siete años, Sammy, de cinco, y Bubbies, de veinte meses— y su yerno Harris. Admirado por la fortaleza de este, y por la tenacidad y habilidad de su mujer, Ginny, Roger cumple con su principal tarea: convertir el desayuno con sus nietos en el momento más íntimo e instructivo del día.

El día en que murió Amy, Harris les dijo a Ginny y Roger: «Es imposible». El relato de Roger explica lo que hace una familia para convertir en posible lo imposible.

Título Original: *Making Toast: A Family Story*

Traductor: Frank Rodriguez

Autor: Roger Rosenblatt

©2012, Maeva

ISBN: 9788415120360

Roger Rosenblatt

Desayuno en familia

Un libro que es una auténtica joya,
un testimonio valiente y luminoso.

—*Los Angeles Times*

Para Amy

CUANDO buscas un diente perdido en los posos del café, el truco es que no te despisten los grumos. La única manera de asegurarse es deshacerlos uno por uno entre el pulgar y el índice, lo cual deja las manos hechas un asco. Esta mañana, Ginny y yo nos hemos pasado unos veinte minutos registrando el cubo de basura de la cocina en busca del diente delantero izquierdo de nuestra nieta Jessica, de siete años. Tras varios días moviéndose sin desprenderse del todo, el diente acabó en un cuenco de

cereales Apple Jacks. Yo lo envolví en una servilleta de papel, para que no se perdiese, y lo dejé en la encimera, pero Ligaya, la niñera de Bubbies, lo confundió con basura. Bubbies (James) tiene veinte meses, y es el menor de los tres hijos de nuestra hija Amy. A Sammy, de cinco, no le interesa la búsqueda del diente, y Jessie no está al corriente de ella. Nuestra esperanza es encontrarlo, y que a Jessie no le preocupe la posible ausencia del ratoncito Pérez.

Actividades como esta conforman nuestra vida desde que Amy murió el 8 de diciembre de 2007, a las dos y media de la tarde, hace seis meses. El día de su

muerte, Ginny y yo vinimos en coche desde nuestra casa de Quogue, en la orilla sur de Long Island, hasta Bethesda, Maryland, donde vivían Amy y su marido, Harris; y ahí seguimos desde entonces, con el beneplácito de Harris.

—¿Cuánto os vais a quedar? — preguntó Jessie la mañana siguiente.

—Siempre —dije yo.

Amy Elizabeth Rosenblatt Solomon, de treinta y ocho años, pediatra, casada con el cirujano de manos Harrison Solomon y madre de tres hijos, se desplomó en la

cinta de correr de la sala de juegos de la planta baja de su domicilio.

—Se la han encontrado Jessie y Sammy —nos explicó por teléfono nuestro hijo mayor, Carl.

Carl vive en Fairfax, Virginia, bastante cerca de Amy y Harris, con su esposa Wendy y sus dos hijos, Andrew y Ryan. Jessie subió corriendo en busca de Harris.

—Mamá no habla —le dijo.

Harris tardó pocos segundos en llegar junto a Amy y practicarle un masaje cardíaco, pero el corazón se había parado, y fue imposible reanimarla.

Se determinó que Amy había sufrido

«muerte súbita por implantación anómala de la arteria coronaria derecha»; es decir, que sus dos arterias coronarias desembocaban en el mismo lado de su corazón. Normalmente las arterias están situadas a ambos lados del corazón, y de ese modo, si falla una de las dos, la otra puede seguir funcionando. En el corazón de Amy estaban juntas. Es posible que quedasen constreñidas entre la aorta y la arteria pulmonar, la cual puede ensancharse durante el ejercicio físico. La circulación sanguínea se cortó. La dolencia de Amy, que afecta a menos del dos por cien mil de la población, era asintomática. Podría haber muerto en cualquier momento de su vida.

A ella le hubiera gustado la claridad del veredicto. Ya de niña, Amy era una persona muy clara; su intuición sabía reconocer lo más sensato en cada circunstancia. Tenía la frente muy amplia, el pelo oscuro, casi negro, y los ojos marrón claro. Segura de sí misma, a la vez que desinteresada, nadie que la tuviera delante podía dudar de que le dedicase toda su atención.

A veces, de tan clara, podía ser dura con su propia familia, sobre todo con sus dos hermanos. A Carl y John, nuestros dos hijos pequeños, les dejaban helados los reproches de Amy por delitos como el de invadir su habitación. De vez en cuando también te pinchaba

suavemente con su ingenio. Justo antes de que se licenciase en medicina por la Universidad de Nueva York, su clase me pidió que fuera yo el orador. En esa facultad es tradición que al nuevo licenciado le ponga el birrete un antiguo licenciado. Decidieron que a Amy la «tocase» Harris, que se había sacado el título el año anterior. La noche antes de la ceremonia, durante la cena, un amigo comentó:

—Qué bien, ¿no, Amy? El discurso de licenciatura lo hará tu padre, y el birrete te lo pondrá tu novio.

—Sí, muy bien —dijo Amy—; y también está muy bien que me licencie.

Pero su claridad al mismo tiempo

contribuía a su bondad. A los seis años, la llevé con tres amigas a una fiesta de cumpleaños, y una de las tres se mareó en el coche. Las otras se apartaron, gritando «¡oh!» y «¡ecs!», cosa que no se les podía reprochar. En cambio Amy fue a consolar a la mareada.

Ginny y yo pasamos de vivir en una casa de cinco dormitorios, con sala de televisión y cocina grande, a hacerlo en un solo dormitorio con baño en *suite*: el apartamento de los suegros, que solíamos ocupar durante nuestras visitas, acondicionado en un receso de

la sala de juegos de la planta baja. Pusimos una cómoda y una mesa, y Harris añadió una tele y una alfombra. Podría parecer una pérdida de confort, pero cuanto mayor te haces, menos espacio necesitas (y deseas). Por otra parte, hemos conservado la casa de Quogue.

Me di cuenta de que no podía escribir, ni quería. Sí podía dar clases, que me ayudaban a sentirme útil. Los domingos voy en coche desde Bethesda a Quogue. A principios de semana doy mis clases de literatura inglesa y mis talleres del máster de escritura creativa en la Universidad de Stony Brook, y vuelvo a Bethesda. Son unas cinco horas

en coche, y un depósito de ida y otro de vuelta, pero se tarda menos que en avión o en tren.

Durante aquellas primeras semanas, mi agresividad al volante era un peligro. Me peleaba sin motivo con los dependientes de las tiendas. Perdí los estribos con una alumna que me llamaba demasiado a menudo para hablar de sus estudios. Me exasperaba oír hablar sobre la muerte de Amy con tópicos en boga como «desaparición» y «final». Insultaba a Dios. En cierto modo, la fe en Dios no hizo menos comprensible la muerte de Amy, sino todo lo contrario, ya que el Dios en el que creo no es benévolo. Todo le es indiferente. Un

amigo mío que recibió la noticia durante un viaje a Jerusalén empezó a dar patadas al Muro de las Lamentaciones, mientras decía: «¡Vete a la mierda, Dios!». Exactamente lo que sentía yo.

¿Cuál es la chaqueta favorita de invierno de Jessie? La azul, no la rosa, aunque su color preferido sea el rosa. Sammy, los Froot Loops o los Cheerios multicereales los prefiere con leche entera. Jessie solo bebe leche de soja Silk. Le gusta tomarse un vaso con el desayuno. Sammy prefiere el agua. Eran datos que había que absorber con rapidez. Sammy se identifica con el Power Ranger plateado, y Jessie con el rosado. Los amigos de Sammy se llaman

Nico, Carlos y Kipper; las de Jessie, Ally, Danielle y Kristie. Había que organizar invitaciones (a casa o a fiestas de cumpleaños), llenar los formularios del colegio... Sammy va a un jardín de infancia privado, el Geneva, y Jessie a Burning Tree, el colegio público del barrio. Hubo que aprenderse sus horarios.

Me acostumbré otra vez a aspectos de la infancia que se me habían olvidado. Reaparecieron en mi vida los juguetes que hablan. Voy con mi familia por algún aeropuerto, y de repente se filtra por la maleta la voz de un muñeco de ventrílocuo de película de terror. «¡Al infinito y más allá!», dice Buzz

Lightyear. «¡Ayúdame!», dice un teléfono parlante. «Soy un cerdo —dice otro juguete—. ¿Podemos parar?»

En todo el proceso hubo dos cosas que nos fueron de una utilidad incalculable. En primer lugar, Leslie Adelman, una amiga de Amy y Harris, y madre de amigos de los niños, creó una web donde invitaba a cocinar para nuestra familia. Leslie, nuestra nuera Wendy, Laura Gwyn (otra amiga de Amy y madre del mismo colegio) y Betsy Mencher, compañera de universidad de Amy, mandaron e-mails, y en poco tiempo la lista abarcaba a cien personas: familias del colegio, amigos y colegas de Amy y Harris, vecinos... Los

participantes nos dejaban en la puerta una nevera azul con la cena. Entre mediados de diciembre y principios de junio recibimos comida cada dos días, en cantidad suficiente para las noches intermedias.

Lo segundo fue un consejo totalmente atinado que Harris recibió de la niñera de Bubbies, Ligaya, una mujer menuda y ágil de poco más de cincuenta años. Sé poco de su vida; solo que es filipina, que en su país tiene una hija y un hijo mayor, gerente de restaurante, y que, junto a una ética laboral de acero, posee la flexibilidad necesaria para hacer frente a cualquier contingencia. También demuestra su sentido práctico

de las formas al llamar James a Bubbies, sin usar el apodo inventado por Amy, para salvaguardar el más respetable de ambos nombres de cara al futuro. Ligaya modificó su horario para estar con nosotros doce horas al día y cinco días por semana, un regalo indispensable, sobre todo para el niño a su cargo, que se ríe encantado al oír la llave en la puerta de casa. Fuera de la familia, nadie podía haber sentido con mayor intensidad la muerte de Amy, pero lo que le dijo a Harris, y a los demás, fue imparcial: «No sois los primeros que pasan por algo así, y estáis más capacitados que la mayoría para sobrellevarlo».

Bubbies busca a Amy con la mirada, dice «mamá» al verla en fotos, y se aferra a su padre. Es rubio, y en su rostro abundan los silencios atentos. Cuando está a solas conmigo, juega contento. Le he enseñado a hacer chocar nuestras palmas. Después me tambaleo por la habitación, para demostrarle lo fuerte que es. Le gusta coger un bote de un armario de la cocina, barritas dietéticas Zone de otro, depositarlas barritas en el bote y taparlo. Así se distrae un buen rato. Siempre que Harris entra en la cocina, Bubbies lo suelta

todo, corre hacia él y se le agarra a las rodillas.

Jessie es alta, también rubia, con una expresión siempre al límite del entusiasmo. Amy decía que nunca había conocido a nadie tan optimista. Se entusiasma con su clase de hip-hop, con el concierto que ha organizado el colegio en recuerdo de Amy, con recaudar dinero para una beca creada en su nombre por la facultad de medicina de la Universidad de Nueva York, con ir a ver *El cascanueces*...

—Haz el baile del Cascanueces, Boppo —dice.

(Ginny es Mimi, y yo Boppo.)

Y me lanzo a mi improvisado ballet,

cuyo punto culminante es menear el culo como los ratones bailarines. Otro motivo de entusiasmo para Jessie es nuestro viaje en enero a Disney World, la aventura que Amy y Harris habían planeado para ellos dos y los tres niños, meses antes de la muerte de Amy. Hablamos de lejanos planes de verano en Quogue. Jessie se entusiasma.

Sammy también es alto, con el pelo oscuro, y ojos separados y pensativos. Me trae un libro sobre una oruga, para que lo lea. Me trae otro que estaba en casa por casualidad, y que se titula *Vidas. La manera bonita de explicar la muerte a los niños*. Pone: «Todo lo vivo tiene un principio y un final. Lo del

medio es la vida». Las lecciones se ilustran con imágenes de pájaros, peces, plantas y personas. Me recuesto en el sofá, con Sammy en el hueco de mi brazo, y le leo lo hermosa que es la muerte.

Como otras familias no religiosas, la nuestra tiende a ser selectiva con las festividades, y a adoptar lo más atractivo para los niños: en Pascua, los huevos y el conejo; en Navidad, el árbol y Papá Noel. Amy, como era propio de ella, había hecho los preparativos navideños con mucha antelación. La

casa estaba llena de regalos escondidos para Jessie, Sammy y Bubbies, sin envolver. Los adornos tradicionales, y los que había hecho Amy con sus manos, ya estaban fuera de su almacenamiento anual: figuritas pintadas, como de barro, que representaban a una familia cantando villancicos en fila, fotos de su familia creciendo año tras año... Y también otros adornos más antiguos, recibidos de Ginny y de mí. El árbol lo eligieron Amy y Harris la misma mañana de su muerte. Durante los primeros días de luto, se quedó en el porche, apoyado contra un poste en un ángulo de cuarenta grados, con el tronco en un cubo de agua. Al final lo metimos en casa y nos concentramos en dar a las

fiestas la apariencia más normal que se pudiera.

En Nochebuena, Ginny hizo pavo para Harris, para mí y para John, que vino de Nueva York a pasar unos días. Yo les leí a Jessie y Sammy *La noche antes de Navidad*, como se lo había leído a nuestros tres hijos, añadiendo explicaciones absurdas, y fingiendo enredarme con palabras como «corceles», en un esfuerzo por retener su atención. El año anterior se habían impacientado al llegar a «...y por toda la casa». Aquel año lo escucharon entero. Cuando los niños ya estaban acostados, Ginny, Harris y yo abrimos algunos de los juguetes que estaba a

punto de traer Papá Noel. Jessie todavía se lo cree, porque quiere. A ella le tocó una muñeca American Girl, a Sammy disfraces y DVDs de los Power Rangers, y a Bubbies un perro con mando a distancia, un cachorro de *beagle* que caminaba, se sentaba y ladraba con voz aguda. Los juguetes que requerían montaje corrieron a cargo de Harris, que tardó media hora en ensamblar una pista de carreras eléctrica que en mi época de padre joven me habría costado medio día; y por si fuera poco, a él no se le desmontó. También fueron Harris y los niños quienes adornaron el árbol, y Harris quien colgó las luces blancas.

Carl, Wendy y sus hijos suelen pasar las navidades en Pittsburgh, con la familia de Wendy, así que pasaron en vísperas de Nochebuena para el intercambio de regalos. Carl y yo le dimos a Harris entradas para el Masters de golf, en abril. Siempre había querido verlo. Le compramos dos entradas, para que pudiera invitar a algún amigo. Más tarde nos enteramos de que había previsto ir con Amy el año siguiente, al cumplir los cuarenta. Como fue una idea de último minuto, las entradas las teníamos reservadas, pero no en la mano, así que Carl se inventó una presentación elegante del regalo, como si fuera el anuncio de un premio. El

texto tenía como fondo el campo del Masters, en Augusta. Queríamos esconder el regalo en una chaqueta de deporte de color verde chillón, como la que reciben los ganadores del Masters, pero al no encontrarla tuvimos que conformarnos con una cazadora verde aceituna. Cuando se la dimos, Harris pensó que el regalo era la cazadora, y se puso muy contento. Nosotros le dijimos que buscase en el bolsillo interior. Cogió el papel con las dos manos, lo enseñó, se levantó y se echó a llorar.

Comprar entradas para el Masters fue

idea de Carl. Suele hacer cosas así. En cierto modo es una fusión de rasgos de Amy y Harris: siempre piensa en los demás, pero al mismo tiempo, todo le sale sin esfuerzo. Tiene la cara transparente y viva de esa gente que te hace estar a gusto en sitios raros, que te llama en medio de una multitud y te hace señas. A la salida de la universidad empezó a trabajar como periodista deportivo, pero en vista de que no llegaba a ningún sitio se dedicó al mundo de la empresa, y ascendió inmediatamente a cargos directivos sin haber hecho ni un máster. Logra que sus subordinados se sientan útiles, y valorados. Es todo un señor. La paternidad le sienta fabulosamente.

Además, nunca he visto a nadie que aprenda tan deprisa. A los tres años entendió las fracciones estudiando el cuentakilómetros de nuestro coche, que funcionaba por incrementos de décima de milla. Al calcular parecía en trance, como ahora cuando le pido que me resuelva lo que para mí es un problema matemático. Parece que se acuerde de cada minuto de su infancia. La mayoría de sus recuerdos son buenos, afortunadamente para Ginny y para mí, que tendemos a acordarnos más que nada de nuestros errores. Sus recuerdos de Amy (un episodio de mal humor, o de exasperación con él) son muy graciosos. Le están saliendo canas.

Es enero de 2008. A finales de la tarde, en nuestra habitación de hotel de Disney World, Ginny está sentada con Bubbies en brazos. Por fin se ha dormido, después de un par de horas corriendo por un prado, y escapando cada vez que intentábamos devolverle al cochecito. Ayer, al quedarse solo conmigo, se cayó de cabeza en un camino, lloró con ganas un par de minutos y luego insistió en que le dejase otra vez en el suelo, para seguir corriendo por el aire invernal. En el centro de Florida llevaban años sin pasar tanto frío.

Mientras Harris se llevaba a Jessie y Sammy a Space Mountain, nosotros nos quedamos con Bubs, que se embarcó en otra tanda de movimiento perpetuo. «James, estás descontrolado», decía siempre Amy. Al final, Bubs se cansó, y me lo llevé arriba, a nuestra habitación, donde se revitalizó y correteó un poco más. Le di de comer trozos de manzana, masticándolos un poco porque estaban duros, y al final se durmió.

Jessie estaba tan excitada por el viaje, que les contó a sus compañeros para cuándo lo estaban planeando. Dio la casualidad de que aquel día Amy hacía de voluntaria en su clase. También había ido a verles la directora del

colegio. Al oír las fechas de boca de Jessie, la directora puso cara de consternación. «Uy, Jessie, esos días no te puedes ir —dijo—. Hay colegio.» Amy, contrita, saludó amigablemente con la mano, tratando de esconderse tras una de las mesas de los niños.

La luz que entra por la ventana es fría y débil. La tele está apagada. Del pasillo del hotel no llega ningún ruido. Todo es silencio en Disney World. Ginny está sentada a los pies de la cama, de espaldas a mí. Le veo el cogote, y la coronilla de Bubbies justo encima de su hombro izquierdo.

Empezamos a encajar en casa de Amy y Harris. Solo la conocíamos como invitados, de haber pasado algunos días, o a lo sumo una semana. Ahora es nuestra, sin pertenecemos: familiar y extraña. Aprendemos a cerrar con llave la puerta de vidrio entre la cocina y el porche. Aprendemos a usar el lavavajillas y el termostato. Aprendemos dónde se guardan las herramientas, los alargadores, el celo y las bombillas. Tomamos nota de los cajones para la ropa de los niños, y de la ubicación de los libros y juguetes favoritos, como Balloon Lagoon, Cariboo, The Uncle Wiggily Game y

Perfection. Dado que una de las principales ocupaciones de Bubbies es meter mano en el armario de los juegos y arrojar su contenido por el suelo (con la frecuente y consiguiente pérdida de piezas esenciales), pronto ya no tiene sentido aprender dónde se guardan.

De lo más básico se encarga casi siempre Ginny, que prepara a diario la ropa y las cosas de los niños, supervisa el cepillado de dientes, peina a Jessie y revisa las mochilas. Casi no hay ni un momento en que no esté de servicio. Harris le ha dado el móvil de Amy, y Ginny se ha grabado su propio mensaje en el contestador. Cualquiera a quien le salte oirá: «Hola, has llamado al

301...», seguido por un «¡Mimi!» (Jessie, que necesitaba algo en plena grabación).

Yo hago recados, como llevar a los niños en coche si tienen que ir a algún sitio, o comprar comida en Whole Foods o Giant. De vez en cuando apporto alguna idea. Poco después de la muerte de Amy, instituí «la palabra de la mañana». Al principio del día escribo una palabra en un post-it amarillo, y lo pego en un lado de una caja de madera para *kleenex* que siempre está en la mesa de la cocina. De costumbre, la palabra me da pie a algún juego (como pedirles a Jessie y Sammy que encuentren otras palabras dentro de ella), o incorporo un

dibujo. Cuando la palabra de la mañana fue «ecuestre», dibujé un caballo que se parecía mucho a un caballo. Intento encontrar palabras que supongan un esfuerzo para Sammy, pero sin ser demasiado fáciles para Jessie; y si se me ocurre alguna que contenga elementos interesantes, como letras mudas, mejor. La primera palabra de la mañana fue «hinchar». Sammy dijo: «Mañana pon una palabra tonta, Boppo». La palabra de la mañana siguiente fue «cacota».

Soy el primero en despertarme;

normalmente hacia las cinco, para la única tarea doméstica que tengo dominada. Después de poner la palabra del día, recoger el lavavajillas, poner la mesa para el desayuno de los niños y servir los MultiGrain Cheerios, Froot Loops, Apple Jacks, Special K o Fruity Pebbles, tuesto el pan. Saco la mantequilla para que se ablande, y pongo tres rebanadas de Pepperidge Farm Hearty White en el horno tostador. A Bubbies y a mí nos gustan las tostadas solo con mantequilla, mientras que Sammy las prefiere con canela, y sin bordes. Cuando suena el timbre, las saco del horno, las pongo en platos y unto la mantequilla.

Harris suele pasar la mitad de la noche en la cainita de Bubbies. Cuando subo, hacia las seis de la mañana, Bubbies vacila, pero al ver mi mirada cómplice abre los brazos y me dice:

—¿Tostadas?

Yo le separo de su padre, le cambio y me lo llevo abajo, para que Harris pueda dormir veinte minutos más.

Sammy se lo toma como algo normal. Una noche en que estamos viendo la tele, sale una madre en el programa.

—Yo no tengo madre —afirma Sammy.

Al principio intentamos explicarle que Amy seguía viva en nuestros pensamientos y recuerdos.

—Mamá aún está con nosotros — dije yo.

Sammy preguntó que dónde. Yo señalé un punto en el aire.

—¿Mamá está ahí?

Dije que sí. Él señaló otro punto.

—¿Ahí?

Dije que sí.

—Está siempre con nosotros, en todas partes —precisé—. Aunque no la veamos, notamos su espíritu.

—¿Ahí? —dijo él.

Mientras Ligaya y Ginny se ocupan de Bubbies y de Sammy, yo acompaño a Jessie a la parada del autobús. Una mañana húmeda y gris, llegamos a la esquina de nuestra calle. Las madres del barrio suben por la cuesta, con sus hijos corriendo junto a ellas. Se monta un partido improvisado de fútbol. Jessie se une al juego. Podría pasar por una escena agradable y normal, hasta que te fijas en la insólita presencia del abuelo solo.

Con suerte, Ginny y yo viviremos hasta que sean adultos los tres niños; Jessie entrará en la adolescencia, tendrá rabietas por cuestiones de novios y dará

patadas en el suelo, chillando que no entendemos nada, pero nada de nada; hoy, sin embargo, la ayudo con su enorme mochila rosa y su pequeño paraguas de mariposas rosas antes de que suba al autocar del colegio. Y me quedo a ver cómo se aleja, y les deseo un buen día a las madres.

La casa que Amy y Harris se compraron en 2004 era una casa colonial de los años sesenta, de color arena, con solera; una casa familiar para toda la vida. Los muros eran gruesos, los suelos, de madera y nivelados, y los robles,

nogales y álamos del jardín, viejos. Pese a haber crecido en ciudades, Amy siempre quiso una casa en las afueras. Harris pasó su infancia en Bethesda, estudiando en Burning Tree y en el instituto Walt Whitman, a menos de medio kilómetro de su casa. Su afecto a su localidad natal no fue ningún inconveniente para Amy. Siempre que Ginny y yo bajábamos a verles, la llamábamos pocos minutos antes de llegar, desde el coche, y ella esperaba con uno o dos de los niños, recortada en el fondo rojo oscuro de la puerta. Todo eran sonrisas.

Solo ejercía como médico dos días por semana, para estar con sus hijos. La

casa era como ella: llena de juegos, pero previsora. En la parte del sótano que servía de almacén siempre había reservas de vendas, servilletas de papel, vasos, filtros para el café, papel de cocina y *kleenex*, aparte de pilas de todos los tamaños. Aún no se nos ha acabado el ibuprofeno.

Dominaba como nadie los hábitos y ceremonias, virtudes que Yeats deseaba en «Oración por mi hija». Hizo una crónica de los primeros años de los niños, reuniendo fotos de sus primeros doce meses y enmarcándolas en las paredes de sus cuartos. También daba importancia a los detalles de los cumpleaños y las vacaciones: una fiesta

Dora la Exploradora para Jessie, en la que hizo un mapa del tesoro; otra de Bob el Constructor para Sammy, con cascos y todo... El último día de Acción de Gracias antes de su muerte vinieron diecisiete miembros de la familia, incluidos los padres de Harris, Dee y Howard, y su hermana mayor, Beth, así como los padres de Wendy, Rose y Bob Huber. Cocinó mucha gente (toda ella necesaria), afanándose bajo la supervisión de Amy. Harris, Howard, Bob, Carl, John y yo vimos todo el fútbol americano que se nos permitió. El pavo lo trinchó el cirujano, dando muestras de una habilidad con el cuchillo impresionante y sobrecogedora. Después nos sentamos a la mesa y

cogimos las copas. El año anterior, a Howard le habían operado una válvula del corazón, y a mí me habían curado con éxito un cáncer de próstata y un melanoma. Harris se levantó a brindar por la salud recuperada de la familia.

El estoicismo de Harris no tiene nada de ostentoso. Fuerte, de físico ancho y vigoroso, no le cuesta nada coger a los tres niños y llevárselos arriba en brazos, todos a la vez. A mí me appena ver su espalda. Opera dos días por semana, y es jefe de ortopedia en el hospital Holy Cross. Las pocas horas que le quedan en

casa las dedica a preparar los horarios de los niños con Ginny y Ligaya, y a jugar y ver Bob Esponja con los críos. Es él quien les baña y les acuesta.

El día de la muerte de Amy, se quedó sentado una hora o más al lado del cadáver, en el hospital. Ahora casi nunca habla de sus sentimientos. Conmigo charla de deporte y política, dos temas en los que estamos de acuerdo más de la mitad de las veces. También hablamos mucho sobre los niños. Ginny me ha dicho que en mi ausencia, cuando cenan ellos dos en la cocina, tarde, Harris le da una pena tremenda.

—Al otro lado de la mesa debería estar sentada su mujer —comenta.

Harris dice que duda que vuelva a casarse. Es un hombre autosuficiente, que tiende a vivir en su mundo. Repara, por ejemplo, bombillas, o tazas de váter. Cose. Resuelve problemas de cables y fusibles. Hace que vuelvan a funcionar las manos de otras personas. Y ha hecho todo lo posible en una situación como la suya: animar a los niños a que hablen de Amy siempre que les apetezca, y a que no se guarden las lágrimas. Cuando es necesario, él y los niños van a ver a una psicoterapeuta especializada en pérdidas de seres queridos. Harris está muy en contacto con los profesores de Jessie y Sammy. Pero también se merece vivir.

Acepta las exigencias que se le han venido encima con un entusiasmo que irradia buen humor. Durante las pausas, procuramos mantenernos mutuamente a flote. Una noche de febrero, a la hora de acostarse, Jessie y Sammy se vinieron abajo. Ginny y yo nos quedamos sentados en la sala de estar, oyendo la voz serena de Harris cada vez que cesaba el llanto de los niños. Al final se calmaron. Él bajó, y se quedó mirando su portátil.

—Mira —dije, acercándome—, nosotros nunca lo superaremos, eso es así, pero los niños estarán bien. Te lo prometo. Ya lo he visto otras veces.

—Yo soy de ciencias —dijo él—.

Me cuesta enfrentarme a lo que no sean hechos.

Amy siempre decía: «Harris se conforma», dando aires de defecto a lo que es capacidad para adaptarse a circunstancias incómodas o difíciles. Él contraatacaba chinchándole por su perfeccionismo. Una vez, Carl le preguntó si a él y Amy les gustaba su nuevo sistema de televisión e internet.

—Amy lo odia todo —dijo Harris.

A mí me contó que Amy ostentaba el récord nacional de pedidos demasiado detallados en Starbucks. Cambiaban

según las estaciones: el pedido invernal era café con leche grande, triple de café, desnatado y con jarabe de pan de jengibre; el estival, americano helado mediano en vaso grande, con cuatro chorros de jarabe de vainilla sin azúcar.

No me extrañó. De niña (a los tres años, como mucho), siempre que estábamos de viaje y nos parábamos en un McDonald's, Amy pedía su hamburguesa sin nada. Dado que en los miles de millones de pedidos de hamburguesas preparadas a diario por McDonald's a lo largo y ancho de Estados Unidos no está previsto que alguien pida una hamburguesa sin nada, la cadena de *fast food* podía tardar

veinte minutos en servirla.

—Mira, Amy, yo de pequeña...

—¡Papá!

(Harta del chiste.)

Una vez fuimos en coche desde Nueva York a Cambridge, donde yo daba clases, en Harvard. Al ser víspera de Acción de Gracias, tardamos varias horas más de lo habitual. Tras la interminable espera de la hamburguesa de Amy, ella decidió que también quería una porción de la tarta de manzana del McDonald's. Y encima se lo tomó con calma.

—Date prisa, A. —le dije yo.

(La llamábamos A.)

Tiró la tarta a la basura. Cuando

llegamos al piso de mis padres, Peter (mi hermano pequeño) le preguntó si le había gustado el viaje.

—Papá no me ha dejado acabarme la tarta —dijo ella.

No había peligro en las burlas entre Amy y Harris, porque eran el equivalente conyugal de un equipo de dobles bienavenido: ninguno de los dos tenía que mirar en qué parte de la pista estaba el otro. Hace unos años, un sábado por la noche, Ginny y yo hicimos de canguros para que fueran a una cena benéfica de médicos. Casi nunca tenían tiempo o fuerzas para salir o ponerse elegantes, aunque pareciesen infatigables, como la mayoría de los

padres jóvenes. Justo antes de salir, en el pasillo, estaban guapísimos. En otra ocasión, bajamos en coche desde Quogue para cuidar a los tres niños. Bubbies tenía once meses. Amy y Harris se fueron a las Bermudas con Liz y James Hale, viejos amigos de la facultad de medicina. Cuatro días después, cuando volvieron, Ginny y yo estábamos tirados en la rinconera, al límite de la inconsciencia, y les recibimos cambiando la letra de un *hit* de aquel año: «They tried to make us go to rehab. We said yes, yes, yes!». ¹

Durante nuestros primeros años de casados, Ginny daba clases de parvulario y primero de infantil en Cambridge y Washington capital. Ahora colabora como voluntaria en los colegios de los niños, igual que Amy. También ayuda a Jessie con los deberes. Las miro, inclinadas sobre un libro en la mesa de la cocina, y espío sus conversaciones en voz baja.

—¿Cómo se protege la crisálida de los depredadores? —pregunta Ginny.

—Se sacude para asustarlos —dice Jessie.

Yo hago libros de crucigramas con Jessie, y Sammy me acribilla a preguntas sobre animales, estrellas y

planetas. La mayoría no las sé.

—¿Cómo son las tardes en Júpiter?
—me pregunta.

Tengo que consultarlo.

A menudo me desconcierta otro aspecto de los niños que se me había olvidado: su falta de respeto al pensamiento secuencial. En respuesta a una de las incesantes preguntas de Sammy, profundizo al máximo en la explicación de un eclipse solar, por ejemplo.

—¿Cuál es el número más alto del mundo? —pregunta él entonces.

Al mismo tiempo, Jessie me hace otra pregunta.

—¿Cómo seré de alta, Boppo?

Y otra vez Sammy:

—¿Los peces aguja tienen labios?

—Es decir, que cuando la luna se pone entre la Tierra y el sol...

—¿De qué estás hablando, Boppo?

También Bubbies ha cursado su propia educación, pasando de una palabra a varias, y de frases de dos palabras a otras de tres y más. Hay quien dice que los niños aprenden a hablar para contar lo que ya llevan dentro. Una de las primeras palabras de Bubbies fue «volver». Quería estar seguro de que si alguno de nosotros salía de casa, o incluso de una habitación, volvería. Siempre ha usado frases de una sola palabra en su

provecho, con un vocabulario compuesto más que nada de referencias a cosas que le gustan: el cortacésped, los fogones, los pájaros, los plátanos... La palabra única se adapta muy bien a su vena despótica. «Fuera» significa «¡venga, Boppo, a moverse!».

La profesora de Jessie, Coleen Carone, me ha pedido que vaya a hablar sobre literatura a su clase de Burning Tree. La señorita Carone es joven, moderna, con unos ojos que nunca se están quietos. Llama a los niños «cariño». Jessie me presenta a sus compañeros, que me

repasan, con las manos en la mesa.

—Es mi abuelo. Le llamamos Boppo.

Los niños hablan de los cuentos en los que están trabajando. Empiezo a sospechar que no es mi elemento.

—¿Cómo se crean los personajes, Boppo? —pregunta la señorita Carone.

Yo me enzarzo en una respuesta que aborda cuestiones de coherencia y variación en la creación de personajes. Cuanto más mido mis palabras, más confusas suenan. Mi discurso es recibido con miradas educadas. Jessie, a pesar de todo, está orgullosa de mí, y se pone a mi lado. La señorita Carone me mira con vivacidad, como diciendo:

«No te preocupes, que ya acabaremos nosotros». Pide a los niños que piensen en un personaje principal, y confeccionen una lista de sus virtudes y defectos: leal, celoso, brusco, valiente, generoso... Cada niño se pone delante de la clase para contestar preguntas. Arthur escribe sobre un superhéroe.

—¿Queréis preguntarle algo a Arthur? —dice la señorita Carone a los demás.

—¿Tu superhéroe siempre dice la verdad? —pregunta una niña.

Arthur piensa y dice que sí.

—¿Siempre? —pregunta la niña.

A finales de febrero mantengo una «conversación» literaria con Alice McDermott, dentro de un programa del centro cultural 92nd Street Y en Nueva York, en el que formulo preguntas sobre su trabajo a una serie de escritores. Ocupamos dos sillas en ángulo recto, sobre el escenario grande de un auditorio. En estos actos suelo encontrarme cómodo, más que en otras situaciones sociales de menor perfil, porque el protagonista de un acto público siempre está solo. Sin embargo, al ser mi primera aparición pública desde la muerte de Amy, me siento tenso y fuera de lugar. La dulzura y solicitud

de Alice me reconfortan.

Hablamos de *After This*, su novela sobre la familia Keane, que pierde a un hijo en Vietnam. La novela no se centra en su muerte, sino en el dolor de la familia, que cuestiona su fe en Dios. Le pregunto a Alice qué tiene que ver Dios. ¿La vida no es pura suerte, buena o mala? Ella dice que debemos creer en la buena voluntad de Dios, que todo lo abarca. «Incluso cuando hacemos frente a un dolor insostenible —dice— ocurren pequeñas cosas que nos hacen ser capaces de soportarlo. John y Mary Keane se enfrentan a la mayor tragedia que puede sucederle a una pareja. Aun así, ocurren cosas en sus vidas que les

devuelven momentos de alegría.» Alice atribuye esos momentos a la benevolencia de Dios. No sé si se da cuenta de que yo no.

Cada vez que me sobreviene la inspiración, me embarco en el *Himno nacional de Boppo*, que se estrenó hace un par de años en Bethesda, y que se convirtió en un éxito inmediato gracias a la exaltación del compositor.

*¡Boppo el
Grande!
¡Boppo el*

Grande!

*¡No veo la hora
de que llegue
Boppo el Grande!*

*¡Espero que no
llegue tarde!*

A veces Sammy cambia el último verso por «Espero que no apesté», señal de que la adopción del himno no será universal. Cuando le cuento mis planes de enseñar el himno a todo su colegio, pone cara de susto.

—¿De verdad? ¡Pero si en el colegio hay quinientos niños!

—¡Sí! ¡Piénsalo! —le digo yo—. ¡Quinientos niños cantando *Boppo el*

Grande! Qué orgulloso estarás... ¡Con lo que te gusta la canción!

—¡La odio! —dice él—. Solo la canto para que estés contento.

Yo le pillo por banda y le canto *El tambor que se ríe*, otra cancioncilla original que acompaño dando golpes en su barriga como en un tam tam, y haciéndole cosquillas para que se parta de risa.

Amy también se inventaba canciones para los niños. Cantaba, o entonaba:

*Sammy, Sammy,
no hay cosa igual.*

*Sammy, Sammy,
es fenomenal.*

*Sammy, Sammy,
con sus dedos
largos*

*Que no le caben
en los zapatos.*

Carl siempre la informaba de que «no hay cosa igual» era lingüísticamente muy pobre, y proponía cambiar «cosa» por «nadie», como mejora gramática y literaria. Amy le hacía saber lo agradecida que estaba por sus críticas constructivas. A mí la canción me parecía tierna, aunque echaba en falta la grandeza de los himnos, y así se lo dije.

Justo antes de que naciera Jessie, Amy nos preguntó a Ginny, a mí, a Dee y a Howard cuáles serían nuestros nombres de abuelos. Los demás eligieron algo sensato. Ginny eligió «Mimi», como llamaban a su abuela. Yo elegí «El Guappo», apodo de un antiguo lanzador de reserva de los Red Sox que no valía nada. Como hincha de los Yankees, agradecía el nulo valor de El Guappo. A Amy no le gustó el nombre, pero lo dejó pasar. El tiempo jugó a favor de ella. Los bebés no sabían pronunciar El Guappo, y de ahí nació Boppo.

—Qué triste historia —dijo Amy—. Se creía el guapo y acabó siendo un

payaso.

El nombre, con todo, tiene sus ventajas. Una mañana, Jessie tenía puesto *Nobody's Perfect*, de Hannah Montana, a un volumen aniquilador.

—Bájalo, Jess —le dije yo.

Ella disminuyó a regañadientes el volumen, una centésima de milímetro. Yo puse mala cara. Entonces Jessie lo bajó aún menos.

—¡Que lo bajes, Jess!

Se acercó al aparato de música pisando fuerte, lo apagó con un gesto dramático de la mano, subió a su cuarto, en el piso de arriba, hecha una energúmena y se pasó el resto del día sin dirigirme la palabra. También estuvo

malhumorada con una compañera de juegos.

—¿Qué te pasa? —oí que le preguntaba Harris.

—¡Estoy enfadada con Boppo! —dijo ella.

¿Cuánto tiempo se puede estar enfadado con Boppo?

—¿Nadie de esta familia va a jugar conmigo a Twister?

Jessie está delante del sofá rinconero del cuarto de la tele, en el que estamos sentados Ginny, Harris y yo.

—¿Alguien de esta familia va a

jugar alguna vez conmigo a Twister?

Voz quejosa y palmas en alto, como un predicador evangélico. Ni una palabra o gesto por parte de Ginny y Harris.

—Yo sí que juego, Jess —digo yo, sin acordarme de por qué Twister se llama Twister.

Harris se ríe, malévolo.

—¡Gracias, Boppo! —dice Jess—. ¡Eres el único de toda la familia que juega alguna vez conmigo!

PASA Carl a buscarme. Vamos en coche al Verizon Center, en el centro de Washington, para ver un partido de baloncesto del Georgetown. Una de las cosas buenas de nuestra nueva organización vital es que Ginny y yo le vemos más que antes, al igual que a Wendy y los niños. Carl me cuenta que Amy llamó a Wendy el miércoles antes de morir, y le dejó un mensaje largo en el contestador.

—He dejado grabado el mensaje de A. —dice—. ¿Lo quieres oír?

Yo le digo que no.

—Lo entiendo —responde—, pero si cambias de idea, dímelo. Es un mensaje tan de Amy... Estaba comprando regalos de Navidad para Andrew y Ryan, pero mientras hablaba se acordó de que podían escuchar su mensaje, e intentó explicarle a Wendy qué regalos eran sin nombrarlos. Es muy gracioso. No tiene nada de triste. De hecho, a mí me alegra oírlo. Le digo que gracias, pero no.

Carl, John y yo estuvimos juntos en el porche de Bethesda el día de la muerte

de Amy, y lloramos. Cogidos de los hombros, formamos un círculo como los paracaidistas de caída libre, con la ropa al viento. No recordé haberles visto llorar desde que eran pequeños. Ni siquiera estoy seguro de que ellos me hubieran visto llorar a mí, salvo en ocasiones sentimentales. A John se le quedaron las lágrimas en las mejillas. Se parece mucho a Carl, pero con las facciones más marcadas. Tiene un humor seco, como el de su hermana, pero con un ingenio que se anticipa a las situaciones. Tiene oído para las chorradas culturales, e imita los tópicos con voz sonora, simulando seriedad. Ginny y yo nos fiamos de sus valoraciones de las películas en

cartelera. Con la gente es muy educado, igual que Carl, con quien también comparte el celo deportivo: amenaza con destruir la pantalla de la tele a cada error de arbitraje o jugada tonta. La relación entre los dos hermanos es muy estrecha, como la que les unía a Amy. Ella tenía casi tres años menos que Carl, y nueve más que John, y era como si su fortaleza de carácter les civilizase. Lo malo de las familias unidas es que también sufren unidas. De pie con mis dos hijos en el frío, les pasé los brazos por detrás, y palpé hombros de hombres.

A los hijos de Carl, la muerte de Amy les ha vuelto aprensivos. Como han visto que es posible quedarse sin madre, se ponen nerviosos cada vez que Wendy no está en casa, y preguntan a menudo dónde está, y cuándo volverá. Miran por la ventana, y les abate el recuerdo de Amy.

—Me gustaría poder saltar hasta el cielo —le dijo Ryan, de tres años, a Carl.

Es un niño grande, que nació con casi cuatro kilos y medio, y desde entonces no ha dejado de crecer a la velocidad de un gigante. A veces se ve a sí mismo como un superhéroe, dotado de poderes superheroicos.

—¿Por qué quieres saltar hasta el cielo? —le preguntó Carl.

—Porque así saltaría, cogería a la tía Amy y la bajaría —dijo él.

Ni Wendy ni Amy tenían hermanas, pero se descubrieron mutuamente como tales. Era gracioso oírlas reír, y conspirar. Si caminabas detrás de ellas, parecían gemelas: la misma estatura y constitución, con las cabezas inclinadas la una hacia la otra. Wendy da prioridad a la familia por encima del trabajo, como Amy, y después de tener hijos renunció al cargo de analista jefe de

políticas sanitarias. Es directa, como Amy: de esas pocas personas que responden a lo que les preguntas. También me tiene a raya, como me tenía Amy. Un verano me regaló un Trivial Pursuit. Sin embargo, se diferenciaban lo suficiente como para dar interés a su amistad. En su discurso fúnebre, Wendy contó una anécdota sobre la reacción divertida y sardónica de Amy ante el papel ecológico que usaba Wendy en casa. También estaba presente Risa Huber, su cuñada, que cogió una hoja y se le deshizo en la mano.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Eso digo yo —dijo Amy.

A la muerte de Amy, Wendy le dijo

a Carl:

—Estamos todos enfadados, pero A. la que más.

Hay cosas que no quiero saber yo, y cosas que no quiere saber Ginny. Los médicos a quienes consultamos tras la muerte de Amy diferían bastante en sus conjeturas como para dejar espacio a la ansiedad. Ginny quiere insistir en la pregunta, para obtener una respuesta más concreta. Yo he vacilado. No quiero oír lo extraordinariamente rara que era la dolencia de Amy, ni que es todavía más raro que alguien muera de ella. Uno de

los primeros cardiólogos con los que hablé dijo rotundamente que por muy poco probable que sea nacer con la estructura cardíaca de Amy, la anomalía casi nunca es mortal. Averiguar sin lugar a dudas que la muerte de Amy fue una entre un millón o un billón no haría otra cosa que agravar mi rabia.

Por su parte, Ginny se negó a ver el ataúd abierto antes del entierro. El director de la funeraria nos había preguntado si queríamos que lo abriesen, y a falta de práctica en tales decisiones, Harris y yo dijimos que sí, para el «visionado» de antes de la ceremonia aunque no para la ceremonia en sí. Al visionado asistimos Harris,

Carl, Wendy, John, yo y los Hale, los amigos de Amy y Harris. Ginny se abstuvo. No quería que fuera su última imagen de Amy, y es posible que tuviera razón. La figura del ataúd (con el pelo peinado como el de Amy, su nuevo vestido favorito de color marrón, y un chal entre marrón y rojo) parecía una copia, más que nuestra hija. Nos aproximamos uno por uno para despedirnos. Yo le toqué el pelo, por costumbre.

Harris le compra a Sammy un saco de boxeo, pesado, de marca Everlast. Está

en el cuarto de juegos, colgado del techo con cadenas. Cuando no lo usa Sammy, lo uso yo.

Ginny y yo nos conocimos al principio de secundaria, hace ya más de cincuenta años. Yo me estaba riendo ruidosamente con mis amigos, y al levantar la vista de mi mesa vi a la chica nueva, la primera treceañera elegante desde los monarcas británicos. Sin embargo, sigue teniendo algo de misteriosa. Carece de vanidad.

—Tuve la suerte de nacer guapa — se limita a decir cuando se lo pregunto.

Lo que en otra mujer podría resultar

chocante, o dar la impresión de una persona que se engaña, parece una mera constatación.

Es cierto que es guapa, con el tipo de cara que podrían haber buscado los directores de cine de los años treinta y cuarenta; no un rostro de seductora, ni de ingenua, sino de virtud inteligente, que refleja cualidades como la competencia, la resistencia y la aceptación de lo que trae la vida, junto a un atractivo sexual en sordina: una cara de buena esposa y madre. La tenía Claudette Colbert; también Joan Fontaine, e Irene Dunne. Ginny es más guapa que las tres. Acepta su belleza como un modo de quitarle importancia.

La vanidad no puede aplicarse a su vida.

Nunca se ha hecho un solo *lifting*, retoque o tratamiento con bótox.

—Mi pelo y mis uñas —dice—. Es de lo que presumo.

Quiere decir que cuando tiene tiempo, se los cuida. Últimamente, si surge entre nosotros el tema de darse caprichos, es porque ni siquiera se plantea. Antes de que muriera Amy, la gran decisión del día era dónde comeríamos.

—Nuestros amigos viven eligiendo —dice Ginny—. ¿Qué elección tengo yo?

Lo pregunta con una especie de satisfacción, pese al horror en el que

tiene su raíz.

—Yo creo que toda mi vida ha sido un preparativo para esto —me explica—. Cuando nació Carl, tuve la sensación de realizarme, de ser madre. Es lo que más me gusta hacer. Sé quién soy.

Sus decisiones maternas carecen de premeditación, como las de los atletas. Cuando Bubbies empiece a ir al colegio, será ella quien le lleve cada día, sin delegar en Ligaya, porque sabe que por muy capacitada que esté Ligaya, Mimi será lo más parecido a una madre que tendrán de ahora en adelante Bubbies, Jessie y Sammy.

—Lo hago a gusto —dice—. Además, ninguno de los dos podría

haberlo hecho si antes de la muerte de Amy no hubiéramos estado muy presentes.

Tiene sus desahogos. De vez en cuando escribe poesía y hace fotos. Fundó un club de lectores con Meredith Brokaw, compuesto por una veintena de mujeres notables que se han mantenido constantemente en contacto desde la muerte de Amy. Durante una fiesta sorpresa para Ginny, sus brindis fueron divertidos y conmovedores, pero todos iban en la misma línea: la del homenaje a su altruismo. Si conserva amigas así, es porque las escucha, como Amy. Cuando alguien le dice algo, bueno o malo, nunca intenta superarlo con una

anécdota de su propia cosecha, como esas competiciones absurdas en las que se enzarza mucha gente; en lugar de eso, se concentra en la persona que busca su atención. Yo siempre había pensado que el altruismo era algo que se aprendía o se adoptaba, pero en Ginny parece formar parte de su información genética. Ahora, con el luto, está en su elemento.

—Estoy viviendo la vida de Amy —dice, desesperada, pero a la vez reconfortada.

Después de cuarenta y seis años de vida conyugal, por la más dolorosa de las razones, estoy conociendo a mi mujer.

En Quogue hablo con Kevin Stakey, el constructor a quien Ginny y yo habíamos encargado convertir el garaje en una sala de juegos para nuestros nietos. Queríamos un sitio donde pudieran pintar, hacer cerámica, jugar con coches y transformers y pelearse en partidas de cartas como el Uno y la Batalla. Los planes los hicimos en verano, con la participación de Amy, Harris, Carl, Wendy y John. Tras la muerte de Amy, la creación de la sala de juegos se convirtió para mí en una terapia. Esperaba que a ella le hubiera parecido bien. Era mi manera de resucitarla.

Como no entendía la razón de que se hubiera muerto, me esforzaba por que lo demás fuera menos desconcertante. Limpié armarios llenos de trastos, puse orden en una estantería caótica de cedés y despejé una zona del jardín infestada de zarzas.

Kevin anda cerca de los cincuenta años, y tiene un físico como de sogas gruesas, de las que se usan para amarrar los barcos a los muelles. Tiene una cabeza grande, y un bigote y una barba más poblados que un cepillo de limpiar zapatos. Aunque más bajo que yo (sobre el metro setenta y cinco), me dobla en anchura. Cuando nos damos la mano, la mía desaparece dentro de la suya. Le

explico que, debido al cambio en nuestra situación, ya no estaré tan presente, y deberá tomar él solo muchas decisiones sobre la sala de juegos.

—Tranquilo —dice él.

—Claro que, si la cagas, tendrás que rehacerlo.

—Tranquilo.

—Y la funda de barbacoa de los Yankees, ni tocarla —le digo.

Me la regaló Harris por Navidad. Kevin, que es hincha de los Mets, ha amenazado con aflojar los nudos para que se la lleve el viento.

La construcción de la sala de juegos siguió adelante, sin apenas requerir mi ayuda. La reconversión del garaje

consistió en dejar a la vista las vigas originales del establo, poner pladur, reformar las ventanas viejas y sustituir el suelo de cemento sucio y agrietado por madera reluciente. Cuando Kevin terminó, le dije que el marrón de la madera era demasiado anaranjado.

—¿Lo puedes arreglar?

—Tranquilo —dijo él.

—Oye, Kevin, una cosa: ¿si te pidiera que pusieses la sala de juegos al revés, para que los niños pudieran entrar por el tejado, me dirías que tranquilo?

—Tranquilo —dijo él.

Lijó el suelo teñido, hasta llegar a la madera, y la pintó del color que yo quería, más oscuro.

La presentación en familia de Harris se produjo en Quogue, poco después de su compromiso con Amy. En el instituto y la universidad, Amy había tenido unos cuantos novios de los que hubo uno «serio», un deportista campechano y relajado que encajó perfectamente entre nosotros. Nos gustaba, nos gustaba su familia, y ya les veíamos casados, como extensión natural de lo bien que congeniaban. Lo poco que llegué a pensar en su futuro, sin embargo, no daba la imagen de un matrimonio que se mejorase mutuamente, o se tomase

provechosamente el pelo, o se alertase el uno al otro ante las sorpresas del mundo (agradables, tontas, trágicas...). Nunca me los imaginé con hijos.

En cambio, cuando Harris entró en la vida de Amy, y en la nuestra, llegó un marido, un padre y un hombre hecho y derecho. Carl, John y yo le reconocimos al instante como uno de los nuestros, pero al mismo tiempo tenía algo más, como un alma secreta. A veces las personas excepcionales tienen sus rarezas. Harris daba la impresión de haber limado las aristas de sus cualidades extraordinarias para que no ofendieran a nadie, ni le aislasen. Se parece un poco a lo que veo en Sammy

cuando busca un punto medio entre sus silencios íntimos y sus diversiones. Al entrar en nuestra casa, Harris no traía una pieza que encajase a la perfección en el puzzle, sino una excéntrica ampliación del conjunto. Fue el mismo efecto que un año antes, más o menos, tuvo Wendy en nosotros. Nada de ello fue un obstáculo para que los varones de la casa convirtiesen la presentación de Harris en una novatada. Primero le arrastramos a uno de nuestros torpes pero brutales dos contra dos de baloncesto, donde no se dejó eclipsar en torpeza ni en brutalidad. Luego llegó la pregunta de examen. Carl era un fanático de Patrick Ewing, el centro de los New York Knicks. Su labrador amarillo se

llamaba *Ewing*. A mí el perro me gustaba, pero el Ewing humano (que solo les pasaba la pelota a sus compañeros de equipo por desesperación o descuido) me parecía la principal razón de que los Knicks no hubieran ganado un solo título con él en el equipo. Sin exponer nuestras visiones antitéticas sobre el tema, pedimos a Harris su opinión sobre Patrick Ewing. Él nos miró a los dos, y a mí me dijo:

—Espantoso.

A Carl le dijo:

—Un crack.

Una tarde de verano de 2007, Harris llegó a la casa de Quogue con Sammy y Jessie. Amy tardó un poco más en llegar desde el coche con Bubs. Los dos mayores entraron corriendo, y Ginny y yo les recibimos de rodillas, con abrazos y gritos. Al darme cuenta con retraso de que también estaba Harris, levanté la vista.

—Qué va, si no me ofendo —dijo él.

Harris controla sus emociones, su casa, su trabajo y a sus hijos, porque es su obligación, pero alguna que otra vez se le nota el esfuerzo. Un día se cayó un

vaso al suelo. Yo empecé a recoger los trozos más grandes para que fuera más fácil pasar la aspiradora sobre los pequeños. Él me gritó que saliera de la cocina, para aspirar él mismo. Harris nunca grita. Es posible que al cirujano de manos le preocupase que me cortara, aunque en el transcurso de la pequeña crisis dio más bien la sensación de hacer valer su autoridad; no por falta de seguridad, sino para mantener su vida a flote.

Así y todo, la presencia de otro hombre en su casa, tan acostumbrado a hacer las cosas a su modo como él, es un cuestionamiento inevitable de su autoridad, si bien yo nunca la cuestione

activamente. No quiero añadir otra fuente de presión. Además, aunque sintiera la necesidad de aportar mi grano de arena, no haría falta, porque Harris es muy capaz de resolver la mayoría de los accidentes. La única vez en que recurrió a mí fue la primera semana después de la muerte de Amy, para que me encargase del funeral y el entierro. Desde entonces, su esfuerzo por hacer de tripas corazón, físicamente, y recuperar su buena forma ha sido algo casi visible. Durante los últimos dos o tres meses habrá perdido casi diez kilos, él, que siempre ha sido corpulento (que no gordo). Ha rebajado el café de las mañanas, y para mi pesar ya no come tostadas.

La pena es el marco de todas sus actividades, como de las nuestras. Su manera de manifestarlo es quedarse muy callado, como si cerrase una escotilla. Yo le digo que si alguna vez tiene ganas de hablar, aquí me tiene; gesto que él agradece, pero al que responde:

—¿Qué se puede decir?

Es verdad, pero no toda la verdad. Catherine Andrews, la psicoterapeuta infantil, también trata a adultos con problemas, y yo creo que tarde o temprano (probablemente más tarde que temprano) Harris la consultará.

No está dicho que no lo haga yo también, ya que mis principales estados de ánimo siguen siendo la rabia y el

vacío, sobre todo lejos de Ginny y de los niños, cuando estoy solo en nuestra casa de Quogue. Lo que me disuade de recurrir a la ayuda de Catherine es que, a diferencia de otros problemas psicológicos, lo ocurrido a Amy, y a todos los demás, es real. El monstruo es real. Tal vez existan estrategias que nos hagan sentir algo mejor a Ginny y a mí, en vez de algo peor, pero bien, bien del todo, no volveremos a sentirnos. Eso no lo cambiará ningún análisis, ni ninguna terapia. Creo que Harris también lo sabe. Él está acostumbrado a vivir por su cuenta, pero no podría haber previsto la profundidad de su actual soledad. Le duele, y le confunde. Si parece enigmático, tal vez se deba a haber visto

(como Ginny, en cierto modo) que su vida le ha preparado para vivir sin una fuente principal de felicidad, lo cual le convierte en un enigma para sí mismo.

Una tarde de marzo, en uno de los raros momentos de tranquilidad, me siento en el sofá verde del cuarto de juegos de la planta baja y releo *El turista accidental*, de Ann Tyler. Son cerca de las cuatro y media, y al día no le queda luz. Jessie baja y me pregunta por qué estoy tan callado. —Estoy leyendo —le explico.

Coge uno de sus libros de la mesa de

centro y se sienta a mi lado, extendiendo en el sofá sus largas piernas. Sentados en silencio, leemos a un metro y medio de donde Amy se cayó y murió. De vez en cuando levanto la vista, y vuelvo a mi lectura.

Sammy baja disparado, y exige saber dónde está su disfraz de caballero. Lo increíble es que lo localizo. Se compone de unos pantalones plateados, una camiseta de malla, un escudo, una espada y un casco con visera. Sammy se lo pone inmediatamente, baja la visera y desfila sin descanso ante el sofá.

Jessie deja el libro y pone una canción de *High School Musical* a todo volumen en el equipo de música.

Mientras sir Sammy desfila, Jessie baila delante del sofá. Bubbies baja por la escalera, seguido por Ligaya, y también baila.

Bubbies me va tomando cariño. Entre los adultos de la casa, yo estoy rezagado en el cuarto lugar de sus afectos, por detrás de Harris, Ginny y Ligaya. Sigue viéndome (acertadamente) como un animador aficionado, pero poco a poco ha percibido que tengo algunos usos prácticos aparte de hacer tostadas, y mientras no me salga de mi sitio, ni deje de desempeñar las pocas tareas que

domino, todo va bien. Me encanta su voz. Habla como imagino que sonaba Paul Newman de bebé (con algo de ronquera), y todas sus declaraciones son autoritarias. Incluso sus preguntas son autoritarias. También tiene buen oído, y pronuncia todas las sílabas de las palabras largas, como «chocolate». A menudo parece un europeo del sur que aprende inglés: «cho-co-laaat», con el mismo énfasis en todas las sílabas. A su hermana la llama «Jee-sii-caa».

—Jessica comparte su agua contigo —le digo—. ¿Qué se dice, Bubs?

—Gracias, Jee-sii-caa —responde él.

A Ginny no le gusta que mis juegos

con Bubbies sean tan bruscos, pero ya jugué así con Carl, Amy y John. Hacemos el número del «bebé al revés», que es tal como suena: le sujeto al revés sobre la cama, y le balanceo por los tobillos. Luego está el «bebé volador», en que me tumbo de espaldas en la cama, con las piernas en alto, y le equilibrio en las plantas de mis pies. También le someto al «chillido», que es como llamo a unas cosquillas rápidas. Son asaltos bien recibidos, excepto cuando Bubbies está concentrado en algún quehacer: trepar al sofá para saltar al suelo, o «limpiar» el suelo con un tubo de la aspiradora. Si le hago un chillido durante alguna de estas misiones, él protesta («¡No, Boppo!»),

como si quisiera recordarme que no es ningún juguete. Si me porto bien, y no hay nadie mejor cerca, se sube a mi regazo y coge mi cara con las manos.

He aquí un libro para Bubs: *Little Fur Family*, de Margaret Wise Brown. Los dibujos de Garth Williams son borrosos, de colores grises y tenues. Su austeridad les da vida: el árbol donde vive la familia de los peludos, y sus ventanas con cortinas y postigos rojos, y su puerta roja con tejadillo verde; el riachuelo de al lado, con sus peces serenos; los miembros de la familia, que parecen

osos, con algo de erizos. Bubbies estudia las ilustraciones, mientras leo un pasaje en que el hijito peludo estornuda y despierta a su abuelo, que vive en un tronco hueco. El abuelo está desarreglado, con mirada aturdida, y el pelaje gris sin peinar. Bubbies estudia el dibujo, y luego a mí.

El abuelo sale de su tronco hueco.

—Salud cada vez que estornudes, nietecito mío... —dice—. ¡Achús!

—Salud —le dice el hijito peludo, y sigue caminando «por los bosques oscuros y soleados». A Bubbies le gusta cómo empieza el libro: «Había una vez una pequeña familia de peludos, caliente como las tostadas».

La palabra de la mañana es «atención». Su elección se debe a que desde hace un tiempo Jessie y Sammy se pelean demasiado. No soportan que el otro le interrumpa. Cuando arbitra algún adulto, y decide en favor de uno de los dos, el otro grita: —¡Es injusto!

Yo quiero que establezcan la relación entre «atención» y «atento». Conecto las dos palabras en el post-it del desayuno.

—Si «atención» es fijarse en las cosas, ¿qué quiere decir «ser atento»? —les pregunto.

No contestan. Persisto.

—A ver: «atención» es cuando te fijas en algo. ¿En quién os fijarías si fuerais atentos? —insisto.

Nada.

—Si se le presta atención a algo, es que se piensa en una idea o un problema, pero si se es atento, se piensa en...

—Boppo —pregunta Sammy—, ¿podemos irnos, por favor?

Ginny y yo intentamos hacer mella en el fajo de cartas que hemos recibido (de momento, más de ochocientas). Harris, Carl, Wendy y John han recibido otras

cuatrocientas, sin contar los e-mails. Siguen llegando cartas de amigos, de alumnos y ex alumnos míos, de compañeros del instituto y la universidad de Amy, y de colegas y pacientes suyos. Kate y Jim Lehrer, dos amigos de toda la vida que cedieron su casa para la recepción del funeral, y que desde entonces han sido muy solícitos, nos han recomendado un sitio donde imprimen tarjetas de agradecimiento. Habiendo trabajado veintitrés años para Jim en *NewsHour*, soy testigo de que los Lehrer se han pasado la vida ayudando amablemente a los demás. En nuestros momentos libres, Ginny y yo escribimos notas en las tarjetas. El ejercicio es como saludar a una convención de todas

las personas que hemos conocido durante nuestras vidas, y repasar un historial de amistades. Peter y Judy Weissman, nuestros más antiguos amigos, han pasado cuatro o cinco semanas con nosotros. Peter, que es endocrinólogo, ayudó a Ginny a preparar química orgánica cuando estudiaba para ser residente. También han venido otros amigos de fin de semana, como los Hale, cuyos hijos, Dylan y Ryan, son íntimos de Jessie y Sammy. El día de la muerte de Amy, Liz y James vinieron en avión de Nueva York y llegaron antes que nosotros a la casa, incluso antes que Carl y Wendy.

Mi hermano Peter vino en tren de

Nueva York. La madre de Ginny, Betty, intentó hacer el viaje, pero estaba demasiado débil. Sí vinieron los hermanos de Ginny, Lee y Ricky (junto a Nancy, la esposa de este último, y sus dos hijos, Lee y Sarah): buena gente, discreta, que compartió nuestra estupefacción y nuestra pena. Sarah le compró a Jessie su primer Webkin, un animal de peluche que se usa en un juego interactivo de ordenador. Dee, Howard y Beth, y Rose y Bob, vinieron a vernos a menudo, y nos ayudaron con los niños. Fue un aluvión de bondades. Unos amigos de Ginny, Robyn Newmyer y Kay Allaire, le trajeron su coche desde Quogue, para que pudiera usarlo en Bethesda. Los amigos llamaban a

menudo, y mandaban libros y juguetes para los niños. El día después de la muerte de Amy, la maestra de Jessie, Coleen Carone, vino a casa y formó enseguida un círculo compuesto por Sammy, Jessie y siete u ocho niños, que hicieron un ramo de flores de papel para Amy. Hace bastantes años, escribí un libro que se llamaba *Reglas para envejecer*. Una de ellas era: «Nadie piensa en ti». Un error más en mi lista.

La férrea atención de Amy a las personas de su entorno le permitía hacer amigos rápidamente: gente a quien conocía al pasear con los niños por el barrio, las enfermeras de la penitenciaría juvenil donde trabajaba

una día por semana, el capitán Ehab, dueño del taller al que llevaba el coche, personal hospitalario, la policía de la acera de enfrente, la dependienta de la sección de calzado infantil de Nordstrom, el hombre de la Thermomix... Todos llenaron la capilla fúnebre, cuyas puertas quedaron abiertas, para que los que no cupieran pudieran oír la ceremonia. Fueron cien las personas que la siguieron desde los escalones de piedra, a pesar del frío. Vinieron varios amigos y colegas míos de Stony Brook; también amigos y ex colegas de Harvard, y de *The New Republic*, *The Washington Post*, *Time* y *The NewsHour*, donde trabajé entre las décadas de 1970 y 1990. Desde Texas,

Ohio, California, México, Nueva York, Massachusetts, Virginia, Pensilvania, Florida y Kentucky vinieron amistades de la familia. Un viejo amigo llegó en avión desde Oslo. Erik Kolbell, amigo de la familia y sacerdote congregacionalista, que fue quien ofició el funeral, dijo a los más de quinientos asistentes:

—Qué mejor recuerdo de la inextinguible luz de Amy que el que ahora iluminemos mutuamente nuestras vidas.

John miró a su alrededor.

—No sabía que tuviera tantos amigos —dijo.

—Yo tampoco —dije yo.

Se renuevan amistades, se arreglan las que estaban tensas, y se forman otras nuevas. Llamo por teléfono a Anthony Grieco, decano de la facultad de medicina de la Universidad de Nueva York. Dirige la secretaría de exalumnos, y es quien gestiona el fondo de becas Amy Rosenblatt Solomon. Me intereso por los planes de la facultad para el dinero, que según me he enterado asciende ya a cantidades muy reseñables, con aportaciones de más de doscientas cincuenta personas. Me explica que el fondo solo cederá dinero para las becas cuyo fundamento sea la necesidad. A Amy le habría parecido bien. Le expreso nuestra gratitud por el

esmero que han puesto él y la facultad. El decano Grieco, que también es profesor de medicina, recuerda a Amy como alumna.

—No pasa un solo día sin que me acuerde de ella —dice.

En su discurso fúnebre, Carl observó que cuando muere alguien decimos que está en un sitio mejor, pero que en el caso de Amy él no se lo creía. «El mejor sitio para ti [mirando el ataúd] es aquí.» Había empezado su discurso asegurando oír la voz de Amy: «No la cagues».

La semana del funeral de Amy fue difícil, pero no careció de distracciones. En la funeraria nos recibió una mujer enérgica que nos preguntó si queríamos que nos lavaran el coche, como servicio extra. En el cementerio fuimos objeto poco menos que de una visita inmobiliaria por parte de una mujer de pelo muy rojo que iba señalando lo más destacado, como la lápida de una estrella del rock que se había suicidado, y la tumba, o bien de la persona en quien estaba inspirada la rana Gustavo, o bien de la propia Gustavo (no acababa de entenderse). El lugar resguardado que

elegimos resultó pertenecer a la sección judía del cementerio, cuyo ingreso, según nos informó la misma mujer, estaba restringido a los «de sangre judía». Yo aseguré tener mucha, y oí que John le decía a Carl:

—No se trata de si papá explotará, sino de cuándo.

Justo cuando su predicción se iba a hacer realidad, la mujer comentó que a ella también se le había muerto un hijo.

Me pregunto si ser religioso hace más fácil aceptar la muerte, por la existencia de formalidades establecidas (y posiblemente protectoras) vinculadas a ella. Por nuestra parte, Ginny y yo hemos evitado la religión, y educado sin

ella a nuestros hijos. Ginny es de familia episcopaliana. Nos casamos en una iglesia unitaria de Nueva York. Cuando fuimos a verla, para saber si nos convenía, estaban dedicando un banco a un gato. No hubo más que decir. En casa de Carl y Wendy, que es de familia católica, no se practica ninguna religión; tampoco se practicaba ninguna en la de Amy y Harris. En vísperas del funeral celebramos una especie de velatorio, y recibir en casa a los amigos vino a ser como la *shivá* de los judíos, pero eran cosas que surgían por sí solas. No estaba Dios con nosotros.

Cojo un bolígrafo sin mirarlo, para agradecer una carta de pésame. Cuando aprieto el botón, el bolígrafo canta con voz metálica: «Nobody's perfect. I gotta work it»². Desde el tubo del boli musical, rosa y violeta, rae sonrío la cara incontenible de Hannah Montana. Cojo otro.

Hay pocas cosas que alegren tanto a Jessie y Sammy como las anécdotas de juventud de Amy. Están muy interesados por su adolescencia en Nueva York, donde vivimos en los años ochenta, y

parte de los noventa. En el instituto era una gran velocista. Ganaba a Carl y John sin jadear. También tenía resistencia. Sus hermanos siempre la invitaban a un juego cuyo nombre estaba exento de cualquier ambigüedad: «Placar a Amy». La facilidad con que ella se prestaba a jugar era una muestra de desdén. A los niños les interesa muy especialmente saber cómo era su madre de pequeña, a la edad que tienen ellos. Flagrantemente mona. Cuando Amy cumplió cuatro años, la atención que recibió con su vestido de fiesta disgustó tanto a Carl, que se tiró al cubo de la basura.

Amy y el béisbol. Adoptó como equipo a los Kansas City Royals.

—Me gusta el nombre —dijo.

—¿Royals? —le pregunté yo.

—Kansas City —dijo ella.

Amy viendo la tele. Una noche la observé, hipnotizada por los saltos de pared en pared de la Mujer Biónica.

—Amy —le dije tres o cuatro veces antes de que se girase—. Amy, ¿cómo lo hace?

Y ella, que tenía cinco años, se dignó explicar:

—Es biónica.

Amy en peligro. Aproximadamente a los ocho o nueve meses, justo cuando adquiriría verticalidad, Carl siempre se le echaba encima en triciclo. El delito de Amy era existir. Acaso por sentido de la

deportividad, Carl anunciaba sus intenciones asesinas cantando una letanía atonal que rezaba así:

—Amy ha cogido el coche y ha conducido a casa, pero ha tenido problemas, así que ha conducido Carl...

Y así, cantando, embestía a su hermana de meses. Al oírlo, Ginny o yo corríamos a cogerla, casi siempre antes de la llegada del vehículo.

Amy haciendo la rueda (su modo de desplazamiento favorito). Una vez en que iba yo tras ella, aplastado por el peso de tres maletas, recorrió todo el aeropuerto Logan haciendo la rueda. Amy yendo al parvulario en el colegio Sidwell Friends de Washington (donde

vivimos en los años setenta), el mismo al que fue Carl, y donde Ginny dio clases de parvulario y primero de infantil. Si Amy pillaba a Ginny con otro niño en el regazo, se acercaba tranquilamente y clavaba el codo en las costillas de su madre, como recordatorio de quién tenía prioridad. Amy y «el caso del conejo rarísimo». Para su quinto cumpleaños le compramos a regañadientes un conejo que anunciaban como «conejo enano», pero que adquirió dimensiones tan colosales que a duras penas cabía en su jaula, no precisamente pequeña. Te miraba fijamente con sus ojos rojos, detrás de la tela metálica. Era completamente blanco. Amy lo bautizó

Pasa. Amy y Carl compitiendo. Amy y Carl confabulando. Cuando tenían diez y siete años, sorprendieron a Ginny con un desayuno en la cama por el Día de la Madre. Habían hecho huevos revueltos sin poner mantequilla en la sartén, y el resultado tenía el aspecto y consistencia de una piel de armadillo. Sonriendo, y masticando muy despacio, Ginny se lo comió todo.

Boppo saliendo de compras con una Amy de cuatro años, y comprándole un vestido verde de Lacoste. (Después hice lo mismo con Jessie, y Amy se alegró.) Boppo saliendo con Amy a cenar a un restaurante, los dos solos, también a los cuatro años. Ella llevaba un vestido de

cuadros azules y blancos, merceditas negras y flequillo. Fuimos a Billy Martin's, en Georgetown. El *maître* le aguantó la silla. Cuando ya estábamos sentados, y llevábamos un par de minutos hablando, dijo que tenía que ir al lavabo. Después volvió a la mesa, pero durante toda la cena fue al lavabo de señoras cada pocos minutos; no por necesidad, sino para sentirse sofisticada.

Una de las anécdotas favoritas de Jessie es de cuando vivíamos en Harvard, en Dunster House, y Amy tenía tres años. Fue un sábado por la mañana. Yo estaba a punto de ir a una sesión de un comité que concedía becas para

estudiar en la Cambridge inglesa. Durante el desayuno, les dije a los niños que era una beca muy antigua (probablemente la llamase premio), más que el propio país, y que los niños que ganaban el premio eran muy especiales. Amy, de tres años, se indignó.

—¿Y las niñas? —dijo.

Me resultaba muy sencillo ganar a Amy en las carreras. Competíamos en una pista de cuatrocientos metros. Después de que ella saliese disparada de la línea de salida, sepultándome en el polvo, yo, tras unos veinte metros a carrera lenta,

cortaba por el óvalo y esperaba su mueca de irritación en la línea de llegada. Chupado.

Cuando Wendy estaba embarazada de Andrew, Ginny organizó una fiesta con regalos para el futuro bebé, y pidió a Amy y al resto de las invitadas que escribiesen un recuerdo bonito de su infancia. Luego los recopiló en un libro para Wendy. Amy escribió: «Uno de mis recuerdos favoritos de infancia es cuando salía a cenar con mi padre. Me ponía la mar de elegante, y salíamos a Georgetown, a Billy Martin's. Me

encantaba la emoción de sentirme mayor. También me encantaba estar a solas con mi padre. Claro que lo mejor de todo era dejar a Carl en casa».

—¿A que Ginny es perfecta? —dice uno de nuestros amigos, viendo cómo cambia a Bubbies y ayuda a Jessie con los deberes a la vez que resuelve con eficacia una crisis de «no me quiero poner esta chaqueta» por parte de Sammy.

—Nadie es perfecto —digo yo, y le explico una anécdota que nos da la razón a mí y a Hannah Montana.

Vivíamos en Cambridge. Carl tenía cinco años, y Amy dos. Era la noche antes de Pascua, y el conejo estaba a punto de hacer su visita nocturna. A Carl le daba miedo la idea de que un mamífero gigante portador de huevos merodease por la casa. A las once de la noche, cuando Ginny y yo estábamos a punto de acostarnos, Carl salió de su cuarto.

~¿Ya ha llegado el conejo de Pascua? —preguntó.

Le dijimos que no. Volvió a su cuarto. Sobre la una reapareció al pie de nuestra cama.

—¿Ya ha llegado el conejo de Pascua?

Le dijimos que no.

—Vuelve a la cama —le dijo Ginny—. Ya buscarás los huevos por la mañana.

A las dos de la noche, otra vez Carl con la misma inquietud. Dudo que hubiera dormido. A las tres, lo mismo. A las cuatro vino a nuestra cama y nos despertó una vez más. Ginny se irguió, muy tiesa.

—¡Que el conejo de Pascua no existe, joder! —gritó sin darle tiempo a formular su pregunta.

En vez de alarmarse por el uso de una palabra que su madre probablemente nunca hubiera usado, el rostro de Carl se llenó de alivio. Volvió contento a su

cuarto.

Hay una anécdota que no les cuento a Jessie y Sammy, de la época en que nos mudamos de Cambridge a Washington. Habíamos pedido plaza en varios colegios para Carl y Amy. Uno de ellos nos interesaba poco, por su fama de pijo, pero había que ser previsor. Cuando íbamos en taxi con los niños, para las entrevistas del centro en cuestión, Ginny y yo nos dimos cuenta de que *Nanny*, la mantita que Amy se llevaba a todas partes, se había quedado en el hotel. Al cabo de un rato, Amy

también se dio cuenta. Pese a haberse visto reducida al tamaño de una caja de cerillas, *Nanny* no había perdido ni un ápice de sus poderes sobrenaturales.

—¿Dónde está *Nanny*? —preguntó Amy.

Tenía tres años y medio. Yo le dije que se nos había olvidado, pero que no se preocupase: hablaríamos con el colegio y volveríamos lo antes posible c o n *Nanny*. Ella no fue muy comprensiva con nuestro error, ya que si de algo servía *Nanny* era precisamente para aliviar situaciones de tensión, como aquella. Cuando llegamos para las entrevistas (la de Carl para segundo curso, y la de Amy para parvulario),

apareció una mujer cuya actitud confirmaba la fama del colegio, y Amy se fue con ella, enfurruñada. Al final de la entrevista, Amy parecía aún más enfurruñada, y le costó meter los brazos en las mangas de su abrigoito verde. Al irnos, peleándose con el abrigo, se adelantó a toda velocidad por el pasillo.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —murmuró, pero en voz alta.

Solo podía haberlo aprendido de su madre. El colegio aceptó a Carl.

En el segundo semestre impartí únicamente un taller de escritura, sobre

relato corto, así que el domingo cojo el coche y me voy para Long Island, doy clase el lunes y vuelvo el mismo lunes por la noche, o el martes. El viaje de ida de Bethesda a Quogue se me hace más largo que el de vuelta. Lo he dividido mentalmente en segmentos, para que el tiempo pase más deprisa. El primer tramo, el más largo, va de Bethesda a la autopista de Nueva Jersey, pasando por Maryland y Delaware, y suele durar una hora treinta y cinco minutos, si no me para la policía. Desde el extremo sur de la autopista hasta el puente de Verrazzano se tarda aproximadamente una hora y media. La Belt Parkway de Brooklyn toma veinticinco minutos, y la Southern State Parkway, que llega hasta

el este de Long Island, otros treinta y cinco. El último tramo del viaje, compuesto por la Sunrise Highway y las carreteras que la conectan con Quogue, dura unos cuarenta minutos. Cuando se pierde la señal de una emisora de música, pongo otra, usando las letras preprogramadas para cada parte del viaje: clásica hasta la autopista, jazz en Nueva Jersey y Brooklyn y clásica de nuevo durante casi todo el resto del camino, excepto el cuarto de hora final, en que oigo rock. De paso aprendo un poco sobre música clásica. Me he formado un juicio poco halagüeño sobre Telemann, y muy buena opinión de Haydn y Händel. En términos

emocionales, me entra todo excepto Rachmaninoff, especialmente la segunda sinfonía.

Las conversaciones por el manos libres con Carl y John, mi hermano Peter, Pete Weissman, la artista Jane Freeman (amiga y ayudante de toda la vida) y mi amigo y colega de Stony Brook, Bob Reeves, contribuyen a abreviar el viaje. Pongo a Ginny al día, y ella a mí. Trato de prestar la máxima atención a los peligros del volante, aunque a veces se me vaya el santo al cielo. Siempre que me entra sueño, aparco al lado de la carretera y duermo unos minutos, aunque es la excepción. Al enterarse de mi calendario de viajes,

Shirley Kenny, la rectora de Stony Brook, me advirtió por carta que no me distrajesse por la carretera. Hace diez años, a ella y a su marido Bob se les murió su hijo Joel de leucemia. La carta de la rectora sobre las consecuencias prácticas del luto llegó una semana después de que me saltase un semáforo en rojo, por primera vez en mi vida.

Procuro limitar mis paradas a dos: una en la primera salida de la autopista de Nueva Jersey, donde me tomo un café grande y un *muffin* de arándanos en Starbucks, y la otra en la salida 11, para echar gasolina. Al bifurcarse la autopista, siempre cojo los carriles para coches y camiones, no los de solo

coches. Al ser domingo hay pocos camiones, y el tráfico es fluido. Los trucos de carriles se han vuelto rutinarios a lo largo del viaje. Al final, cuando tuerzo por nuestra calle de Quogue, siempre me sorprende ver nuestra casa. Me meto en el camino, y al entrar enciendo casi todas las luces.

Carl me llama prácticamente cada mañana por el móvil, de camino al trabajo. Más tarde le devuelvo la llamada, y también hablo con John. Carl y John se llaman entre sí, y ambos hablan con Ginny. Antes de la muerte de

Amy, la familia ya hablaba con frecuencia, pero desde entonces nuestras conversaciones se han incrementado. Es como si nos cerciorásemos del bienestar de los demás. Yo he adoptado el papel de preocupado número uno, cosa rara en mí. Antes, salvo motivos especiales, nunca me preocupaba por nada. Ahora, hasta lo más trivial ligado a la familia me pone nervioso. Si alguien se va de viaje, me preocupo. Si Ginny coge el coche por Bethesda, me preocupo. Si mis hijos o nietos están resfriados, me preocupo. Me preocupa que John camine de noche por Nueva York. Ginny hace el simple comentario de que le duele la rodilla derecha, y yo me preocupo.

A instancias mías, John solicitó una angiografía CT para descartar que sufriese la misma anomalía que Amy. Carl también. Las probabilidades de que alguno de los dos estuviera en peligro eran ínfimas, pero en caso contrario existen medidas correctivas que pueden tomar los cardiólogos. Normalmente, al ser John el pequeño, y el que vive solo, me preocupo por él, aunque lo disimule. Cuanto más me esfuerzo, más se da cuenta, pero tolera mi inquietud con buen humor. Le pregunto si quiere que le acompañe al radiólogo.

—Solo si me compras un regalo —dice.

En invierno y primavera casi no hay tiempo para nada que no sean juegos, cuidados infantiles, labores educativas, tareas de chófer y, a las nueve de la noche, cama. Jessie tiene clase de fútbol; Sammy, una fiesta; Jess y Sammy tienen tenis; Sammy va a casa de un amigo; Jessie tiene español; Bubbies, «gimnasia» (una hora en que los bebés caminan como patos por una gran superficie de suelo muy pulido, ignorando las órdenes del «profesor», y chocan entre sí); Jessie empieza piano.

Cuando vivíamos en Washington, yo escribía una columna semanal para el

Washington Post. En una que titulé «Prohibido dormir fuera de casa» di voz a un padre que se quejaba de la última moda: saturar la jornada de los niños con clases y actividades sociales. Aquel artículo me granjeó más cartas insultantes que cualquiera de mis textos contra la pena de muerte, o a favor de restringir el acceso a las armas. Es obvio que no me enteraba de nada, como de costumbre.

Actualmente, agradezco los horarios apretados de los niños. Entre diciembre y junio, Sammy y Jessie han cumplido años, saltando a los cinco y los siete, y Bubbies ha pasado de los catorce meses a los veinte. La transformación de

Bubbies ha sido como uno de esos efectos cinematográficos en los que se acelera el tiempo. En abril celebramos el cumpleaños de Amy. Al soplar las velas, Harris le preguntó a Sammy qué creía que habría deseado mamá.

—Estar viva —dijo Sammy.

Ahora se parece más a su padre, con una mezcla de independencia e inocencia en las facciones. Jessie ha perfeccionado su sonrisa irónica de adulta. Al repasar la lista de invitados a su fiesta de cumpleaños (compuesta por toda la clase), le preguntaron a Sammy si estaba seguro de querer incluir al bruto de su clase.

—Sí —dijo—. No me gustaría que

llorase.

Al darse la terrible coincidencia de que muriese de golpe la madre de otra niña de su clase, Jessie dijo:

—Podría vivir con nosotros.

Jessie está sentada ante el piano vertical de la salita, de espaldas a Ginny y a mí. Sobre el piano hay un cuadro de campos de lavanda provenzales, con los bordes gastados. Jessie lleva una cinta de neopreno en el pelo, pantalones negros y una camisa blanca con mangas largas de color negro, en cuya parte delantera pone «Color Me Happy», con cada letra

de un color y un diseño distintos. A su derecha, un poco rezagada, Magdalena (la joven que le da clases) corrige el tempo. Jessie toca *My Robot* y *Money Can't Buy Everything*.

—Un poco más deprisa —dice en voz baja Magdalena, con restos de lo que parece acento ruso.

Es una de las muchas salas de la International School of Music, ubicada en un grupito de tiendas de Bethesda. Los niños vienen a aprender violín, clarinete y otros instrumentos, además de piano. Desde el largo pasillo al que dan las salas de ensayo, parece que esté afinando una orquesta mal conjuntada.

Magdalena toma notas en los libros

de Jessie, y nunca la interrumpe. Si Jessie se equivoca de nota, ella misma se corrige. Si hay alguna pieza que requiera más práctica, Magdalina se lo dice. Jessie se sienta muy erguida. Al acabar uno de sus tres libros, lo guarda con cuidado en una cartera negra y saca el siguiente. Ginny y yo miramos su espalda, y sus dedos, que tocan *Bravery at Seay The Happy Seal*.

El 2 de mayo, justo antes de cenar, Kevin Stakey llama por teléfono. Vacila y se disculpa. Se le quiebra la voz.

—Es que ya te considero un amigo

—dice.

—¿Qué pasa, Kevin?

—Se ha muerto mi hijo.

Stephen, su hijo de dieciocho años, que acababa de entrar en Stony Brook, se ha desmayado durante una regata ficticia en el campus. Es uno de los ritos primaverales de los alumnos de licenciatura, que hacen flotar barcas de cartón en un estanque.

—Aún no saben la causa —dicen—. Algo del corazón.

Al día siguiente, cojo el coche y voy a Long Island, a la zona de North Fork, para estar con Kevin y su familia (a la que todavía no conozco). Su mujer, Cathy, es guapa y rubia, con una cara

ancha y simpática, y aire de no perder el tiempo en tonterías: la versión adulta de Laura, la hija de catorce años del matrimonio. Laura me saluda educadamente, al igual que Andrew, de nueve años. Cathy me trata de «señor Rosenblatt», hasta que le pido que no me llame así. Sentados en el luminoso e impoluto salón de la casa gris de dos plantas construida por Kevin, me hablan de Stephen: su facilidad para hacer amigos, cuánto le gustaba tocar el bombo en el grupo de la universidad... Había sacado las mejores notas de su clase en el instituto de Mattituck. Cada pocos minutos, Cathy me pregunta si quiero comer algo. Reconozco el improbable impulso de ejercer de

anfitrión con quienes comparten contigo el luto. Pasa el padre de Kevin. Es un hombre descomunal, muy por encima del metro ochenta, y más corpulento que su hijo. Se queda un rato, sin hablar, y luego se lleva a Andrew de paseo. Antes de volver a Bethesda, le digo a Kevin que no se preocupe por las obras pendientes de la sala de juegos. A los dos días, vuelve a trabajar.

Ginny se atraganta durante el desayuno. Solo dura unos segundos, pero Jessie se queda de piedra, y Sammy sale corriendo de la habitación.

El último día de Sammy en preescolar, la Geneva Day School dedicó un banco a Amy. Jessie también fue a Geneva, hace dos años. El año que viene le tocará a Bubbies. El banco fue idea de Leslie Adelman y Laura Gwyn, con aportaciones de los maestros y las familias del colegio. Leslie hizo que un paisajista plantara arbustos y tulipanes detrás del banco, que instaló Jim Bryla, el mismo constructor que reformó el porche y el sótano de Amy y Harris. Durante el tiempo en que Jim y su equipo trabajaron en la casa, Amy

siempre tenía una nevera llena de refrescos, y les preparaba la comida. El banco era de teca, con tres círculos tallados en la parte trasera, en representación de los tres niños. También llevaba una placa de bronce donada por un padre del colegio, con la inscripción: «En afectuoso recuerdo de Amy Solomon, madre de Jessica, Sammy y James». Lo colocaron cerca de una valla, en medio del patio, para que los padres pudieran sentarse y disfrutar con los juegos de sus hijos.

La ceremonia fue a mediodía, un día caluroso de finales de mayo, el viernes del fin de semana del Memorial Day. Según el programa, después de la

inauguración del banco habría carnaval y picnic de final de curso. Se formó un círculo de unas setenta y cinco personas. Uno de los oradores fue el profesor de Sammy, Ed Bullis, un joven optimista que divierte a los niños con sus canciones, y que, desde la muerte de Amy, vigila muy de cerca a Sammy. Le llama «Samalama». La señora Funk, directora de Geneva, que también dijo unas palabras, repartió regaderas entre la familia, para regar las flores más próximas al banco de Amy. Jessie, Sammy y Bubbies se ocuparon de los tulipanes. La señora Funk y el señor Bullis dijeron que Amy había formado parte del colegio, y se acordaron de cuando la veían en el patio, cuidando a

sus hijos y otros niños.

Después hablaron Carl y Harris. Harris explicó la importancia que daba Amy a ser madre, su máxima prioridad en la vida. Amy se tomaba muy en serio la medicina, y la ejercía para el bien común, dijo, pero rechazó tener participación en la empresa para dedicar más tiempo a la maternidad. La siguiente en hablar fue Leslie.

—La noche antes de que se muriera Amy —dijo—, estábamos las dos en su casa, y me llamó la atención que aún tuviera al lado del teléfono la vela que le había regalado hacía varios meses, por el primer cumpleaños de James. Me dijo que le encantaba su olor, y que la

guardaba para disfrutarla en medio del trajín de la vida. Nos reímos de que nunca encontrase el momento de encenderla.

Leslie dijo que Amy nunca lo sintió, como no sintió nada de lo que pudiera haber hecho y no hizo.

—Para Amy, la vida no era cuestión de «más».

Al final de la ceremonia, nadie quería acercarse al banco, como si estuviera santificado. En un momento dado, con toda naturalidad, se acercó un padre con su hijo y se sentaron a comer unos bocadillos.

El fin de semana del 4 de julio, como cada año, la familia viene a Quogue para celebrar el cumpleaños de Carl, que es el día 2. Carl y Wendy traen a Andrew y Ryan, para que estén con sus primos. Este año también invitamos a Scott Huber (el hermano de Wendy), Risa y sus dos hijas, Sydney y Caitlin, a quienes Jessie y Sammy también llaman primas. La casa llega a contener a siete niños de menos de seis años y ocho adultos, incluyendo a John. Hay un momento de crisis: es Jessie. Deberíamos haber previsto su reacción al darse cuenta de que estaban todas las madres menos la suya.

—¡No es justo! —exclamó.

Harris se sentó a su lado, en lo que hacía las veces de dormitorio infantil.

—Quiero que vengan los primos —dijo ella.

Carl entró con el resto de los niños, y les propuso saltar de cama en cama. Jessie fue la primera.

A Jessie no le parece bien mi relación con Caitlin Huber, de tres años. Ya hace un tiempo que Caitlin reconoció en mí a otro solitario, y me eligió como compañero de juegos. Lo que entiende por jugar es darme órdenes. Me da libros para colorear, y me dice que no me salga de las líneas. Cuando estaba aprendiendo a no llevar pañales, le dijo

a su madre que el orinal tenía que vaciarlo yo. Jessie siempre había observado nuestra relación sin hacer comentarios, pero aquel fin de semana, al ver la caja de kleenex con dibujo de princesas que había traído yo, le dijo a Ginny:

—Seguro que Boppo lo ha traído para Caitlin.

Scott y Risa, que son médicos, se llevaban muy bien con Amy y Harris, y siguen llevándose muy bien con Carl, Wendy y John. Hasta la muerte de Amy, yo les veía como familia extensa, pero no hice el esfuerzo de conocerles a nivel personal. Ahora sí que siento la necesidad, como siento la de conocer a

las dos hermanas de Risa, Jayme y Allison, y a sus maridos, Michael y Ray, y a los padres de Risa, Chuck e llene, que tanto se desvivían siempre por Amy. Durante el fin de semana, los niños van en bici y juegan en la piscina, para la que he comprado un cocodrilo hinchable de mirada malévola y fascinante. Bubbies conduce su cochecito rojo, y «fríe» salchichas en su cocina de juguete. Cantamos a Carl el *Cumpleaños feliz*.

Nuestro dormitorio sirve al mismo tiempo como galería familiar, con fotos de Carl y Wendy el día de su boda, y de Amy y Harris el de la suya. Tenemos una de Andrew y yo al piano, otra de los

cinco nietos en varias poses forzadas, una de John con toga y birrete el día de su licenciatura, y dos de Amy y Ginny, que parecen hermanas al juntar las cabezas. En una de las fotos salimos Jessie y yo en la playa de Quogue. Hay otra de Amy y yo en una playa de Cape Cod. Amy tiene la misma edad que Jessie, y una toalla en los hombros. Parece que el agua le haya dado frío. Una foto de Amy con gorra azul de béisbol, y Bubbies en brazos. Otra de Amy con Sammy en la cadera, ella sonriente, él con cara de curiosidad. Un primer plano carismático de Bubbies a los pocos meses, y otro de Amy a los dos años, poniéndose, o quitándose, las gafas de sol de Ginny. Las fotos están

distribuidas por las paredes, el escritorio de Ginny, la repisa de la chimenea, las mesitas de noche y el tocador.

De vez en cuando, Ginny se derrumba al ver las fotos o cualquier otro objeto relacionado con algún recuerdo. En cambio, a mí lo que me vence suelen ser problemas prosaicos, o preocupaciones pasajeras como elegir camisa o acordarme de tomar una pastilla, porque nada volverá a ser normal, nunca más. La alfombra beis del pie del tocador tiene una pequeña mancha que parece de óxido. Data del 8 de diciembre por la tarde, poco después de que Ginny y yo recibiéramos la

llamada de Carl sobre Amy. Estábamos haciendo el equipaje a toda prisa, para ir a Bethesda, y a mí se me cayó al suelo un frasco de aspirinas infantiles al intentar enroscar el tapón. Tardé varias semanas en recogerlas, y dejaron marca.

Siempre nos ha gustado Quogue por el ambiente que lo caracteriza, y que conserva: simples ciudadanos que viven sin llamar la atención. Al funeral de Amy asistieron varios amigos del pueblo, como Susie y Denny Lewis, cuyo hijo Denny murió en Argentina, antes de entrar en la facultad de

medicina. (Iba en un coche conducido a gran velocidad por un imprudente.) Fueron decenas los vecinos que nos escribieron. Muchos no conocían a Amy, y a nosotros solo de vista. Charlie y Anne Mott nos llamaron con frecuencia; su yerno, Marc Reisner, murió en 2000 de cáncer de apéndice, y desde entonces han ayudado a su hija Lawrie a cuidar de sus dos nietos. Andrew Botsford escribió una necrológica conmovedora en el *Southampton Press*, del que es director adjunto. Christine Clifton y sus colaboradores de la biblioteca de Quogue nos mandaron una planta. Otra conocida de Amy era Aurora Jones, de Flowers by Rori, que le suministró las rosas de su boda, y que a nuestro

regreso nos recibió con lágrimas. Otra amiga, Lulie Morrissey, nos abrazó (con lágrimas, también) en la oficina de correos. Amy solía dar cada mañana un paseo rápido hasta el mercado de Quogue, primero con el cochecito de Jessie, después con el de Sammy, y por último con el de Bubbies. Ahí se tomaba un café, y hablaba con los dueños, Bob y Gary; también con la gente de las paradas, Sue, Gerard, Lisa y la mujer a quien llamamos «la otra Ginny». Estaban todos destrozados. Ginny, que lleva muchos años trabajando en el mercado, escribió una nota llena de ternura. La pequeña Sue salió de detrás del mostrador para abrazarnos, sin

hablar ni levantar la cabeza.

Fue Amy quien nos trajo por primera vez a Quogue. Habíamos pasado parcialmente dos veranos de alquiler en East Hampton y Bridgehampton, cuya incesante vida social nos saturaba. Amy, que iba a segundo de universidad, trabajaba en un club de tenis de Quogue, donde preparaba y servía hamburguesas y bocadillos. Sabía que Ginny y yo estábamos cansados de los Hamptons, y que nos planteábamos veranear en otro sitio, como Nueva Inglaterra.

—Antes de que os decidáis —dijo—, deberíais conocer Quogue. Es como vosotros.

Entiéndase aburridos.

—Aún la veo en la mesa de la cocina —me dijo Ginny el fin de semana —, con todos aquellos libros de física y química.

Amy se estaba poniendo al día para el preparatorio de la facultad de medicina. En la universidad no había cursado ni una sola asignatura científica. Antes de decidirse por la medicina, estuvo dos años trabajando de camarera, con la idea de ser actriz. Nosotros le pedimos a un actor amigo nuestro que le explicara los requisitos y peligros de la profesión. Amy salió de las dos horas de conversación resuelta a ser médico. Le dijimos a nuestro amigo que si impartiera su miniconferencia a todos

los jóvenes aspirantes a actores, los padres le pagarían una fortuna.

Ojalá mi padre hubiera vivido para verla ejercer. Su maletín de médico fue nuestro regalo de licenciatura. Las iniciales de mi padre estaban justo debajo del asa, en letras de oro. Al otro lado hicimos grabar las de Amy, que al recibir su regalo lo cogió con fuerza y suspiró.

—Oh.

En 1996 escribí un artículo sobre la forma de ser de los médicos para un número de la revista *New York* a partir

de los mejores médicos de la ciudad. Una de las personas a quienes entrevisté fue Amy, que iba a segundo curso. Le pregunté cómo había cambiado la medicina entre la época de mi padre y la suya.

Contestó que antes los médicos tenían prestigio y misterio. Su abuelo, dijo, «era un Doctor; yo solo seré una doctora».

—¿Por qué no ha aumentado el estatus de los médicos, teniendo en cuenta los avances médicos de los últimos años? —le pregunté.

—Sí, es raro —dijo ella—. Antes los médicos eran lo máximo, a pesar de que sabían muy poco. Cuando algo sale

mal, la gente piensa: «Pues deberían haberse dado cuenta»; y el hecho de que la gente de a pie sepa tanto sobre medicina desmitifica la profesión. Hoy en día está muy asentada la costumbre de pedir otro diagnóstico. Parece como si dijeras que lo más probable es que el primero sea erróneo. Por otra parte, es posible que hace años la muerte tuviera una aceptación más generalizada. Hoy en día la gente no cree en la muerte; los médicos, en cambio, sí.

—¿Es más un oficio que una vocación? —pregunté yo.

—Sí, es más un oficio, pero interesante —respondió ella—. Yo, si lo considerase como una vocación, creo

que me decepcionaría, pero el trabajo en sí es una fuente continua de fascinación. Lo que impulsa a los médicos es algo tan sencillo como no saber.

Los momentos de «no saber» también podían tener consecuencias dolorosas. Recuerdo el rostro demacrado e impotente de mi padre cuando el cáncer de pulmón (su especialidad) se llevaba a algún paciente a quien hubiese tratado mucho tiempo. Recuerdo el rostro de Amy hace unos años, tras la muerte de un paciente; era un niño de año y medio que había nacido prematuro, con varios problemas de desarrollo relacionados con la hidrocefalia, y a quien habían

implantado una derivación ventriculoperitoneal en el cerebro, para aliviar la presión mediante el drenaje hacia el abdomen del exceso de fluido. La madre del niño le había descuidado, pero su madre adoptiva, una persona que gozaba del respeto de Amy, se había ocupado diligentemente de las revisiones. La válvula se infectó. Los síntomas prácticamente no se podían detectar, como suele ser el caso con bebés que sufren retrasos en el desarrollo. Aun así, Amy tenía la sensación de que debería haberse fijado en algún pequeño indicio. A menudo los médicos dependen de un sexto sentido educado para los problemas, ya que la mayoría de las veces tratan con

dolencias de lo más común. Los pediatras ven básicamente fracturas, heridas, moratones, cortes, resfriados y anginas.

—Le sentó muy mal que se muriera el niño —me explicó Harris—. Tenía un sexto sentido excelente, pero en aquel caso le pareció que le había fallado, y se lo reprochó.

Lo único que pedía Amy a la medicina, como dijo en la entrevista para el artículo de la revista *New York*, era «que la gente se encontrara mejor». Su amiga Liz Hale, dermatóloga, me dijo:

—Amy me enseñó más en una tarde sobre qué hay que hacer con un bebé que

grita que todos los expertos en lactancia que había consultado.

Gail Warner, colega en pediatría, comentó: —La mayoría de los médicos son inteligentes, pero Amy también era sensata. Yo solía consultarle mis problemas.

También era sensible a lo que tenía de prodigiosa la parte científica de su trabajo. Justo después de que Wendy diera a luz a Andrew, cuando estábamos todos en la habitación del hospital, Amy cogió al recién nacido, lo giró en sus manos y lo estudió como los fotógrafos cuando levantan los negativos hacia la luz.

Mi tostadora de Quogue se la debo a Amy. Sustituyó a otra que no soportaba nadie más que yo, porque solo había una manera de ajustaría para que las tostadas no acabaran quemadas, o poco hechas, o blancas por un lado. Quien más la odiaba era Amy, por cómo destrozaba los *bagels*. Por mi parte, yo la defendía, principalmente por su aspecto Art déco. Era una tostadora aerodinámica, cromada, con los bordes redondeados. En cambio, Amy anteponía la realidad a las apariencias, y al planificar el regalo de mi cumpleaños convenció a Harris, Carl, Wendy y John

de que sumaran recursos para comprarme una tostadora cara, una Viking «profesional» que sí funcionaba. Tiene una posición «calentar» en el disco, y una forma más cuadrada que la tostadora de antes (que he conservado, por si acaso). La vieja también sirve como tostadora auxiliar, para cuando tengo que servir al mismo tiempo a todos los niños. Sin embargo, mi mejor tostadora es la nueva.

DESPUÉS del fin de semana del 4 de julio, Ginny, Harris y los niños regresan a Maryland. Jessie y Sammy no ven la hora de recuperar su Wii, un videojuego de realidad virtual que les compró Harris al principio del verano. Yo tengo que quedarme en Quogue para el congreso de escritores de Southampton, que empieza a mediados de julio y dura el resto del mes. Los escritores, que también participan en talleres, forman dobles para las lecturas vespertinas. Este verano mi pareja es Frank

McCourt, que lee su primera obra de ficción. Yo tenía pensado leer mi novela *Beet*, que había salido en febrero, pero al buscar algo en un amasijo de papeles me encontré un artículo escrito veintiún años antes para *Time*, «Discurso a un bachiller». Era un intento de escribir un discurso literario de graduación en honor de Amy. Cuando Carl y John acabaron el instituto, les escribí dos artículos parecidos para *Time*, usando el tropo de un padre que pronuncia su discurso personal de graduación a sus hijos, pensando en su futuro.

Decido leer este artículo en vez del fragmento de mi novela. No lo habría hecho para un público desconocido,

pero Bob Reeves, el director del congreso, ha ido creando con los años un ambiente familiar, y los participantes se han hecho amigos. A la muerte de Amy, Billy Collins nos escribió: «A veces es verdad que no hay palabras». Entre los que nunca han perdido el contacto están Frank, Matt Klam, Lou Ann Walker y Meg Wolitzer. Melissa Bank mandó un paquetito con un pañuelo de flores para Ginny, grabaciones de relatos cortos para mis viajes en coche y una nuez que hace unos años, al encontrarla a la entrada de un restaurante de la Toscana, le dio buenas vibraciones. Tengo la impresión de que el artículo para Amy no estará fuera de lugar, así que al final de la lectura de

Frank recito lo que escribí cuando Amy tenía diecisiete años. Me interesa que se haya cumplido mucho de lo que le deseaba: su afición a los viajes, a los animales y a la música, su sensibilidad hacia la historia, su entusiasmo por los deportes y su respeto a las tradiciones. También le deseé fiereza en la batalla, al mismo tiempo que la conminaba a no aferrarse a enemistades corrosivas. Le deseaba amor a su trabajo y auguraba que estaría «relacionado con ayudar a los demás». Le deseaba soledades productivas, y amigos que valieran la pena, aunque en su caso era un deseo superfluo. Le deseaba el placer de una conversación ingeniosa con un

desconocido, y momentos de hilaridad irreprimible. Le deseaba vivir en algún sitio donde viera un poco de cielo. El artículo se cierra con la promesa de no fallarle nunca.

Ginny vuelve para la inauguración del congreso. Pronto tendrá que regresar a Bethesda (Jessie y Sammy están de campamento hasta final de mes), pero tenemos por delante algo tan inusual como estar unos días solos. Al atardecer salimos de paseo. Nos sentimos más viejos y pequeños que con nuestros nietos. El cielo es de color naranja y

rosa, y en las calles no hay nadie, solo ruido de niños en sus casas. Hablamos sobre la campaña de las presidenciales, y lo que sale en las noticias.

Antes, en verano, por la tarde nos acercábamos al mar, que está a menos de un kilómetro de nuestra casa, o hacíamos una caminata de ida y vuelta hasta el puente del canal de Shinnecock. Esta noche nos quedamos en las calles, que desembocan en el agua, como afluentes. Conocemos las casas, viejas, confiadas, pero no a todos sus ocupantes. Algunas nos las sabemos muy a fondo, por haberlas recorrido cuando estaban en venta. La nuestra, al salir al mercado, no estaba a nuestro alcance,

pero los dueños tenían tres más en otros sitios, y acabaron aceptando nuestra oferta (para gran pavor por nuestra parte). Caminamos hasta Penniman's Creek, donde el agua escarba en los guijarros.

—Estoy pensando en comprarme un kayak —le digo.

—¿Sabes ir en kayak? —pregunta ella.

—He ido dos o tres veces.

—¿Es peligroso? —dice ella.

—No. Compraré otro para ti.

—Creo que me daría miedo —afirma ella.

—Si lo puedo hacer yo —contesto —, lo puede hacer cualquiera.

Casi es de noche, y las calles han pasado del gris al negro. Oímos rebotar pelotas de tenis. Nos cogemos de la mano, como en el instituto, cuando empezamos a salir. Yo tomo nota mentalmente de llamar a un sitio de Wainscott donde venden kayaks.

En Quogue Street pasamos por delante de la casa de nuestro amigo y vecino Ambrose Carr, cuya esposa, la amable y guapa Nancy, falleció hace dos noviembrs, tras pasar mucho tiempo enferma. Amby, algo mayor que nosotros, tiene voz de patricio, y una cara de galán de los años treinta. Una mañana hablamos por e-mail. El mismo día, a principios de la tarde, vino a

nuestro jardín para explicarme que Nancy se acababa de morir mientras dormía. Cuando murió Amy, Amby dejó un mensaje en el contestador para Ginny y para mí: «Os quiero». Ahora viaja bastante, visita a sus hijos y nietos, cuida su jardín y escucha jazz.

a

En Bethesda, Ginny escribe un poema titulado «Arco de sombra».

*Rachmaninoff y
Mozart*

*Se filtran por la
bruma*

De River Road.

*Dos mujeres
con sombrero
esperan*

*En pleno calor
el autobús.*

*La Wii es el
deseo veraniego*

Hecho realidad.

*Han
desmontado la cuna
de tus hijos*

*Y se la han
llevado*

Aceptada

Con gratitud

*Para ser cama
de una nueva vida.*

*Me pongo en la
fila*

*De recogida del
campamento*

*Pensando solo
en ti.*

*Encima está el
arco de sombra.*

*Los rayos del
fuerte sol de julio*

*Motean el arco
de hojas*

*Para subrayar
la oscuridad.*

Aquí estoy.

Ginny empezó a escribir poemas hace tres años, y ha publicado unos pocos. Se parecen mucho a ella. Casi todos empiezan con la descripción de una escena agradable, en muchos casos bucólica, y luego viran hacia la expresión de una idea o sentimiento de mayor seriedad. Es como si te diese la bienvenida al poema, y una vez que estás dentro, a gusto, cierra la puerta y revela su auténtica intención, que en «Arco de sombra» es «subrayar la oscuridad». Entonces tienes que retroceder, y detectar atisbos previos de esa intención, como las mujeres que esperan en el calor, y la cuna desmontada. Podrás decir que «no me lo

esperaba», pero había indicios. Con Ginny ocurre lo mismo. Su amabilidad despista a la gente, y así no se dan cuenta de que siempre percibe las oscuridades de la vida. Es como lo prefiere ella. Sus poemas dan en el clavo, pero suavemente. Agrietan el huevo, pero sin romperlo.

Los cinco nietos (Jessie, Sammy, Bubbies, Andrew y Ryan) vienen a pasar casi todo el mes de agosto en Quogue. También viene Ligaya, para garantizar nuestra supervivencia. Los niños llegan de noche, en dos tandas, y

corren desde los coches hasta la sala de juegos. Ya la han declarado «alucinante».

Kevin nos ha construido un pequeño escenario. Uno de los primeros montajes de los niños es una reposición de *American Idol*. (Yo hago de Paula.) Otra es una obra basada en la utopía imaginaria de Sammy, Moseybane. La titulamos *El rey de Moseybane*. Harris ha comprado disfraces por internet para Sammy (el Rey), Ryan (el Príncipe), Jessie (el Mago) y Andrew (el Caballero). Para Boppo (el Dragón) y Bubbies (el Narrador) no hacen falta disfraces.

En la noche del estreno (que

coincide con la de despedida), Ryan sale al escenario con su madre, Wendy. Al principio Andrew no quería salir, pero le presionamos y recita su parte de memoria. El histriónico Mago de Jessie no se puede diferenciar de su prueba para *American Idol*. El Rey parece atónito ante su propio poder. Bubbies decide que su única frase, «Dookies» (como llama a su galleta favorita), será más eficaz si la recita desde el camino de entrada, a quince metros del escenario, con Harris a su lado. El Dragón se ve obligado a transigir con su ferocidad leyendo todos los papeles salvo los de Jessie y Andrew. A pesar de tales diferencias creativas, la respuesta del público —mi hermano

Peter, Bob y Beth Reeves y el resto de los adultos de la familia— es positiva. El reparto observa con perplejidad que se han puesto de pie para aplaudirles.

Antes del verano compré gorras de Obama para Ginny, Harris, Carl, Wendy, John, los cinco nietos y yo mismo. Las personalicé en una tienda especializada del centro comercial Tyson's Corner, en Virginia: gorras blancas con «Obama» en letras azul marino, muy elegantes. En una ceremonia breve —aunque ampulosa—, distribuí estas piezas únicas. Harris dijo

que haría el ridículo ante los otros médicos; John, que haría el ridículo sin más. Carl dijo que en la empresa donde trabaja nadie conocía a Obama. Wendy manifestó cierto agrado. Los niños se probaron la gorra aproximadamente medio segundo, antes de dejarla tirada por el suelo. Yo me he puesto la mía a menudo. Ginny, que llevaba dos años haciendo campaña unipersonal en pro de Obama, la llevaba a todas partes. Un día, distraída por los niños, se la dejó en la playa, y a la mañana siguiente se la devolvió el socorrista, a pesar de que no llevaba escrito su nombre. A Amy le habría quedado genial, con la coleta saliendo por el hueco de detrás.

Wendy anuncia a la familia que está embarazada. Jessie espera que sea niña.

Con dos clientes más, me vuelvo cocinero de bar, expuesto a ráfagas simultáneas de pedidos: cereales sí, cereales no; cereales con y sin leche; pedidos de leche desnatada en la de soja, y de minicrepes y minigofres de «leche de vaca» con y sin azúcar, con y sin mantequilla y con y sin jarabe. Bubbies se mantiene coherente en su

predilección por las tostadas.

Para irritar aposta a Sammy, enseño a Andrew y Ryan el *Himno nacional de Boppo*. Ryan lo adopta de inmediato como su canción favorita (no sé si sabe muchas más), y la canta a pleno pulmón, que en su caso no es poco. Andrew parece tolerar el himno, pero se toma la letra con escepticismo. Quiere saber si soy realmente grande. Yo miro a Sammy, que sonríe, burlón. Ahora Bubbies ya es bastante mayor para aprenderse la canción. Jessie, siempre animosa, sigue la corriente, así que el coro matutino está compuesto por la bravía voz de barítono de Ryan, la vacilante de tenor de Andrew, la

vigorosa de soprano de Jessie, la rasposa de contralto de Bubbies, y la de Sammy berreando «espero que no apestes». Se me pasa por la cabeza que a los demás adultos podría no gustarles este ejercicio de autoensalzamiento, pero es el precio de la auténtica grandeza.

Mis iras, fútiles como son, prenden donde y cuando no corresponde. Una tarde grité a Ryan, que a sus tres años no solo es corpulento y tiene una voz grave, sino que su forma de hablar es como de gángster, para diversión de todos (sobre

todo de Carl y Wendy). Cuando quiere agua, gruñe:

—¡Awa!

Acababa de chocar con Bubbies y de dejarle tirado en el distribuidor del piso de arriba. Yo me puse a gritar, y Ryan se acobardó. Cogió su peluche. Yo se lo quité. Mi reacción fue exagerada. Le pedí perdón, y él también. Luego dijo:

—Me gustaría tener superpoderes, para poder volar por encima de Bubbies sin que choquemos.

El rencor mudo de Wendy, molesta por mi bronca a Ryan, me hizo sentir doblemente culpable. Yo quiero mucho a Wendy, que siempre trata con cuidado y con cariño a Jessie, Sammy y Bubs.

Entiende que las mujeres como ella, Liz Hale, Leslie Adelman y algunas otras de la edad de Amy suponen un vínculo con esta última. Es posible que en presencia de ellas los niños se acuerden de cuando estaban con su madre, y las vean como sustituías. Me consta que con la tía Wendy es así. Me prometí reconciliarme con ella, pero no hizo falta. Poco después de mi metedura de pata con Ryan, volvíamos a ser amigos sin ningún esfuerzo por mi parte.

Amy y Harris se casaron en nuestra casa de Quogue, en 1998, uno de esos días de

junio cuya luz abrumadora trae a los artistas al este de Long Island. A Amy no le sentó nada mal que no pudiéramos permitirnos una boda por todo lo alto, como las de sus amigas. Yo le expliqué las posibilidades, y le pareció genial. Alquilamos una gran carpa blanca que el viento hacía ondear en el césped de delante. Amy y Harris eligieron a un grupo de Nueva York que tocaba sobre todo música de los sesenta. Hubo americanas azules, y corbatas rojas, y trajes azul marino con ribetes blancos, y muchas rosas blancas. El cielo parecía de cristal.

Durante los preparativos le preguntamos qué tipo de ceremonia

querían ella y Harris, Amy dijo que les gustaría tener como oficiante a Garry Trudeau, autor de cómics y amigo íntimo de la familia. Tras algunas pesquisas, averiguamos que el estado de Nueva York no permite que los dibujantes de cómics (o cualquier otro lego, dicho sea de paso) celebren bodas, así que organizamos dos ceremonias: la del dibujante, y otra, legal, a cargo de Erik Kolbell. La mañana de la boda, Amy, Ginny y la presentadora de televisión Jane Pauley (mujer de Garry) fueron a la peluquería de Quogue. Jane le había dado a Amy unos pendientes de brillantes, en cumplimiento del requisito de llevar «algo prestado». En la peluquería, le dijo a Amy que los

pendientes solo serían prestados hasta que se les declarase marido y mujer, tras lo cual podría quedárselos. Garry dijo muchas cosas bonitas a la pareja, antes de declarar ante los asistentes que casaba a Amy y Harris por el poder que le confería «el estado de Euforia».

Al día siguiente, antes de que Amy y Harris salieran de luna de miel, servimos un *brunch* para los invitados a la boda y los amigos. Amy y yo salimos solos de paseo, cogidos por los hombros. No recuerdo qué dije.

En el cuarto de la tele, Bubbies se sienta

en mi regazo. Cuando está relajado, se pone las manos detrás de la cabeza. Yo también. Y así nos quedamos, sobre un sillón de piel marrón torcido: la misma postura, sentados en tándem, como los ocupantes de un trineo.

Una noche, Bubbies señala la estantería de su izquierda y dice:

—Libro.

Se refiere a la edición de Stuart Gilbert de las cartas de James Joyce. Parece una elección algo ambiciosa para un niño de veintitrés meses; aun así, bajo el libro y lo pongo derecho sobre el suelo, delante de nosotros.

—«Querido Bubbies —digo—, hoy he ido a la playa y he jugado con la

arena. También he hecho un castillo. Espero que vengas pronto a jugar conmigo. Besos, James Joyce.» En vista de que Bubbies parece satisfecho, «leo» otra:

*Querido
Bubbies, Hoy he ido
al parque y he
probado el
tobogán. Daba un
poco de miedo. Me
gustan más los
columpios. Sé
columpiarme muy
alto, como tú.*

*Besos,
James Joyce.*

Bubbies gira las páginas. De vez en cuando, me divierto inventando una carta más fiel a la vida y personalidad reales de James Joyce.

*Querido
Bubbies, Odio a la
iglesia católica. Me
voy para siempre
de Irlanda.*

*Besos,
James Joyce.*

Me hace gracia que Bubbies se haya decantado por un escritor que con mucho gusto habría pisado a un bebé a cambio de una crítica entusiasta.

Intento guardar de nuevo el libro,

pero él detecta un anuncio implícito de que es hora de acostarse, y protesta.

—¡Joyce! —dice.

Al final, resignado a que el día se acabe, guarda él mismo el libro y dice en voz baja:

—Joyce.

Cuando Bubbies tenía pocos meses, Amy se lo ponía en las rodillas, le aguantaba los brazos por debajo y le miraba a los ojos fijamente, con una urgencia indefinida. Luego le cantaba letras curiosas con la melodía de *Frère Jacques*, cosa que, ahora, me lleva a

preguntarme si tenía alguna premonición inconsciente de que no estaría siempre con él.

*Somos fuertes,
somos fuertes.*

*Los que más,
los que más.*

*Levantamos
pesas,*

*Grandes y
pequeñas.*

Somos fuertes.

Llevo a Ginny y Jessie en coche a Nueva York, y voy con ellas a desayunar crepes y torrijas en un local de la parte alta. Luego nos separamos. Hoy les toca

a las chicas pasar un día en la gran ciudad. A Sammy ya le llegará su turno. Por la mañana, Ginny y Jessie van a una peluquería, donde peinan a Jessie con secador, y le arreglan las uñas. La manicura le pregunta qué color quiere. Ella elige un azul eléctrico.

A principios de la tarde van a la tienda de American Girl, una meca para las preadolescentes, en la zona central de la Quinta Avenida. Venden muñecas American Girl, y su ropa y demás parafernalia, así como ropa para niñas inspirada en la de las muñecas, libros sobre muñecas y muñecas de papel. También hay un salón de té, donde los niños pueden comer o merendar con su

muñeca (reservado a tope, así que Ginny y Jess comen en otro sitio), y una clínica para muñecas. Jessie se compra una camiseta de American Girl, un camión blanco para ella y para su muñeca, y dos libros. También compra un juego de ordenador para su amiga Oana.

Pasean y hablan, contemplando la silenciosa magnitud de Nueva York un día de agosto. Bajan a las calles veinte, del lado oeste, donde viven unos amigos nuestros, el artista David Levinthal, su mujer Kate Sullivan y su hijo pequeño Sam, en un gran *loft*. Kate es pastelera profesional. Jess la ayuda a hacer galletas de varias formas. Luego Kate le regala moldes para que las siga

haciendo. Al volver hacia la parte alta, Ginny señala el barrio de Gramercy Park, el de mi infancia, donde los dos pasamos mucho tiempo en los años del instituto y la universidad. A la salida del trabajo, John cena con nosotros. Los niños siempre le han querido especialmente, atraídos por su amabilidad y su carácter reservado. Al verle, Jessie grita de entusiasmo, y el día le parece «perfecto».

Carl, Wendy y sus hijos se vuelven a Fairfax, dejando que Ginny, Harris, los niños y yo pasemos unos días juntos

antes del final del verano. Me acerco al borde del mar con Jessie de la mano. De bebé, Jessie no quería pisar la arena. Sammy reaccionaba igual con la nieve. Ninguno de los dos se fiaba de las superficies inestables. Sentado a unos metros, Harris le hace a Sammy un castillo, con foso. Ginny lleva puesta su gorra de Obama. Se ha quedado con Bubbies bajo la sombrilla a rayas amarillas y blancas, leyéndole algo con una calma y paciencia ilimitadas.

Se me aparece una imagen de mi madre leyendo para Peter, cuando tenía la misma edad que Bubbies.

Mi madre también era maestra. Les observé en las tumbonas de un hotel

donde nos alojábamos, mientras mi madre orientaba el libro hacia un rayo de sol.

Le digo a Jessie:

—Ya viene la ola. Mírala. ¿Nos tocará las rodillas, los tobillos o los dedos de los pies?

—Los dedos de los pies —dice ella.

Algunos kilómetros al este, las playas de Southampton y de East Hampton están a reventar, pero la de Quogue está despejada, con sitio de sobra para jugar y caminar. Se acerca una niña, más o menos de la edad de Jessie, y se presenta.

—Me llamo Schuyler —dice.

Jessie la saluda efusivamente. La

niña se marcha. Jessie mira los barcos, contra el cielo claro. Mira a los niños mayores, con sus planchas, y sonríe con la boca un poco abierta, mostrando los dientes que le faltan, con el mismo asombro que Amy a su edad.

—¡Vamos al agua! —dice Harris.

Él y yo sujetamos a Jessie por turnos cuando vienen las olas. Jessie nada desde el uno hacia el otro, mientras Harris y yo nos quedamos en el mismo sitio, flotando a unos diez metros de separación. En la playa, con los niños, Ginny nos mira, nerviosa. Nada muy bien, y siempre le ha tenido respeto al mar. También Amy era buena nadadora. Nuestra foto favorita de ella a los seis

años se la hicimos en una piscina de Washington, debajo del agua, mientras daba una brazada hacia la cámara.

—¡Papá, que vengo!

Antes de volver a casa, compramos cucuruchos de helado. Sammy quiere uno glaseado, con helado de vainilla y bolitas de colorines. Jess y Bubbies quieren tarrinas de vainilla. Harris se abstiene. Ginny y yo pedimos Moose Tracks (vainilla, cacahuete y toffee). La playa está constelada de familias. La nuestra no se diferencia mucho de las otras.

A finales de agosto volvemos a Bethesda para el primer día de clase. Bubbies empieza el parvulario en Geneva. Le lleva Ginny. El primer día llora, pero a partir de entonces ya no se queja. Ir al colegio, midiendo setenta y seis centímetros... Parece absurdo. Jessie empieza segundo en Burning Tree, y Sammy entra en infantil. Está entusiasmado, sobre todo por coger el autobús escolar. El primer día, el autocar de Sammy se queda sin aceite en el camino de vuelta.

—¿Qué te ha gustado más del día?
—le pregunto.

—Cuando no se podía mover el autocar —dice él.

Harris opina que podría acabar siendo lo que más le guste de todo el año.

El fin de semana vamos al cementerio. Siempre que lo hago, siento una mezcla de necesidad y aprensión, consciente de que puedo derrumbarme al ver el pequeño rectángulo de tierra, el boj que lo delimita, el receptáculo cónico de latón para las flores y la lápida, tan terminante. En diciembre, cuando elegimos este sitio, se veían los bloques de oficinas a través de los árboles desnudos. Desde la primavera han florecido cornejos y magnolias.

Jessie ha traído claveles blancos, y Sammy un globo de los Washington

Redskins en forma de pelota de fútbol gigante, que piensa soltar para que se vaya volando. Últimamente se le ve frágil, todo miradas distantes y silencios. Sin embargo, habla más sobre la muerte de Amy. Ayer, por la mañana, me volvió a preguntar cómo se había muerto mamá.

—Se paró el corazón, ¿verdad? —dijo.

El primer día de curso, cuando pidieron a los niños un dibujo de sus familias, en el de Sammy salía Amy muerta en el suelo. Catherine Andrews, la psicoterapeuta infantil, dice que Sammy expresa los recuerdos tal como le vienen, pero que es una forma de

expulsarlos, y que es poco probable que se repitan.

Frente a la tumba, Harris pregunta a Sammy si tiene algo que decir. Él se coloca detrás de la lápida y dice:

—Te echo de menos, mamá.

Le explica a Amy cómo es la primera maestra de Bubbies en el parvulario, la señorita Franzetti, y la de Jessie en segundo curso, la señora Salcetti; también le habla de la suya, la señorita Merritt. Le habla del globo, y predice que los Redskins ganarán la Superbowl. Hoy Jessie no tiene ningún mensaje para Amy. Sammy le pregunta a Harris si podrán enterrarle al lado de mamá. Harris le dice que sí, pero que

falta mucho, mucho tiempo.

Ginny y yo nos turnamos para coger en brazos a Bubbies, que tiene un pequeño pingüino de plástico. Cuando le aprietas el «gatillo» se le abre y cierra el pico, se le mueven las alas y grazna. Durante una visita anterior al cementerio, Bubbies no se dejó sacar de la sillita del coche.

—¡No, no, no! —gritaba.

Hoy tiene su pingüino, y se limita a mirarlo todo.

Jessie deposita los claveles en el recipiente cónico. Harris escribe «Te queremos, mamá» en la pelota de fútbol. Los niños la sueltan. Sale volando por el aire denso, y se engancha en un árbol

lejano. Aseguramos a los niños que tarde o temprano el viento lo desprenderá.

EL cumpleaños de Bubbies es en septiembre, como el mío. Para el de Bubbies reunimos a Carl, Wendy y sus hijos, montamos una juerga y le regalamos una barbacoa de juguete, como fomento de sus propensiones culinarias.

—¿Cuántos años tienes, Bubs? —le pregunté yo.

—¡Dos! —dijo él.

Por mi cumpleaños, Ginny me regaló el kayak, y Harris una imitación de Andy Warhol encargada por internet. Consiste

en cuatro versiones de una foto de Bubbies y yo en Disney World, en enero pasado; salgo apoyado en el respaldo de un banco, mientras Bubbies me estira el pelo por detrás. En cada foto varía el color del pelo, de los ojos y de la piel. Ginny y yo la hemos colgado en nuestro dormitorio. A Bubbies le gusta mucho verse con el pelo verde, y a mí con el pelo azul. Baja constantemente a la habitación para robar y esconder los rulos de Ginny, o intentar cogerme las llaves del coche, o preguntar «¿esto qué es?» sobre todo. Nuestra habitación ya es un hogar, con sitios para libros, zapatos y maletas, fotos de Amy y los nietos sobre mi escritorio, y niños que entran y salen dando brincos. Cuando es

Jessie quien manda en la tele de arriba, Sammy viene a verla en nuestra cama. Jessie quiere saber cómo funciona mi máquina de escribir IBM Selectric. Le fascina verme usarla: una antigualla en manos de otra.

Una tarde, Sammy entra corriendo, desnudo de los pies a la cabeza.

—¡Bopoo! —dice. Acaba de ver *101 dálmatas*—. ¡Han salvado a los cachorros dálmatas!

—Sammy —le pregunto yo—, ¿y tu ropa?

—¡Iban a despellejarlos para hacer abrigos! —dice él.

Mira la foto de Amy.

—Echo de menos a mamá —dice.

—Yo también —digo yo.

Al abanico de actividades de los niños se han sumado, en el caso de Sammy, las artes marciales; en el de Bubbies unas barras y columpios nuevos, y en el de Jess el yoga. A partir de otoño, Jess va a fútbol los sábados por la mañana. Su equipo, las Flames, viste uniforme amarillo chillón. Hay partidos simultáneos en tres campos adyacentes. Rob Hazan, el entrenador de las Flames, está casado con Jill, una amiga de instituto de Harris. Jill y el resto de las madres se apiñan en sillas plegables de

lona, expuestas al fresco aire otoñal. Ginny se sienta con ellas.

Es como cuando nuestros hijos eran pequeños: los padres coinciden principalmente en bailes, obras de teatro, desfiles, baloncesto, partidos infantiles... En Vermont, donde vivimos un año en el campo mientras yo pasaba de trabajar en el *Washington Post* a hacerlo en *Time*, en Nueva York, íbamos a gimnasios escolares mal aislados, con John en su cochecito, y allá, en las gradas, aplaudimos a Carl el día en que decidió un partido de un torneo local de baloncesto con un tiro en suspensión, y a Amy cuando marcó todos los puntos de su equipo (cuatro) en un partido de la

escuela elemental. En Bethesda, como ha comentado ella misma, Ginny vive la vida de Amy. Con tal madre planea una excursión al zoo, y con tal otra queda para ver *Madagascar*. Las mujeres hablan de los profesores de sus hijos. Elogian, critican, colaboran, cotillean...

En Halloween, vamos al colegio para admirar los disfraces de Sammy, Jessie y los otros niños, y asistir a un desfile. La profesora de segundo de Jessie, Deirdre Salcetti, es una rubia creativa y ocurrente. Con más de cuarenta años, tiene una sonrisa tranquilizadora, que sucumbe con frecuencia a la risa, y un cuerpo de gimnasta. Es quien da las clases de

yoga. Hoy va vestida de abeja, con antenas en la cabeza, alas traslúcidas y una tarjeta donde pone «Don't worry. Bee Happy».³

La señora Salcetti se sitúa ante la clase.

—No empezaré hasta que se haya callado todo el mundo.

Los niños se disponen a presentarse a los visitantes.

Se adelanta una niña vestida de Indiana Jones, y explica quién es. Después sale otra niña, disfrazada de *jedi*. Katie, que no tiene pelo, es un mago. Supongo que le estarán curando un cáncer, pero me dicen que sufre un trastorno genético. Sorprende la

blancura de su cara. Tiene la sonrisa fácil. Una tal Amy hace de bruja, con gato y escoba.

—¿Luego montarás en la escoba? — pregunta la señora Salcetti.

—Soy una bruja buena —dice Amy.

Ahí viene Dorothy, llevando a Toto en un cesto, con zapatos rojos brillantes. Hace chocar tres veces los tacones. Aquí tenemos a Michael, el Increíble Hulk.

Jaraad es un extraterrestre de cara verde. Llegan más: un caramelo Tootsie Roll, una Eloise, un Tío Sam, una Novia de Frankenstein con un mechón blanco en el pelo...

—En serio, que con el casco no veo

bien —dice otro personaje de *La guerra de las galaxias*.

Le pregunto a un niño con máscara de Obama:

—¿Te vas a presentar a presidente?

—No —dice él.

Aparece Jessie, y anuncia con aplomo y fuerza que es un Power Ranger.

Se nos pide a todos (los padres, Ginny y yo) que salgamos para el desfile de Halloween. Al pasar vemos señales, lemas y aforismos de ánimo en las paredes del colegio. Hay un perro pintado con una pelota en equilibrio sobre la nariz, y debajo una frase: «Nadie lo puede hacer todo, pero todos

pueden hacer algo». Saludo a Andrew, un niño autista que el año pasado iba con Jessie a primer curso. Tenía un profesor especial para ayudarle. Siempre me preguntaba:

—¿Tú eres mi padre?

No sé decir si me reconoce, pero me da un abrazo.

La clase de infantil de Sammy se ha puesto en fila en el pasillo, al mando de Pam Merritt. La señorita Merritt tiene el porte independiente y distinguido de una tía favorita: postura erguida, voz rasposa de cantante de blues, y zapatillas deportivas rojas. Sammy es Ironman, su nuevo superhéroe número uno. Al vernos nos saluda con la mano.

Gitanas, ángeles, Spidermans, Supermans... Todos desfilan ante la multitud, levantando hojas secas con los pies. Harris, que ha salido temprano del trabajo, se une a nosotros. Cuando pasan Jessie y Sammy, le ven y ponen cara de alegría. Varios padres y madres salen del pelotón para hacer fotos. Los niños posan frente a la pared de ladrillo rojo, o debajo de los árboles, de apagados colores otoñales. La aparición de una niña vestida de Sherlock Holmes hace que nos miremos Ginny y yo. Un Halloween, cuando Carl tenía ocho años y Amy cinco, se pelearon como fieras por cuál de los dos se disfrazaría de Sherlock Holmes, y cuál de doctor

Watson.

—Yo soy el mayor —dijo Carl—, o sea, que soy Holmes.

—El doctor Watson también era el mayor —dijo Amy—. Eres Watson.

Los dos se vistieron de Holmes, tachando al otro impostor.

Bubbies canta y baila al ritmo de un disco de *Canciones para bebés*. Ginny lleva la batuta.

—Pulgarcito, ¿dónde estás?

—Estoy aquí, estoy aquí —cantan los dos.

Ginny adopta su voz de antigua

maestra, de una precisión exasperante. Se sabe todos los gestos de la mano que acompañan las letras.

—Estoy aquí. —Levanta los pulgares—. ¿Cómo está usted, señor? Muy bien, gracias. —Los agita como si hablasen entre sí—. Adiós, adiós.

Se los esconde detrás de la espalda. Bubbies está hipnotizado. Yo también.

—¿Y tú estas cosas cómo las sabes? —pregunto.

—Estoy programada —dice ella—. Da miedo, ¿eh?

Yo tiendo a hacer lo que me dice

Bubbies. En cambio Harris le habla como si tuviera veinticinco años. (Ahora que va al colegio, también ha adoptado la costumbre de llamarle James, a la que yo me avengo, no sin cierta resistencia.) Un domingo por la mañana, antes de que yo empezase a preparar la maleta para irme en coche a Quogue, James estaba en la mesa de la cocina, sentado donde siempre, diciéndoles a los demás dónde tenían que sentarse. Siempre lo hace. Si ocupas un asiento sin su beneplácito, te enseña el puño.

—Siéntate aquí.

(En otro sitio.)

Parece el único que sabe la distribución. Aquella mañana, al ver que

Ginny se había equivocado de sitio, la regañó.

—¡Mimi sienta aquí!

Señalaba el otro lado de la mesa. Entonces entró Harris y le dijo:

—No te preocupes por dónde se sientan los demás.

La naturalidad con la que dio la orden me hizo reír durante gran parte del viaje. Al final de la tarde, llamé a Harris por teléfono desde Quogue.

—¿Te das cuenta —pregunté— que al decirle a James que no dicte dónde se sientan los demás le has privado del sesenta por ciento de sus temas de conversación?

—Lo que tú digas —dijo Harris—,

pero en todo el día no le ha ordenado a nadie dónde se tiene que sentar.

—¡Boppo! ¡Mira esto! —Jessie me enseña su nuevo *Libro de los récords mundiales*—. ¡Salen los Yankees!

—¿Ah, sí? —digo yo—. ¿Y cuántas World Series han ganado?

No le hace falta consultarlo en el libro.

—Veintiséis —dice.

—Solo por eso ya puedes hacer el equipaje —le digo yo—. ¡Nos vamos de fin de semana a París!

Cierra una mano a cada lado del

cuerpo, como si llevara maletas, y sale trotando por la puerta de la casa.

—Mira, Jessie, yo de pequeña...

—¡Boppo!

MIS deberes docentes del primer semestre consisten en dos asignaturas, y siguen siendo leves. Los lunes imparto un curso de posgrado sobre poesía moderna en el campus principal de Stony Brook, en la orilla norte de Long Island, y los martes un taller de escritura de novelas en el campus de Southampton. El de Southampton queda a un cuarto de hora en coche de nuestra casa. Los martes por la mañana, antes de irme a clase, viene Kevin y nos sentamos a hablar en la cocina. Nunca

quiere café, ni nada de comer. Nos colocamos cada uno a un lado de la mesa, y hablamos de los Yankees, los Mets y los Jets (el único equipo sobre el que estamos de acuerdo), o de cualquier tema de actualidad. De vez en cuando también nos llamamos por teléfono.

Yo vengo de una sociedad habladora, y él no.

—¿Tú crees en los médiums? —me pregunta una mañana.

Yo le digo que no, pero no con desprecio, porque está claro que Kevin y Cathy quieren creer en ellos. Ella va a una médium que la pone en contacto con Stephen. Cathy tiene la sensación de que el espíritu de Stephen está cerca,

velando por la familia. Informa de que las luces de su casa se encienden y se apagan solas en señal de su presencia.

—Fui a Stony Brook, por donde solía pasearse él, y supe que estaba conmigo —dice Kevin.

Yo me limito a escuchar.

—Todavía pago su teléfono móvil —dice Kevin—, para oír su voz.

Shirley Kenny, la rectora de Stony Brook, ha sido muy atenta con los Stakey, como con nuestra familia. Yo no me enteré de que había perdido a un hijo hasta poco después de la muerte de Amy. Muchas de las personas de quienes hemos tenido noticias a lo largo de este año han sufrido la muerte de

algún hijo, mayor o pequeño; de muchos éramos amigos —o conocidos— desde hacía tiempo, pero nunca habían comentado aquellas muertes, como si perteneciesen a un club secreto.

Kevin también viene en mi ausencia. Desde que acabó la sala de juegos ha hecho otras mejoras, como reformar una parte de la segunda planta para que en verano Ligaya tenga un lugar cómodo donde instalarse, y apuntalar una parte del techo del sótano, que se empezaba a caer. Para esto último hizo falta reconstruir casi todo el porche de encima. Yo le dije que no me gustaban aquel tipo de reparaciones, porque nadie sabe cuánto han costado, y él contestó

que pondría una placa en el porche, con el precio. A menudo solo viene a comprobar que esté todo bien.

Hoy está preocupado por sus colegas de Long Island, los otros constructores y contratistas.

—Nadie construye nada, ni usa carpinteros. La serrería de Riverhead ha despedido a la mitad de los trabajadores —dice.

No sabe cómo sobrevivirán sus amigos durante la recesión.

—¿Tú crees que Obama hará algo? —pregunta.

Le digo que sí. Nos quedamos un rato en silencio, hasta que él dice:

—¿Te comenté que he visto un vídeo

de Stephen tocando el bombo con el grupo?

Normalmente no soy partidario de que los profesores cuenten muchas cosas de su vida personal a los alumnos, pero a los míos les he explicado premeditadamente lo de Amy y nuestra situación familiar. Dados los rumores que habían circulado, mi aclaración limpia el ambiente y contribuye a eliminar la posibilidad de que se interesen en exceso por mí, en vez de por los textos. No deseo interpretar el papel de profesor misterioso que sufre

calladamente. Lo que más quiero es que se den cuenta de que estamos todos en el mismo barco. Todos han sufrido por alguna causa. Les hablo de Amy una sola vez.

Me gustan los alumnos de este semestre, aspecto que también mejora las clases: debates más libres, de mayor calado, y posibilidad de sorpresas. Un día, haciendo referencia a los poetas metafísicos, una joven reflexiva y callada de mi curso de poesía moderna soltó de improviso:

—No me gusta John Donne.

—¿Que no te gusta John Donne?

—No tiene nada original que decir
—dijo.

Yo le expuse el argumento de que la forma redime el contenido, pero no la convencí, y debo reconocer que quizá tuviera parte de razón.

A principios de noviembre empezamos con Ann Sexton. A mí nunca me había parecido nada del otro mundo; la consideraba una escritora menor en comparación con otras de su generación, como Sylvia Plath y Adrienne Rich. Sin embargo, analizamos el poema «The Truth the Dead Know», y me gustó más de lo que recordaba.

—¿Qué quiere decir este verso: «En otro país muere gente»? —pregunté a la clase.

—Quiere decir que la muerte les

pasa a los demás —dijo un chico.

—A ver, ¿en qué se parecen «hierba» y «yegua»? —les pregunto durante el desayuno a Jessie y Sammy.

(La palabra de la mañana es «hierba». La de ayer fue «yegua».)

No contestan.

—Fijaos en el principio —les digo.

—Suenan igual, pero se escribe diferente —dice Jessie.

—Pero la hache de «hierba» no suena —dice Sammy.

Sonrío.

Siempre que voy a Nueva York almuerzo con John. Habla sobre Amy con una melancolía especial. Al llevarse menos de tres años, Amy y Carl tenían una relación muy fuerte. La de John con ella era distinta. Los nueve años de diferencia hacían que Amy fluctuase entre los papeles de vigilante, profesora y amiga. Después de que Carl se fuera a la universidad, los dos unieron sus fuerzas. Escuchaban la misma música, y seguían devotamente *Sensación de vivir* y *Melrose Place*, que yo les tenía prohibido ver (porque hacía demasiados comentarios blasfemos, y uno solo ya

colmaba el vaso). Jugaban al videojuego *Sonic el erizo*. Cuando John era pequeño, Amy le tomaba el pelo:

—¿Tú por qué opinas —decía—, si no eres ni una persona?

De ella, John aprendió las ventajas de hablar con claridad, y el valor de la amistad. No solo conserva a sus amigos de la universidad y el instituto, sino a los de primaria. Ginny y yo tenemos una foto de Amy y John, de cuando ella tenía doce años y él tres, lamiendo el mismo cucurucho en Central Park.

Todavía habla menos de sus sentimientos que Harris y que yo, aunque si menciono algún momento triste que haya vivido al pensar en Amy, él

reconoce que ha vivido episodios parecidos. Se guarda tanto sus cartas, que siempre que dice algo de sí mismo es una carga de profundidad. Pocas semanas después de la muerte de Amy, mientras cenábamos en nuestro japonés de siempre, me explicó:

—Estoy empezando a no pensar en ella cada día, y me hace sentir culpable.

La mañana oscura y fría del entierro de Amy, nos acercamos de uno en uno al ataúd, antes de que lo bajasen. John se quedó mucho tiempo, susurrando palabras de gratitud y diciendo lo importante que había sido para él.

Es posible que la muerte de Amy haya tenido el efecto beneficioso de

infundir en John un nuevo atrevimiento. Lleva unos años en el mismo puesto de técnico legal de una empresa donde se ha ganado el afecto de muchas personas, que hacen que su trabajo sea un placer, pero que también se dan cuenta de que tiene otras ambiciones más acordes con su veta de humor crítico. Siempre ha querido escribir. Desde la muerte de Amy ha acabado su primer guión, una sátira mordaz de su generación.

25 de noviembre, una mañana fría y húmeda en Quogue. Ginny me llama por el móvil, justo cuando estoy aparcando

en correos, y me cuenta que la noche pasada James lloró en brazos de Harris.

—Mamá —decía, como si la llamase—. ¿Cuándo volverá mamá a casa?

Es la primera vez que dice algo así. En el momento de la muerte de Amy, apenas empezaba a hablar. ¿Qué pensaba durante todo este tiempo, que se había ido? Ginny me cuenta que Harris le dijo que mamá está muerta, y que no volverá nunca. Por la mañana, James parecía tranquilo. Justo después de colgar, me llama un amigo y me pregunta dónde estoy. Le digo que tengo que comprobarlo. Se cree que es broma.

Como muchas familias, la nuestra tiene la costumbre de decir «te quiero» al final de las conversaciones telefónicas: «te quiero», como tres notas musicales (grave, aguda y grave). Amy y yo solíamos hablar dos o tres veces por semana. Nuestras conversaciones casi nunca trataban de nada importante. De vez en cuando me pedía consejo sobre si acortaba o alargaba su horario de trabajo, o me comentaba alguna injusticia en su consulta; yo, a veces, le pedía que leyera alguno de mis escritos, como a otros miembros de la familia, pero básicamente charlábamos sobre los

niños, o planeábamos alguna visita. La semana antes de su muerte hablamos un par de veces sobre ir nosotros dos a Bethesda en Navidad. «Te quiero.»

También Carl y Wendy dicen «te quiero», y sus hijos, y Jessie, y Sammy. Ahora Bubbies ya lo dice.

—Te quiero.

—Yo también.

Harris, otro tanto. Últimamente, más allá de la familia, yo se lo digo a algunos amigos. Nuestras conversaciones suben y bajan. Presto atención al punto en el que pierden fuelle y van a terminar. «Te quiero.» Ahora lo necesito más, y tiendo a ser quien primero lo dice.

Conversaciones marcianas:

—¡Papá! —dice Sammy cuando Harris vuelve a casa, después de una jornada especialmente larga—. ¡Me encantan los pingüinos! ¡Antes no me gustaban nada, pero ahora me encantan!

—¿Y eso por qué? —pregunta Harris.

—¡Porque me he enterado de que los pingüinos tienen enemigos! —dice Sammy.

—¿Por eso te encantan? —pregunta Harris.

—¡Ah! —dice Sammy—, y antes

creía que solo vivían en un sitio, ¡pero viven en playas de arena y de rocas!

Jessie a Ginny, mientras vamos en coche:

—¡Mimi! ¿Tú qué preferirías, cenar en la Casa Blanca o un picnic con tu nieta?

—Un picnic con mi nieta —dice Ginny.

Jessie cierra el puño y baja el brazo bruscamente.

—¡Sí!

—¡Boppo! —dice Sammy, justo antes de presentarme a un compañero de clase que ha venido a jugar a nuestra casa—. ¡Mira, es Cameron! ¡Es chino! ¡Come bichos!

Cameron sonríe y asiente.

— Y abejas! —dice Sammy—.
 Primero las mata, y luego se las come!

Recibimos el primer informe sobre Bubbies de la Geneva School: «James Solomon. Fecha de nacimiento: 20/9/06. Dos mañanas semanales. —Señorita Franzetti. Otoño de 2008». Maria Franzetti también fue maestra de Jessie y de Sammy. Es una mujer guapa, de ojos oscuros, delgada, con una voz ani ada que pronuncia las erres con acento latino. Canta bastante bien. Ha escrito: «James se ha adaptado enseguida a la

clase. Entra contento en el aula, sonriendo. Se despide rápidamente de su abuela, y guarda sus cosas antes de ir a la cocina para buscar a los perros (de juguete) y hacernos tostadas (de juguete). Es muy hablador, y tiene muchas ganas de participar en las actividades. Absorbe todo lo que le rodea. Se divierte imitando a sus profesores». Aproximadamente una semana después, son Jessie y Sammy quienes traen sus informes, que les ponen por las nubes. Parece que la señora Salcetti y la señorita Merritt sienten la misma profunda ternura por los dos que ya sentían la señorita Carone, el señor Bullis y la señorita Franzetti; no por lo que han tenido que

pasar, sino por cómo son. Harry, Ginny y yo leemos en voz alta los informes. — Mamá estaría orgullosísima —les decimos.

El 6 de diciembre, Ginny y yo vamos solos al cementerio. Es sábado. El año pasado, el 8 de diciembre cayó en sábado. El aniversario será el lunes. Los dos días de diferencia entre las fechas se explican por haber sido un año bisiesto. Harris y los niños irán al cementerio mañana, al igual que Carl y Wendy. Ninguno de nosotros tiene ganas de conmemorarlo con exactitud.

Preferiríamos celebrar el cumpleaños de Amy. Es poco probable que Ginny y yo acudamos el año que viene al cementerio en estas fechas, ni los siguientes.

La temperatura ronda los cero grados; en el cementerio no hay nadie, y los pinos están llenos de sombras. Frente a este lugar tan conocido, ni ella ni yo lloramos. Miramos la tierra fijamente. Yo me humedezco dos dedos, y limpio excrementos de pájaro en una esquina de la lápida. Ginny ha traído un ramito de flores para el cono. No decimos nada. Nos quedamos cinco o diez minutos en el mismo sitio.

—Cuando quieras irte, dímelo —

digo yo.

Ginny se gira y dice:

—Ahora.

Otra cosa que se me había olvidado de los niños: se regodean en imitar nuestros rasgos menos atractivos. El sarcasmo tiene un encanto especial, porque exige tanta habilidad como descaro. Ginny acaba de preguntarle por cuarta vez a Jessie si quiere más minicrepes. Su persistencia impresiona, pero también puede ser un incordio. A mí me ha ofrecido té durante nuestros cuarenta y seis años de casados, y siempre ha

recibido la misma respuesta. Últimamente me ha dado por reproducir lo que responde el fracasado simpático al mismo ofrecimiento en *Ni un pelo de tonto*: «Ni ahora ni nunca».

—¿Más minicrepes, Jess? —dice Ginny.

Jessie me mira con ojos risueños y traviesos.

—Mimi —dice—, ¿de cuántas maneras puedo decirte que no?

Quizá la visión de la vida de Ginny no sea todo lo radiante que parece, pero en temas como el té y las minicrepes es la que prevalece. Durante la fiesta sorpresa de cumpleaños que le organizamos el año pasado, Wendy, en

su brindis, recordó un día de Acción de Gracias en que ella y Ginny estaban en la cocina de Amy, y Wendy había calentado demasiado una tarta de arándanos, quemando la crosta. Ginny le dijo que no se preocupase.

—Sabrá a *crème brûlée*.

Un sábado, Harris y yo salimos a cenar a un restaurante hindú de Bethesda. Nos tomamos un par de copas de vino tinto, y hablamos de lo primero que se nos pasa por la cabeza: la familia, el partido de baloncesto Georgetown-Memphis que hemos visto en directo por la tarde, un

poco sobre Amy... La relación suegro-yerno no tiene ninguna lógica. Tu ser querido elige a un ser querido, y el resto ya depende de ti y de la persona en cuestión. Ginny y yo nos sentimos próximos a Wendy y a Harris, no como padres, pero tampoco como amigos, sino como personas unidas por la presencia o ausencia de un tercero. El recuerdo de Amy nos ata más, a mí y a Harris, que si estuviera viva.

No hemos discutido ni una sola vez a causa de los niños, a menos que haya sido en broma. En otros terrenos, en cambio, sí somos expertos en polemizar. Harris me recuerda cualquier cuestión práctica en la que me muestre inepto. Yo

le recuerdo su diagnóstico equivocado de mi fractura en el pulgar derecho, que ya dura seis años. Está roto, lo ve todo el mundo. Además, me duele horrores. Por muy a menudo que me queje, él lo sigue atribuyendo a una simple artritis. Hoy en día debe de ser muy fácil hacerte cirujano de manos.

La semana pasada sorprendió a todo el mundo llegando a casa con un cuadro nuevo. Entró muy resuelto y lo colgó en el cuarto de la tele, encima de la rinconera. Representa una puesta de sol en un paisaje invernal. Los árboles están negros y desnudos. Entre dos montañas hay un riachuelo helado que lleva a un prado yermo. El cielo rojo parece

incendiado. Hace poco también trajo a casa una gran foto enmarcada de Muhammad Ali en pose de boxeo, con las piernas flexionadas, admirándose en un espejo de un gimnasio, con las siguientes leyendas: «Se es campeón por algo que se lleva muy dentro», y «La voluntad tiene que ser más fuerte que la habilidad». Lo colgó en el pasillo. Por otra parte, ha girado la mesa de la cocina; antes estaba paralela al mármol que separa la cocina del cuarto de la tele, pero Harris la puso perpendicular. Yo creo que intenta que todo se vea diferente, o menos estático.

Así y todo se le aprecia el deseo de alcanzar un equilibrio entre lo que ha

cambiado y lo que sigue igual. Cuando él y Amy fueron a aquella cena benéfica de médicos, un caricaturista les dibujó a la manera de los caricaturistas, con la cabeza demasiado grande y el cuerpo demasiado pequeño. Salen en bañador, Harris con Amy en brazos, en la típica postura de los socorristas. El otro día, Harris hizo enmarcar el dibujo y lo colgó en la pared cerca del rellano del primer piso, con unas caricaturas que les hicieron recientemente a los tres niños. Si subes o bajas por la escalera, ves a la familia intacta.

En cierto sentido, me gustaría que pudiéramos hablar de temas emocionales con la misma eficacia con

la que nos burlamos el uno del otro, pero el énfasis de Harris en lo positivo, que a él le es útil, hace que le cueste cambiar de marcha, aunque quisiera. De hecho, a mí tampoco se me da mejor. Yo creo que soy más proclive a ver los símbolos oscuros que él. Sin embargo, tiendo a no hablar de mis sentimientos con nadie que no sea Ginny, y tampoco con ella lo hago mucho. El impulso de nuestras vidas tiene algo benéfico para los dos, algo que impide que nos vayamos a pique. Si nos dan a elegir entre la confesión del dolor, por catártica que sea, y el mero hecho de seguir adelante, seguimos adelante. Lo único que espero es que el luto por Amy no desgaste a Harris. De momento no lo

parece, pero en las ocasiones familiares en las que brillaba Amy no puede disimular su añoranza. Tiene la cara tensa. Yo no voy a ser su padre. Ya tiene uno, y más que bueno. Sin embargo, me preocupo por él con la impotencia de los padres.

Después de casi un año, Ginny y yo nos planteamos si no habría que preguntar a Harris si todavía quiere que nos quedemos. A nosotros nos apetece mucho, y estamos casi seguros de que dirá que sí, pero eludimos la pregunta porque no queremos dar ni la más

remota impresión de querer irnos. Es nuestra vida. Si no la llenasen Harris y los niños, estaríamos sentados en Quogue, fabricando conversaciones entre oscuros silencios. Yo sé que les estamos creando a los niños una distracción, aparte de una vida construida de otro modo, pero también estamos haciendo lo mismo por nosotros. Cuando Amy murió, no hubo necesidad de que Ginny y yo debatiéramos dónde queríamos y debíamos estar. A Harris sí que se lo tuvimos que preguntar, pero entre nosotros no. ¿Y ahora? ¿Deberíamos volver a preguntárselo? Llegamos a la conclusión de que ya nos dirá él cuándo quiere que nos vayamos. Hasta entonces,

sigue vigente mi respuesta inicial a Jessie: «Siempre». En caso de que entrase otra mujer en la vida de Harris, como esperamos que acabe sucediendo, estamos seguros de que elegirá bien; y cuando ocurra, tampoco tendremos que preguntar nada.

La señora Salcetti me invita a la clase de Jessie para hablar del oficio de escritor. Deduzco que no ha consultado a la señorita Carone sobre mi experiencia previa. Del año pasado, el de primero, conozco a Luxmi, Arthur y Jaraad. Explico a los niños que he

memorizado todos sus nombres, y me invento uno nuevo para cada uno: a los niños les llamo Phyllis, a las niñas Ralph, etcétera. Entre gritos de protesta, pasan diez minutos. Miró a la señora Salcetti.

—¿Ya está? —pregunto.

Ella sonríe y señala el reloj.

—Solo faltan cuarenta minutos.

Por insistencia suya, les explico el argumento de mi primera novela, *Lapham Rising*, expurgándola un poco, pero sin traicionar lo esencial. Naturalmente, ellos me dan mil vueltas. Analizan los personajes que yo me limito a describir, e indican posibles matices. Me explican a mí mismo el

tema de mi libro, y yo me hago maestro en asentar. Hago que empiecen una novela propia.

—Escribid una primera frase —les digo—. Y acordaos de que queréis interesar mucho al lector desde el principio.

Jessie escribe: «Había una vez la clase que mejor se portaba del mundo».

—Según esta frase —les pregunto a los niños—, ¿vosotros qué creéis que pasará en la novela de Jessie?

Prácticamente todos gritan:

—¡Se portarán mal!

Frente a la evidencia, una vez más, de que no tengo nada que enseñarles sobre la escritura, decido ponerme al

frente de una estimulante interpretación a coro de *Boppo el grande*. La cantan con tal ímpetu que se me saltan las lágrimas. Hago que la canten otra vez, todavía más fuerte, con la esperanza de que nos oiga Sammy.

En otra visita a Burning Tree fui a la clase de Sammy, pero antes decidí pasar por la de Jessie, para saludar. Al verme en el pasillo, uno de sus compañeros, Arthur, se adelantó corriendo y anunció: —¡Está aquí Boppo!

Todos los amigos de Jessie y Sammy me llaman Boppo, y sus profesores

también. Una tarde, mientras esperaba al lado de mi coche a que saliera Jessie del colegio (para llevarla a clase de piano), me llamó una profesora a quien no conocía.

—¡Boppo! ¿También se lleva a Sammy?

Me he convertido en Boppo, incluso en el colegio de Bubbies, cuya directora me pidió interpretar una mañana al doctor Seuss, en honor del aniversario del escritor. Me senté en un balancín, con la chistera blanda a rayas rojas y blancas, y leí *The Cat in the Hat* para niños de dos y tres años. Qué gracia tendría ver a Amy en esos momentos, con los brazos en jarras a un lado del

aula, ceñuda y divertida... Su padre, Boppo el Gritón y el Absurdo. Boppo haciendo de Boppo. Después de una visita a Burning Tree, salí al aparcamiento asfaltado, donde daba el sol de lleno. Estaba repleto de coches, pero no había ni un alma. Nadie excepto Boppo el Grande.

Voy de compras con Carl, y le pregunto cómo está. Los niños bien, contentos de que vaya a nacer un bebé. Wendy está de seis meses. Será otro niño. (Jessie se tomó animosamente la noticia.) Wendy está baja de plaquetas, como cuando

esperaba a Andrew y Ryan, pero la controlan.

—Todo bien, papá —dice Carl.

Están pensando en comprarse una casa más grande.

—¿Y tú qué tal, con lo de A.? —pregunto.

Siempre antepone a los demás, como Ginny. Dice que de vez en cuando le salen las lágrimas, sobre todo al conducir. Le afectan mucho las canciones navideñas.

—Pero una o dos veces al mes —dice— me pongo el mensaje que A. le dejó a Wendy en el contestador, sobre los regalos de Navidad para los niños, y me ayuda mucho. Mamá lo ha oído. ¿Tú

crees que ya te gustaría oírlo?

Le digo que todavía no.

Carl cuenta una anécdota sobre Andrew, que está a punto de cumplir seis años. Es un niño exigente, y muy severo consigo mismo. Si se equivoca en una sola letra al escribir su nombre, lo borra todo y reescribe «Andrew» desde cero, o coge una hoja en blanco y empieza otra vez.

—Todo el mundo se equivoca —le dice Carl para tranquilizarle, pero Andrew no lo acepta.

Una tarde en que estaba dibujando,

se empezó a disgustar porque le salían mal las letras de la firma.

—Todo el mundo se equivoca —dijo Carl.

—Eric Carle no —dijo Andrew, refiriéndose al autor e ilustrador de uno de sus primeros libros, *Brown Bear, Brown Bear, What Do You See ?*—. Los dibujos de Eric Carle son perfectos.

—Antes de que se publiquen los libros, y de que los veamos, corrigen todos los errores —dijo Carl—. Todo el mundo se equivoca.

Entonces intervino Ryan, que jugaba cerca.

—Dios no. Dios no se equivoca.
Y Andrew dijo:

—Dios se equivocó con la tía Amy.

Ha pasado bastante tiempo desde mi primera llamada a la facultad de medicina de la Universidad de Nueva York. Grieco, el decano, me dice que el fondo de Amy ya acumula más de un cuarto de millón de dólares, y que se espera que rinda el cinco por ciento anual. Alan y Arlene Alda, viejos amigos de la familia, fueron muy pródigos en su aportación. Yo sé que aún llegará más dinero, porque varios amigos nos han dicho que para Navidad se han regalado entre ellos aportaciones

al fondo.

—Preferiría que tuviéramos a Amy
—dice el decano.

Le pregunto si sería posible que nuestra familia supiera algo sobre los receptores de las primeras becas. Los desembolsos iniciales se producirán a finales de enero de 2010. Dice que preguntará en la Secretaría de Admisiones y Ayudas Económicas, y que me lo hará saber. También me explica que en primavera se celebrará una recepción para los donantes en la facultad. ¿Nos gustaría ir? Pues sí.

—Mira, Boppo, un acertijo —dice Jess —. Un hombre vino en *Viernes*, se quedó dos días y se fue a su casa en *Viernes*. ¿Cómo puede ser?

—Viernes es un caballo —le digo.

—Exacto —contesta ella—. Otro acertijo: tres hombres que iban en barca se caen al agua. Solo se les moja el sombrero a dos. ¿Cómo puede ser?

—*Viernes* es un caballo —le digo.

—Exacto —contesta ella.

JAMES se despierta hacia las diez de la noche y llama a «papi». No le gusta que entre yo en su habitación y me lo lleve en brazos a la planta baja.

—¡Papi! —dice.

Le explico que papi ha salido a cenar con unos amigos, y que no tardará nada. Él emite un débil «papi», pero no se desespera. El invierno pasado, cada vez que Harris salía de noche por alguna razón, y James se despertaba y no le veía, lloraba sin parar, hasta agotarse. Esta noche solo murmulla de

insatisfacción, aunque se queda inquieto.

—¿Oímos garaje? —dice, refiriéndose a que Harris siempre entra en casa por el garaje después de aparcar.

Miramos un momento por la ventana delantera, para ver si llega. Luego James apoya la cabeza en mi hombro y nos quedamos a la escucha, por si se oye ruido en el garaje.

A Ginny le afecta más que a mí estar sin los niños, porque yo estoy más acostumbrado a los efectos de la soledad. Es posible que pase demasiado

tiempo solo, aunque Ginny, y Harris, lo están demasiado poco. Nos vamos brevemente los dos a Nueva York, a cenar en el piso de unos amigos de toda la vida. Llevábamos muchos meses sin hacer nada por el estilo. El día de la cena, por la mañana, Ginny está sentada en la punta de un sofá, con la cara hacia la ventana. Le pregunto en qué piensa, no en quién. Dice que se estaba acordando de una tarde de cuando Amy iba al instituto. Las dos se fueron a comprar de todo en Saks. Frente a los grandes almacenes había un coche de caballos.

—Decidimos subir, y que nos llevara a casa —dice Ginny—. Fue un

capricho.

Le preocupa que Jessie, al crecer sin madre, se vea privada de ese tipo de experiencias. Cuando Amy cumplió veintiún años, Ginny recabó cartas de treinta de sus amigas con consejos para Amy sobre lo que significaba ser mujer. Ella también escribió una, y las reunió todas en un libro elegante, del tamaño de un álbum de fotos grande, con bolsillos en las páginas para poderlas sacar una por una.

—Estas cosas de madre e hija, Jessie no las hará —dice Ginny.

—Te tiene a ti —contesto—. Te la llevaste a Nueva York y a ver el *Cascanueces*, como a Amy.

Ginny aparta la vista.

—No es lo mismo —dice.

Se queda callada uno o dos minutos.

—¿Sabes qué me dijo Harris el día en que murió Amy, al darnos el primer abrazo? Dijo: «Es imposible». Y lo es. No puede ser. Es imposible.

En su carta para el vigesimoprimer cumpleaños de Amy, Ginny escribió que siempre había admirado el sentido de la oportunidad de su hija. El 19 de abril de 1969, Amy llegó una hora antes de cuando estaba programado inducir el parto. Otra de las observaciones de la

carta era que Amy, además, llegó a lo grande a la maternidad de Boston: nos llevaron a Ginny y a mí en un coche de la policía de Harvard. También lo hizo con arte. Aquella noche, los alumnos de Dunster House encendieron la torre, en lo que fue uno de los pocos actos de celebración apolíticos de la primavera de los disturbios de Harvard.

«A papá y a mí nos parecía increíble haber dado a luz a una hija», proseguía la carta. Ginny tenía tres hermanos varones, y yo uno. Ya habíamos engendrado a Carl, y no nos creíamos capaces de otra cosa. «La primera reacción de papá fue decir: "Nosotros no tenemos niñas" —escribió Ginny—.

¡Pero vaya si tuvimos una!». La primera vez que vi a Amy, acurrucada en la mantita blanca del hospital, recordé lo que me había dicho sobre padres e hijas John Kelleher, un profesor de estudios irlandeses de Harvard que tenía cuatro: «Todas las recién nacidas miran desde la cuna, y al ver a su padre piensan: "Ya has caído".».

La carta de Ginny exponía en detalle todas las virtudes y extravagancias de Amy, por lo que era una carta larga. Su caligrafía era más firme que la letra actual de Ginny. Desde la muerte de Amy, su escritura se ha deteriorado. Es uno de los poquísimos indicios externos de su sufrimiento. La carta terminaba

así: «Te deseo un trabajo que te importe. Te deseo la felicidad de un gran amor matrimonial. Te deseo la belleza y la plenitud que da el ser madre».

Ginny siempre me ha dicho que percibe entre nosotros el espíritu de Amy. Yo, de vez en cuando, he repetido la misma idea a los niños, pero la verdad es que solo he sentido el espíritu de Amy de manera fugaz. Mi rabia contra Dios sigue incólume, y es posible que no quiera reconocerle nada tan bueno o bondadoso como proporcionarme la presencia supervisora de mi hija. Soy

consciente de cuánto consuela a la gente pensar que los muertos están cerca, y también sería bonito concluir que es como se sienten más felices los propios muertos, pero es más probable que me limite a aceptar la idea de Lewis Thomas de un más allá basado en el principio de que en la naturaleza no desaparece nada, y no pasar de ahí. El único pensamiento espiritual que he tenido es una especie de oración a Amy por que estemos haciendo lo que habría querido que hiciéramos.

El día de Acción de Gracias, que celebramos en Bethesda, en casa de Dee y Howard, este último me pidió a mí la bendición, y yo dije:

—Lo mejor que se puede decir de esta familia es que Amy estaría satisfecha de nosotros.

Una tarde, Ginny y yo esperábamos a John en Union Station. Venía a pasar las vacaciones navideñas con nosotros. Estábamos sentados en el coche, buscándole. Su tren llevaba unos minutos de retraso. Noté que me tocaban la muñeca derecha; no de una manera suave, que se pudiera confundir con un soplo de brisa en la manga, sino rotunda, como las palmaditas que se da la gente para consolarse. Miré a Ginny, para cerciorarme de que no hubiera sido ella, pero estaba girada en el otro sentido, buscando a John entre la multitud.

Esperé volver a sentir lo mismo, pero no fue así. Tampoco lo he sentido desde entonces. Es posible que fuera un pequeño espasmo, un movimiento involuntario de mi antebrazo. Una especie de tic.

Una noche en que los niños están a punto de acostarse, Ginny se encuentra a Sammy de espaldas en el suelo del estudio de Harris. Tiene los brazos separados, y la lengua fuera de la boca. El día de la muerte de Amy, Sammy estuvo a solas con ella mientras Jessie iba en busca de Harris, e intentó que

respirase y abriese los ojos.

—Es como estaba mamá —dice—. Nunca se me olvidará. Era tan joven... La persona más joven que se ha muerto.

Ginny dice que sí, que Amy era muy joven, y una mami maravillosa. Sammy se levanta del suelo y se va a la cama.

Los padres de Wendy, Rose y Bob, traen a los niños un libro titulado *Elf on the Shelf*, junto con el muñeco de elfo de casi veinte centímetros que lo acompaña. El libro explica que el elfo suele estar sentado por la casa, observando el comportamiento de los

niños, y que informa directamente a Papá Noel. Dado que en principio se desplaza cada noche a un punto y un observatorio distintos, Harris, Ginny y yo le ayudamos. Tiene un sombrero rojo puntiagudo, unas piernas flacas y una cara engurruñada de chivato. A mí me parece poco más que un acusica, pero Harris observa que desde el momento de su aparición la conducta de los niños ha sido irreprochable. A él le gustaría prolongar la estancia del elfo, pero no se le ocurre ninguna justificación.

El día de Navidad ayudo a Jessie a

pegar adhesivos de *High School Musical* en las paredes y puertas del armario de su habitación. La mañana pasa con más facilidad que la del año anterior. Evidentemente, la noticia de que este año nadie comprará nada a nadie no ha llegado hasta los niños de Clearwood Road. Aparte de los adhesivos, Jessie ha recibido libros, una bola con nieve dentro, un karaoke, un montón de ropa y un ordenador propio. Sammy, que no considera que la ropa sea un regalo, ha recibido una moto con motorista y control remoto, un Lego de Misión en Marte, helicópteros Air Hogs con control remoto que aterrizan a toda la casa y, para la Wii, Mario Baseball y un juego de *La guerra de las*

galaxias en el que es posible obtener ganancias astronómicas y perderlo todo en un santiamén. La Wii es de una inventiva abrumadora y, a su manera, muy adictiva. También sirve para enseñar que los desastres existen, y que siempre hay otra partida. Los dos niños mayores comparten un kit de baloncesto compuesto por un aro, un pie, un tablero y un marcador automático que registra los puntos cada vez que alguien encesta. El baloncesto ha sustituido temporalmente al fútbol como actividad sabatina de Jessie. Sammy también juega. Otro regalo compartido han sido los Shrinky Dinks, calcomanías que se colorean y se meten en el horno tostador,

donde se encogen y se metamorfosean en arañas y otros animales. Se me confía a mí el manejo del horno tostador. Aparte del volquete, y de la gasolinera, y del banco de herramientas, y del garaje, James ha recibido una tostadora propia de juguete.

—Para hacer tostadas como tú, Boppo —ha dicho.

El día pasa de manera agradable, con la salvedad del estrépito ensordecedor de los Wiggles, a cuyas canciones James ha tomado afición («fruit salad, yummy yummy»). James corre de proyecto en proyecto como un pintor apasionado que salta a lo largo y ancho de un gran lienzo: ahora pega

martillazos en un sitio de la casa, ahora mueve algo de una habitación a otra... John juega a Sorry con Jessie, y dice a Ginny que le recuerda cuando Amy jugaba a lo mismo con él, de pequeños. Por la tarde nos vamos todos a ver a la hermana de Harris, Beth, a su casa de Capitol Hill. Beth, que trabaja en Washington como cazatalentos, se lleva a menudo a Jessie y Sammy de excursión a su oficina. Combinando la reunión navideña con la recaudación de fondos para hijos de presos, pide a sus invitados que contribuyan a la causa. Lo hace con tal sutileza que la mitad nos olvidamos de hacer el donativo. El inteligente ardor de Beth por los proyectos benéficos es herencia de sus

padres. Howard y Dee dedican gran parte del año a colaborar en el parque nacional Acadia, de Maine. Su furgoneta Volvo lleva un adhesivo en el parachoques donde pone «Mi otro coche es una bicicleta». Yo les cuento mis planes de hacerme un adhesivo propio donde ponga: «Mi otro coche es un todoterreno más grande». Sonríen benévolo.

A media tarde, John, Harris, Ginny y yo nos sentamos a cenar. Harris parece cansado, y yo también. Nadie hace ningún comentario sobre la ausencia de Amy, pero la conversación va a rachas. Oigo que en la habitación de al lado Bubbies hace sonar repetidamente un

CD de Hannah Montana en el karaoke.
Dice «I Can't Wait to See You Again»⁴.

La fascinación de Sammy con el Empire State Building empezó cuando Ginny y yo nos lo llevamos en su viaje especial a Nueva York, y vio el edificio por primera vez al acercarnos al Holland Tunnel.

—¿Cuál es el segundo edificio más alto? —preguntó.

Divisaba una parte del Chrysler justo detrás del Empire State.

—¿Sabías que una vez subió un gorila hasta la punta del Empire State?

—pregunté yo.

—¡Qué va! —dijo él.

Una vez mencionado King Kong, tuve que conseguirle el DVD de la versión original, la de 1933, presentado como un regalo posnavideño. Lo vimos una tarde, Sammy, Jessie y yo. James y Ligaya iban y venían. Yo estaba un poco nervioso por algunas escenas que tenía en el recuerdo, como aquella en que King Kong saca a una mujer del dormitorio de su piso y la tira a la calle. No estaba seguro de que los niños encontrasen belleza en la bestia. Sin embargo, supuse que predominaría el tamaño del simio, y así fue. Jessie lo aguantó todo menos que sangrasen los

dinosaurios. Al ver manar sangre negra, se escondió debajo de una manta. A Sammy le encantó todo, especialmente cuando King Kong se da puñetazos triunfales en el pecho. Por otra parte, la escalada del Empire State hizo honor a la publicidad. James observó que King Kong era «grande de verdad».

En los años setenta había como mínimo dos salas de reestreno en Washington que ponían películas del tipo de *King Kong*. Los fines de semana, Ginny y yo nos llevábamos a Carl y Amy al Biograph y al Key para ver las películas de Bob Hope y Bing Crosby, las de Sherlock Holmes con Basil Rathbone y Nigel Bruce y *Alarma en el*

expreso y Treinta y nueve escalones, de Hitchcock. La preferida de Amy era *Historias de Filadelfia*. No era mucho más fácil venderles películas en blanco y negro a nuestros hijos que explicárselas a Sammy y Jessie, pero una vez metidos en *King Kong*, la aceptaron.

—¿Por qué se tiene que llevar a la chica? —preguntó Sammy.

Yo le expliqué que quiere casarse con ella.

—¿Qué te parece King Kong? —pregunté.

—Es malo, pero también es dulce —dijo él.

La reacción sensata y sin pánico de Jessie ante *King Kong* parecía indicar que, aunque conserve su optimismo impenitente, también empieza a aceptar la existencia de cosas terroríficas. Hace un par de años, Betsy Mencher, una amiga de Amy, pidió permiso para que ella y su marido Andy se llevaran a Jessie y a su hija Julia (que tiene la misma edad) a un teatro de barrio donde ponían *La bella y la bestia*. Jessie estaba entusiasmada, como siempre, pero Amy predijo que lo pasaría fatal con la Bestia. A Jessie le superaba todo lo amenazador o malvado.

—Qué bien conocía Amy a sus hijos —me dijo Betsy.

Nada más arrancar la introducción musical de la obra, ligeramente ominosa, Jessie se alarmó, y a los pocos minutos lloraba.

—La saqué lo más deprisa que pude del teatro —me explicó Betsy—, y nos fuimos al McDonald's.

Amy también conocía bien a Betsy. Cuando las dos se licenciaron, el último novio de Betsy acababa de romper con ella, y Betsy venía a diario a nuestro piso de Nueva York para que Amy le dijera que el chico no valía la pena, que se merecía algo mucho mejor, y otras fórmulas habituales de consuelo. Para

reconfortarla no solo con palabras, sino con comida, Amy le servía la pasta con queso de su hermano pequeño John, con formas de dinosaurios. Años después, durante una visita a la casa de Amy en Bethesda, Betsy encontró en la despensa una pasta con queso de dinosaurios, y preguntó para qué la tenía.

—Para tranquilizar a mis hijos cuando están tristes o dramáticos —dijo Amy.

Me parece oírla. A menudo ponía voz de cómico, con una dicción irónica, aunque lo que dijera no fuese gracioso. Hasta en la más ligera anécdota se percibían rastros de tragedia, como a todos los humoristas de alma seria, y

cuando decía algo hilarante, nunca faltaba la nota justa. La familia estaba cenando en torno a la mesa de Quogue, y haciendo a Harris la broma de que tendría que dormir en el suelo durante un viaje a Hawai para jugar a golf.

—Harris se conforma en Hawai —dijo Amy, como si fuera el título de una serie de libros infantiles.

Se rió; Harris también, y nos reímos todos.

Curiosamente ahora que Amy está muerta, tengo la impresión de conocerla de forma más completa que cuando

estaba viva. No es que la conozca mejor (dudo que pudiera conocerla más), pero en su vida había muchas cosas de las que yo no era consciente, hasta que al hablar con sus amigos y colegas me enteró de tal decisión acertada o tal pequeño gesto de amabilidad. Jean Muller, que fue su residente jefe, me contó que daba la casualidad de que las dos tenían la misma vajilla, y se quejaban de que los cuencos para la sopa no fueran suficientemente hondos.

—Un día Amy se presentó en mi puerta —dijo Jean— con nuevos cuencos de sopa hondos para las dos.

Cuando tus hijos crecen y se convierten en adultos agradables, les

ves muchas buenas cualidades, pero lo que no siempre adviertes es su talla como personas, porque es algo que suele medirse mejor a cierta distancia. A mí, la talla de Amy me la revela la distancia de la muerte. Mi hija era importante para las historias de otras personas. Saberlo no impidió que el otro día se me empañasen los ojos sin razón aparente en Ledo's Pizza, pero algo es algo.

El domingo vienen Carl, Wendy y los niños, y vamos en coche al Museo del Aire y el Espacio del aeropuerto Dulles. Es una versión reducida del que también

hay en el Smithsonian, en el centro de la ciudad, pero nos queda más a mano, y estará menos lleno (o al menos eso espero). En realidad lo está bastante, y hay mucho que ver para los niños: biplanos, aviones de pasajeros antiguos, cazas espías y atracciones que simulan cápsulas espaciales y te dejan el estómago revuelto. Sammy ve un puesto de recuerdos donde todo parece marcado a veintiséis dólares, desde el más nimio llavero hasta una gran maqueta de cohete.

—¿Me lo compras, Boppo?

Está señalando el cohete. Elijo el momento para marcar límites. Ya tiene tantas cosas... Durante el verano, en

Long Island, cuando fuimos al acuario de Riverhead, pidió un tiburón de peluche gris y blanco, y yo se lo compré sin vacilar. Ahora, en cambio, he decidido decir basta.

Sammy coge el cohete y lo levanta, para dar una idea de lo maravilloso que es. Yo no doy mi brazo a torcer.

—No lo necesitas, Sammy —digo—. Además, ¿no tenemos algo parecido en casa?

—Pero es que lo quiero, Boppo —dice él.

—Hoy no —contesto—. Vamos a ver los aviones antiguos.

Impulsa el cohete con la mano. Carl se acerca.

—¿Qué tienes, Sam? —dice.

—Este cohete tan chulo —contesta Sammy.

—¿Lo quieres? —le pregunta su tío.

Y antes de que yo pueda intervenir, Carl ya ha puesto los veintiséis dólares. Por la noche pongo a Harris al corriente de esta derrota moral.

—Qué frustrante, ¿verdad? —dice él, mirándome a los ojos.

Ligaya se cae en el hielo, y tiene que quedarse toda la primera mitad de la semana en cama a causa de la conmoción. A su regreso, James corre

hacia ella, que le coge en brazos, mientras él se agarra a su cabeza, le examina la cara una y otra vez y se apoya en su hombro. Tarda sus buenos dos minutos en soltarla. Ligaya solo ha estado fuera tres días. Ginny y yo nos miramos con aprensión. Está previsto que en abril y mayo Ligaya viaje a Filipinas para ver a su familia. Sus planes son ausentarse seis semanas. Yo amenazo con hacer que le revoquen el pasaporte.

El sexto cumpleaños de Andrew se celebra en Laser Nation, Sterling,

Virginia. Jessie y Sammy están entusiasmados. También va James, aunque es demasiado pequeño para disparar contra otros niños, o que le disparen. En Laser Nation se arma a los niños con pistolas láser conectadas a gruesos chalecos que se iluminan al recibir un disparo. Se persiguen por una oscura catacumba llena de tubos, con las paredes grises y negras. Parece el interior de un submarino. La madera también está pintada para simular acero. Los equipos rojo, naranja, azul y amarillo, cuya designación responde a las luces que llevan, se mueven por el laberinto después de que los niños hayan recibido consignas en la sala de instrucción: prohibido correr, el

contacto físico y las conductas antideportivas. Graeme, padre de uno de los participantes, que es australiano, dice:

—¿Prohibidas las conductas antideportivas? Eso es discriminatorio para los australianos.

Hoy en día, las fiestas infantiles de cumpleaños son así, aunque no todas se celebren en entornos bélicos. El año pasado, Jessie celebró la suya en David and Buster's, una especie de casino juvenil donde los niños juegan a juegos interactivos, y la de Sammy fue en Little Gym, donde los niños saltan y ruedan sobre colchonetas. La ventaja de estos sitios es que los padres no tienen que

recoger, y que es el personal el que se encarga del espectáculo. A mí me parecen raros, pero inofensivos, aunque es posible que Laser Nation ya exagere un poco.

Tras jugar con Bubbies, le dejo con Harris para ir a la zona de videojuegos, donde Caitlin me pilla por banda y me marea un poco, hasta que la dejo suavemente al cuidado de su madre. Entre los video-juegos figuran «Caza extrema» y «Poli virtual». Como nunca he jugado a ninguno, elijo «Poli virtual». Saco de su funda la pistola azul de plástico, y me cargo a todos los malos que aparezcan en pantalla. Engancha. Mi puntuación es «Excelente». Aparece un

aviso: «La partida se acaba cuando se ha perdido toda la vida».

Después de pegar tiros a diestro y siniestro, Jessie, Sammy (el homenajeador) y quince niños más deponen las armas y se comen el pastel de cumpleaños. Bubbies se va con los mayores, y aunque apenas se le ve la cabeza por encima de la mesa, mira, escucha y no da señales de sentirse fuera de lugar en compañía de los mayores. Jessie conoce a Ella, la hija del australiano, Graeme. Aún no ha cumplido los seis años.

—Te noto un acento —dice Jessie—. ¿Eres de Francia?

—Si fuera de Francia —dice Ella—,

hablaría en francés.

Lista de tareas de Jessie, clavada con chinchetas al atril del teclado. Hay casillas para marcar:

■ VESTIRSE
CEPILLARSE
LOS DIENTES
CEPILLARSE
EL PELO
HACER LA
CAMA
QUITAR LA
MESA DESPUÉS

DE LAS COMIDAS

Un día en que estoy fuera de casa, me llama Harris para explicar que James ha hecho garabatos por toda la rinconera con un rotulador, y que está castigado en su cuarto.

—¿Tiene abogado? —pregunto yo.

Como la mayoría de los médicos, Harris aborrece a los abogados.

—Ya le han condenado y sentenciado —dice.

—¿Sin juicio previo? —pregunto yo —. Creo que le representaré durante la apelación. Este caso está chupado; y vete preparando para una demanda civil de órdago.

—No te molestes, que tenemos testigos —dice él.

—¿Menores? —pregunto yo—. ¿Hay huellas dactilares en el rotulador? ¿Él ha confesado?

—En cierto modo —dice Harris—, pero todavía no se da cuenta de la magnitud del delito.

—Pues entonces —añado—, ¿por qué le han juzgado como adulto? Y hablando del tema: ¿le han dejado hacer la llamada telefónica que le corresponde?

—Sí —dice Harris—. Te va a llamar a ti.

Hace mucho tiempo que abandoné toda esperanza de aprender algo nuevo. No me quedaban bastantes neuronas. Ahora, gracias a mis lecturas con Sammy antes de la hora de dormir, mi cerebro es un hervidero de datos sobre camiones, barcos, aviones, grúas y equipos de perforación. Anoche, después de una conversación con Sammy sobre la fuerza comparada de los estabilizadores y las carretillas, me quedé acostado un momento junto a Jessie. Ginny y ella habían acabado dos capítulos de *James and the Giant Peach*. Harris estaba con James. Jessie cogió rápidamente otro libro (*Harold and the Purple Crayon*) y

me lo leyó.

—Harold se crea su propio mundo
—dijo.

—Como los escritores —señalé yo.

Jessie ha querido ser escritora,
médico, modelo de pasarela y directora
de orquesta.

—Si decides hacerte escritora, Jess,
podrás crear todo lo que quieras:
amigos, princesas, monstruos...

—Y nuevos mundos —añadió ella
—. Planetas nuevos.

—Aparte de crear su propio mundo
—dije yo—, Harold vive dentro de él.
A los escritores les pasa lo mismo. Otra
forma de decirlo es que los escritores
«habitan» sus propios mundos.

—Habitan —subrayó Jessie—. Pues que sea la próxima palabra de la mañana.

—Vale —admití.

Seguimos hablando de todo lo que puede crear un escritor, como Harold. Yo dije que a veces, cuando creas, no encuentras lo que buscas inmediatamente, y tienes que insistir hasta que aparezca. Incluso es posible crearlo, perderlo y tener que imaginarlo de nuevo.

—Como la ventana de Harold —dijo Jessie.

Harold empieza dibujando una ventana con su cera; después dibuja dos, y luego toda una ciudad de ventanas, con

la intención de descubrir la que ha perdido.

—Exactamente igual que la ventana de Harold —precisé yo.

Dice Sammy que de mayor quiere ser submarinista, pero también tiene una veta de inventor. Le gustaría fabricar un aparato que se pusiera encima de un casco y sirviera para ver cosas invisibles.

—Como rayos ultravioletas —dice—. Y a mamá.

Le proveo de libros sobre Thomas Edison, por quien mostró interés cuando

le comenté algunos de sus inventos. Una noche, nos enfrascamos en un libro sobre los años de juventud de Edison. Lo que más impacta a Sammy es que ya se le pusiera blanco el pelo a los veintitrés años. Al leer la explicación sobre el telégrafo y el fonógrafo, intento hacer inteligibles los instrumentos antiguos. Más adelante, en la misma página, me entero de que Edison se quedó viudo a los treinta y siete años, con tres hijos pequeños. Vacilo, pero acabo leyendo el pasaje. Sammy escucha, pensativo, sin decir nada.

El día de Nochevieja, Jessie es la primera de los niños en bajar a desayunar.

—He tenido un sueño precioso —dice—. He soñado que mamá estaba viva, y que tenía una niña.

Le explico que yo, después de la muerte de mi padre, también soñaba con que estaba vivo.

—No —dice ella—, así no. Yo he soñado que sacaban a mamá de la tierra y descubrían que estaba viva. Solo tenía un cortecito en el corazón, y se lo podían curar.

—¿Has hablado con ella en sueños? —le pregunto.

—Hablaban en voz muy baja. No he

entendido lo que me decía.

El tono de Jessie no tiene nada de triste. Es más bien una especie de informe sobre algo prodigioso. Hablamos de otras cosas. Mira la palabra de la mañana, que resulta ser «rejuvenecer».

Catherine Andrews, la psicoterapeuta de los niños, atiende en su casa, una de esas casas bonitas que bordean, parece que hasta el infinito, las calles arboladas del noroeste de Washington. Es donde pasó su infancia (nos explica a Ginny y a mí), y adonde regresó de mayor para

cuidar a su padre cuando estaba enfermo. Su consulta está pensada para los niños, con armarios llenos de peluches y materiales de dibujo, y una mesita en medio. Cerca de la puerta, en una pared, hay un esquema con caras de niños en diversos humores. Cada vez que un niño sale de la consulta, se le pide elegir el humor del que está.

Tomamos asiento alrededor de la mesita. Catherine, que ya pasa de los cincuenta años, es una mujer menuda y pulcra, el tipo de persona a quien se pueden contar secretos. Tiene una expresión encantadora, que te hace sentir a gusto, y una voz que sosiega, pero no tan suave ni con tan poca

autoridad como para adormecer. Dice que lo estamos haciendo todo bastante bien. Ginny y yo, sin embargo, venimos para algo más concreto: saber si hay que hacer algo especial en respuesta a episodios como el de Sammy con los brazos abiertos en el suelo.

—Lo que podríais hacer cuando se acuerdan de los últimos momentos de Amy —dice ella— es enseñarles fotos de su madre cuando estaba activa y contenta.

Enumera tres elementos de la muerte difíciles de aceptar para los niños (y para cualquiera): su universalidad, su inevitabilidad y el hecho de que los muertos no puedan funcionar.

—Algunos niños —dice— no entienden que un padre muerto no haga nada para volver a estar con ellos.

Dice que les resulta incomprensible que la muerte no tenga arreglo.

Me sorprende oír que cree en la presencia espiritual de los muertos. Cita pruebas en abono de ello, palpables y de otros tipos. También queda claro que es creyente, y que su Dios no intercede en las tragedias.

—Pero llora por ellas —dice.

Yo escucho respetuosamente. Ginny y yo le expresamos nuestra admiración por Harris. Hablamos sobre los delicados equilibrios de nuestra situación familiar, y nuestro esfuerzo por

crearnos un papel entre el de abuelos y el de padres. Ella reconoce que la situación se sale de lo habitual, pero de momento no detecta ningún problema que no podamos resolver.

Le expongo mi preocupación por lo tenso que parece últimamente Harris, y añado que yo también lo estoy. Diciembre ha sido un mes difícil. Le explico que me sale muchas veces «Amy» al referirme a Jessie o Ginny, y que a menudo, en los actos sociales, me siento alejado de mis amistades. Ella explica que una de las ilusiones de quien ha perdido un ser querido es que la situación empezará a mejorar al cabo de un año. Nos recuerda lo que le dijo a

Harris al principio, que el luto es un proceso de por vida para todos, no solo para los niños. En cuanto a la demarcación de un año, «la verdad es que las cosas empeoran. En este momento, tú, Ginny y Harris estáis asimilando la cruda realidad de que a partir de ahora la vida será así. Un año no es nada».

Hacia el final de la hora, habla de Jessie. Dice que los niños, como Sammy, tienden a exteriorizar sus sentimientos y a dejarlos atrás (lo que dijo sobre el dibujo de Amy tirada en el suelo que hizo Sammy en el colegio), mientras que las niñas es más probable que se guarden las emociones y esperen

a sentirse seguras para expresarlas. Dice que Jessie se ha estado conteniendo, pero que en su última sesión hizo un dibujo que califica de «muy buena señal». Catherine explica que uno de los principios de la terapia artística es que el hecho de que los niños se dibujen a sí mismos en tierra firme, con el cielo encima, indica que se sienten seguros. Jessie se dibujó sobre una colina, bajo el cielo, con un arco iris a su alrededor.

Sammy me pregunta por qué existen los años. Hablamos de en qué consiste un año en la tierra. Consultamos su

«Planetario interactivo», un mapa parlante del sistema solar que contesta preguntas. Nos enteramos de que los años difieren entre los planetas. Un año de Júpiter equivale a casi once años y diez meses en la Tierra. Un año en Neptuno equivale a unos ciento sesenta y cinco años terrestres.

20 de enero.

—¡James! —dice Ginny—. ¿Sabes quién es presidente de Estados Unidos?

—¡O-ba-ma! —dice Bubbies.

Pocos días después, empiezo el nuevo semestre en Stony Brook: otra vez un solo curso, un taller de escritura en el que, con el título «Escribirlo todo», hago que los alumnos escriban un cuento, un ensayo, un poema y una obra de teatro. Intento ayudarles a ver la utilidad de los requisitos de cada forma para las demás. Ha pasado un mes desde

la última vez que estuve en Quogue. Al llegar a la casa, veo que Kevin me ha dejado un regalo sobre la mesa de la cocina: una placa de latón con números antiguos en negro, que indican la suma cobrada por sus obras en el porche. Cuando le llamo para felicitarle por la broma, dice que por la placa también me mandará factura.

—Tengo un DVD del discurso de graduación de Stephen —dice—. ¿Quieres verlo?

En su visita habitual del martes por la mañana, trae un reproductor portátil de DVD. Nos sentamos en el mismo lado de la mesa de la cocina, con la espalda al sol, y vemos la ceremonia de

graduación de 2007 del instituto de Mattituck. En la pequeña pantalla aparecen los graduandos, con las chicas de blanco, y los chicos de azul claro. Stephen sube al estrado. Se parece un poco a su madre y a su padre, pero con personalidad propia, guapo, con una voz sonora y musical. Le cuelga del cuello una cinta blanca, con la medalla de oro de primero de su promoción. Habla con soltura, pero no de sí mismo; es un discurso dirigido a sus compañeros de clase, en el que usa la metáfora de una partida de Monopoly para recapitular sus años de instituto: la «moneda» de su educación, y las fincas intelectuales que han adquirido.

—Al menos la mayoría nos hemos salvado de la cárcel —dice.

Se quita el birrete y lo remplacea por unas orejas de Mickey Mouse, en recuerdo del viaje a Disney World de último curso. Luego, da la espalda al público y se gira hacia sus compañeros, que están sentados detrás. Todos se ríen y aplauden.

—¿Dónde estáis sentados tú y Cathy? —le pregunto a Kevin.

—En primera fila —dice él—. Grabábamos todo lo que hacía en el colegio, hasta el concierto de banda más aburrido.

Tiene los ojos rojos.

*Duérmete, niño
peludo,*

*Duerme a salvo
del viento*

En tu refugio.

*Duerme
caliente en tu
pelaje*

*Hasta que
llegue el alba,*

*Con tu pequeña
familia peluda.*

Esto se canta.

*—de Little Fur
Family*

ESTE último año, los muertos han ocupado gran parte de mi tiempo: libros y poemas sobre muertos, conversaciones con otras familias acerca de sus muertos... Leo muerte en comentarios inocentes, y en textos inocentes; y aunque al pensarlo parezca accidental, sé muy bien que no lo es. Debería esforzarme por huir del tema. No es que presente un interés infinito, visto que la única conclusión es encogerse tristemente de hombros... Hay más cosas que hacer, en todo caso. Y yo me

estoy cansando de mi rabia.

Aunque Ginny y Harris tengan la sensación de que sus vidas les han preparado para nuestra situación actual, no es algo que comparta. Yo dudo de que mi vida me haya preparado para alguna situación, ya que hasta la muerte de Amy siempre había creído, como si tal cosa, que todas mis vivencias serían positivas. Con la salvedad de algunas decepciones (probablemente menos de las que me corresponderían), he tenido mucha suerte en la vida. Estoy aprendiendo lo que la mayoría de la gente aprende a una edad mucho más temprana: que la vida es algo que hay que soportar, con recompensas que es

necesario ganarse. Dado que actualmente mis recompensas estriban en la supervivencia de mi familia, contento estoy con intentar ganármelas.

Ahora bien, lo comprendo despacio. Nunca he sido un corredor de fondo, y ahora (cuando me flojean las piernas, y he perdido resuello) debo enfrentarme a la larga distancia, lo cual va contra mi forma de ser.

Debo entrenarme para aceptar el mundo tal como es, igual que lo hizo Amy, pero sin tomarme esta misión como algo pesado. Uno de los pocos textos que he escrito desde la muerte de Amy es una crítica para el *Washington Post Book World*. La novela era *La vida*

en sordina, de David Lodge: la historia de un profesor de lingüística jubilado, Desmond Bates, que pierde audición, y que también es sordo a la vida hasta el día en que, de mala gana, visita Auschwitz, y el silencio le enseña a oír. Ahí lee una carta de un preso a su mujer, descubierta en un montón de cenizas humanas, y le llama la atención una frase: «Aunque haya habido en diversas épocas malentendidos triviales entre nosotros, ahora veo que no podíamos valorar el tiempo pasajero». A mi humilde entender, es como hay que vivir: valorando el tiempo que pasa.

Carl y Wendy se han decidido por un nombre: Nathaniel A. La A no tiene un punto detrás porque no es una inicial de segundo nombre. Es A.

Entramos en el nuevo año como cualquier familia, marcando los centímetros que han crecido los niños en una pared del cuarto de jugar. Últimamente Jessie casi nunca se pone melodramática. Ya no confunde la decepción con la catástrofe. Ahora se recupera enseguida de los contratiempos. Lee muy bien, y puedo

hacerle bromas más refinadas con la palabra de la mañana. Se está disciplinando. Tuvo una fase de desinterés por las clases de piano, pero perseveró, y ahora su nueva profesora, Maja, la elogia y la anima. Hace poco, en un ensayo, tocó no solo con los dedos, sino con las emociones.

Incluso ha moderado sus celos. Me dice que entiende que yo juegue con Caitlin («no tiene a nadie de su edad»). Además, ella y Ginny han intimado todavía más. Harris le explica a Ginny cuánto la echa de menos Jessie cuando se va. Los acontecimientos que parecen proclamar la ausencia de Amy, como los cumpleaños y una obra de teatro del

colegio, dejan huella: después de la obra (en la que tuvo mucho éxito), Jessie estuvo seria y callada. Sin embargo, su carácter optimista siempre sale a flote. También cuida a sus hermanos. Casi nunca se pelea con Sammy, y si él necesita ternura, se la da. Una noche en que yo estaba leyendo para Jessie, Sammy entró lloroso, por haber pensado en monstruos, y ella le invitó a dormir en su cama. Cuando James está enfadado, Jessie le canta *Somos fuertes*. James tuvo una gastroenteritis, y vomitó por toda la cocina. Jessie fue enseguida a consolarle.

Durante mi visita más reciente a la clase de Jessie, la señora Salcetti me

pidió que hablase sobre *Children of War*, un libro que escribí en los años ochenta, y para el que entrevisté a niños de cinco regiones en guerra del planeta. Para presentar el tema, expliqué a los alumnos de segundo que una de las cosas más tristes y difíciles de la infancia, en cualquier lugar, es que no tiene poder. Jessie levantó la mano.

—No es verdad, Boppo —dijo—. Tenemos el poder del pensamiento y la bondad.

A Sammy se le dan bien tantas cosas, que a menudo choca con sus propias expectativas. Él también lee muy bien. Ginny y yo fuimos a ver su clase de educación infantil, donde hay

muchos niños que leen a nivel avanzado. Sammy manifiesta una valoración casi erudita de lo que aprende. Su exclamación a Harris sobre los pingüinos derivaba de un proyecto escolar cuya culminación fue que toda la clase crease un Museo del Pingüino. Me enseñó las piezas como un docente.

—¡Este es el pingüino emperador!
¡Se reconoce porque es naranja y amarillo, y más alto!

Cumple con empeño las responsabilidades que le asigna Pam Merritt. Él y su amiga Diana son los encargados de llevar y traer de la cafetería el carrito de la compra donde van las fiambreras de sus compañeros

de clase. Sammy las alinea con mucho cuidado junto a las taquillas. También ha parado de hacer pedorretas poniéndose la mano en la axila y levantando y bajando el codo, como la bomba de un pozo. Sabía hacer el mismo ruido solo con las manos, y con las rodillas. Durante unas pocas semanas fue su principal pasatiempo. La señorita Merritt nos echó la culpa a Harris y a mí de haberle enseñado el truco de los pedos, pero ni Harris ni yo lo hemos sabido nunca. Le dijimos a la señorita Merritt que Sammy era autodidacta, y que tenía un don.

Ahora James es un niño. Sigue manifestando su genio y voluntad. Una

noche en que Harris no estaba, quiso dormir con Jessie.

—Jessie también necesita dormir —le dije, llevándole a su habitación.

—¡Boppo malo! —gritó él—. ¡Malo!

Casi todo lo que tenía de bebé lo está perdiendo muy deprisa. Yo lo echo de menos. Ya no quiere sentarse en el elevador, aunque suponga tener que comer arrodillado en la silla. Está empezando a beber con un «vaso de niño mayor», en vez de con la tacita. Pide (y se le da) su propia palabra matinal. Antes le cortábamos en cuadraditos su tostada del desayuno. Ahora quiere «tostada de verdad» (dos

mitades). Juega a Perfection y a Connect Four. Le consumen los proyectos, como meter llaves en puertas y cajones y volver a sacarlas, acarrear de un lado al otro un calentador portátil desenchufado que es como un tercio de su tamaño y encenderlo y apagarlo, ponerse al lado del karaoke y escuchar, y coger el mando a distancia de una tele y sustituirlo por el de otra, con lo que hace imposible para los demás mirar ninguna de las dos. Es la persona más ocupada que he conocido en toda mi vida.

En el colegio juega independientemente. Una mañana en que Ginny y yo llegamos temprano a

recogerle, le observamos desde el coche, sin que nos viera. Estaba en el patio, con sus compañeros de clase del parvulario. Subió a bordo de un barco de juguete grande y ancho, de madera, bastante cerca del banco de Amy. Llevaba una gorra de lana azul de Georgetown, y su chaqueta de invierno plateada, sin abrochar. La señorita Franzetti, que también iba en el barco, le subió la cremallera. A las once y media, los niños se pusieron en fila india para volver al edificio del colegio. Les conducían los maestros, como gigantes cernidos sobre ellos. James seguía la línea amarilla, estudiándose los pies. Se hicieron una foto de clase donde parece un alumno de Eaton en miniatura, con un

polo de *rugby* a rayas verdes y negras, cuello blanco y falso escudo de armas en el pecho. Su expresión es al mismo tiempo vulnerable y madura; más que dos años, aparenta cinco o seis. Hemos apoyado la foto en el mármol de la cocina.

—¿Quién es? —le pregunto.

—¡Yo! —afirma con orgullo y alegría.

A mí no me gusta la foto.

Harris se ha apuntado a un curso de golf. Él, que es golfista con un hándicap de doce (si actualmente le quedase tiempo para no perder la cuenta), se ha liberado las tardes de los jueves para que le dé clases un profesional. Dado

que yo no considero el golf como un deporte (de lo cual él es consciente), me finjo aburrido por su decisión, pero la verdad es que a Ginny y a mí nos alegra muchísimo verle hacer algo por su cuenta. También ha empezado a practicar *snowboard*, y de vez en cuando trasnocha para tomarse unas cervezas con los amigos. Últimamente se ha embarcado en una serie de fiestas de cumpleaños con sus colegas del instituto de Bethesda, todos los cuales están cumpliendo los cuarenta. En la suya (organizada por Carl como sorpresa) le vi con Matt Winkler, Scott Craven y Ramy Ibrahim, tres empresarios que fueron con él al instituto Walt Whitman: se reían sobre

antiguas novias, hacían bromas de mal gusto y parecían tener otra vez dieciséis años. Al principio Harris cenaba cualquier cosa al vuelo, mientras bañaba a los niños y les preparaba para irse a dormir. Ahora él, Ginny y yo solemos cenar en la mesa de la cocina, como adultos civilizados, mientras Sammy y Jessie se duchan. ¿Y Ginny? Tras un día invertido en preparar y envasar lo que comerán Jessie y Sammy en el colegio, comprobar que Jessie tenga los deberes en la mochila, prepararla para que la pasen a buscar a las ocho de la mañana para su clase de español, cerciorarse de que Sammy lleve su chaqueta de abrigo (no su preferida, la de chándal), llevar a

Bubbies a Geneva y pasar por Burning Tree para colaborar en la clase de Sammy; después de recoger a Bubbies, darle de comer y regresar en coche a Burning Tree para llevar a Jessie a jugar a casa de Danielle; después de comprar algo para cenar y volver a casa para vigilar a Sammy y Bo (que ha venido a jugar), y de ir a buscar a Jessie al final de la tarde y jugar con Bubs y su triciclo, y de prepararles la cena a Bubbies, Sammy y Jessie; después de bajar a la sala de juegos para leerle un cuento a Bubbies y volver a subir para ayudar a Jessie con sus deberes de ortografía, y preparar los horarios del día siguiente de Sammy y Jessie, y hablar por teléfono con la madre de un

amigo de Sammy que quiere que vaya a su casa la semana que viene; después de hacernos la cena a Harris, a mí y a sí misma; después de jugar la última partida, ahora sí que la última, de Uno con Jessie, y de leerle algo, y de preparar la ropa de Jessie, Sammy y Bubbies para la mañana... les da un beso de buenas noches.

Una mañana, poco antes de mediodía, estoy solo en la casa. No recuerdo haberlo estado nunca. Harris está trabajando. Ginny ha salido a hacer la compra. Sammy y Jessie están en el

colegio. Bubbies está con Ligaya en los columpios. Yo debería estar escribiendo, pero lo que hago es pasearme por los espacios vacíos: la sala de juegos, los dormitorios de los niños, los pasillos... Solo se oye zumbar la nevera.

Cuando estás acompañado, casi nunca te fijas en los objetos de una casa. Ahora me intereso por la papelera de los Redskins de Sammy, por la pecera de Jessie y por la manta de James con dibujos de trenes. La casa está destemplada. Me acerco al teclado de Jessie y toco un poco. Detrás de mí están las sillas de Pottery Barn de los niños, con sus nombres. Voy al cuarto de

la tele, pero no la enciendo. Voy a la habitación de Harris, y miro las fotos familiares encima de la cómoda. Vuelvo a la cocina. La puerta de la nevera está cubierta de más fotos familiares, tarjetas para posibles urgencias (cerrajeros, taxis, un teléfono para casos de intoxicación) y recuerdos de viajes de Amy y Harris con la familia. Las servilletas de papel descansan en su servilletero de madera. Hay un cuenco con Cheerios pegados.

Hola, Wend, soy A. Es que he pasado por el Toys "R" Us y... mmm... les he

comprado a los niños... No sé si decírtelo por el contestador, que igual lo oyen [risas]. Bueno, nada, llámame tú. Quiero explicarte una cosa que he comprado, porque viste una parte en mi casa y empezaste a decir: «¡Anda, mira! ¡Esto a los niños les encantaría!». Entonces yo... te dije que venía con todo un disfraz. Bueno, el caso es que les he comprado los... No sé. De todos modos, si ya se los has comprado tú, los devuelvo y ya está. Solo quería consultártelo. Mmm... Espero que no te hayas liado. [Risotada.] Ya hablaremos luego. Adiós.

Es el 1 de marzo de 2009. A las seis de la mañana, el cielo está opaco. Pongo la mesa para desayunar, y espero a los niños viendo la tele. Los del tiempo hablan de heladas en todo el Midwest, y dicen que se acerca por el sur una nevada de récord. Bubbies sale de su cuarto con el pijama rojo que le tapa los pies. Cerca del final de la escalera, me abre los brazos y salta. Miramos por la puerta de cristal.

—Va a nevar —dice él.

—Parece que sí, Bubs. ¿Te apetece un plátano, esta mañana? —le pregunto.

—Tostada —dice él—. Tostada de

verdad.

—Pues tostada de verdad.

Va a la mesa y se pone de rodillas en su silla. Yo le traigo un plátano cortado a trozos y una tostada, junto a la mía y mi café. Comemos.

Agradecimientos

*D*ESAYUNO *en familia* se empezó a publicar en diciembre de 2008 en forma de artículos para *The New Yorker*. Mi agradecimiento a Dorothy Wickenden y Andrea Thompson, de la revista, y sobre todo al director, David Remnick, que me dio impagables consejos. Gracias también a Dan Halpern, tan buen amigo como editor, que ya es decir.

NOTAS

¹ «Intentaron mandarnos a una clínica de desintoxicación. Dijimos: ¡Sí, sí, sí!»). La canción es *Rehab*, de Amy Winehouse. (*N. del T.*)

² Es un fragmento de la canción *Nobody's Perfect*, de Hannah Montana: «Nadie es perfecto». (*N. del T.*)

³ Juego de palabras entre *Be happy* («sé feliz») y *bee* («abeja»). (*N. del T.*)

⁴ «No puedo esperar a volverte a ver.» (*N. del T.*)